

Felipe Caño



Aunque lo olvide,
siempre irá conmigo

Una historia de Jacobo Fernández

LEIBROS
EDITORIAL



**Aunque lo olvide,
siempre irá conmigo**

T.L,

Felipe Caño

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso previo escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Febrero de 2019

Título Original: Aunque lo olvide, siempre irá conmigo

© Felipe Caño 2018

© 2019 Editorial Leibros

www.leibroseditorial.es

Diseño de Portada: M^a Belén Serrano Juárez Ilustración Penélope Portada: Felipe Caño
Maquetación: M^a Belén Serrano Juárez

ISBN: 978-84-120102-3-7

Depósito Legal: M-8978-2019

Impreso por: Print House

Impreso en España-Printed in Spain

**Aunque lo olvide,
siempre irá conmigo**

Capítulo I

Todo comenzó hará algo más de un año, en una de esas escapadas de fin de semana que hacemos

el «grupo viajero», tres parejas con niños pequeños que por estas fechas «aparcamos» a nuestros hijos en campamentos de verano y nos tomamos la «revancha» de un «fin de semana loco» cuan veinteañeros de los años noventa.

Todos los años practicamos el mismo ritual, preparamos una pequeña maleta con poca ropa y mucha, mucha ilusión, perdiéndonos con la Grand Voyager de Manuel, por puntos recónditos de la geografía nacional, casi siempre por los parajes asturianos de los que hay tanto que ver, tanto como... a Penélope.

Era la mañana del veinte de julio y nuestros rostros reflejaban el cansancio del viaje de la tarde anterior, así como los excesos de las tres copas que cayeron tras la opípara cena de bienvenida con la que nos premiamos esa noche. Al no estar acostumbrados al alcohol, la pseudo resaca matutina nos hizo recordar que ya no eran tiempos de juventud.

Nos encontrábamos desayunando en el restaurante del hotel, degustando un espléndido «desayuno continental» elaborado con productos de la tierra, cuando de repente apareció ella, me dio la impresión que el mundo se había ralentizado, casi casi parado, se 7

había creado un silencio tal que únicamente escuchaba los latidos del que parecía mi corazón, latidos cada vez más rápidos, más fuertes, más intensos.

Mi cabeza me decía que no, que no podía ser, estaba esperando el momento en el que despertarme en la coqueta habitación del hotel Costa de Trébora; pero si realmente era un sueño, su realidad parecía demoledora.

Una vez fui consciente que no estaba soñando, me asaltó la pregunta: « ¿A lo mejor no es ella? ».

Todo parecía indicar que sí, pero mi memoria podía estar pasando factura después de más de quince años sin verla. De golpe había retro-cedido casi cuatro lustros, y por mi cabeza comenzaron a proyectarse imágenes que creí olvidadas, pude ver su rostro casi igual de joven, con lágrimas en los ojos, plantada sin consuelo en la estación de Atocha mientras yo avanzaba hacia mi tren. Esas eran las últimas imágenes y sensaciones que tuve de ella y que, por causas ajenas a mi voluntad, volví a revivirlas en décimas de segundo y con «máxima definición».

Más recuerdos comenzaron a agolparse en mi mente al percibir el aroma de ese perfume inconfundible, Ethernity Moment de Calvin Klein, que rodeaba su mesa.

Durante el tiempo que duró esta descarga de información en el disco duro de mi cabeza, se habían encendido todas las alarmas de autocontrol intentando que mis ojos presenciaran la realidad y no los recuerdos.

Ella parecía no haberse dado cuenta de nada, su actitud era de lo más natural, pero no podía ser, yo no había cambiado tanto en 8

estos años o al menos eso creía, y además, si es verdad que la mirada no envejece, mis ojos eran los mismos, eran los ojos de la que fue su alma gemela.

Al no mostrar, con sus gestos y movimientos, sorpresa alguna me hizo pensar que mi cerebro me

estaba jugando una mala pasada, seguro que no era ella. Pero al cruzarse nuestras miradas supe definitivamente que era ella, esa mirada inconfundible que me hizo enormemente feliz años atrás.

Utilizando toda la energía vital disponible del momento, volví la mirada al desayuno continental e intenté entrar en la conversación que mantenían mis amigos y esposa. Tenía la sensación que habían transcurrido varias horas desde la entrada de aquella mujer en el comedor cuando en verdad habían pasado apenas unos instantes.

Aun a decir verdad, una parte de mí seguía en la disyuntiva «no pero sí, sí pero no».

Entre flash y flash de recuerdos que se alineaban en mi mente, ella desapareció del comedor junto con el hombre que le acompa-

ñaba y del que apenas me fijé en nada excepto que era calvo, totalmente calvo y muy grande.

Nada más terminar de desayunar abandonamos el hotel en la Grand Voyager dispuestos a perdernos en la verde, frondosa, húmeda y siempre bella Asturias.

La jornada transcurrió como la teníamos planeada, pese a que yo me encontraba como ausente durante unos momentos y apareciendo que no ocurría nada extraño en otros. Únicamente Nacho se

9

percató que algo importante estaba ocurriendo, pero con su discreción habitual no preguntó, sabía que tarde o temprano se lo contaría, no por algo es mi mejor amigo y me conoce bien.

Una pregunta permanecía atrapada en mi interior: «¿Es ella?» y en el caso de serlo: «¿Por qué no había hecho demostración de sorpresa, agrado o rabia?». Lo único cierto es que ella me había visto al coincidir en un lugar tan pequeño y con tan poca gente.

Fue una pena que ese día no disfrutara como a mí me gusta de los sitios que visitamos, pueblos con encanto como Lastre, Tazones... pero realmente no era yo.

De regreso en el hotel, ya de noche, convencí al grupo que terminaríamos la jornada con una copa en sus salones y aunque mi esposa no estaba muy convencida al encontrarse demasiado cansada, accedió. Mi colocación en el salón fue calculada con precisión, situándome de tal forma que desde mi sillón divisaba la entrada y salida de los huéspedes e incluso gran parte del mostrador de recepción.

La copa se alargó, eran las dos de la madrugada y allí no aparecía Penélope, porque ya tenía muy claro que sí era ella.

Tarde decidimos irnos acostar y, pese a que iba con tres copas tras la dilatada reunión nocturna, no pude conciliar el sueño, mi mente estaba saturada de todo tipo de recuerdos, se convirtió en un gran cine donde no dejaban de pasar escenas e imágenes de momentos buenos y de no tan buenos, un auténtico regreso al pasado.

Es incalculable la cantidad de datos que puede albergar una memoria, la facilidad con la que los presenta en el tiempo presente 10

y cómo puedes llegar a revivirlos, habiendo creído hasta entonces que todo estaba pasado y olvidado.

Penélope, la que fue mi novia en los años de facultad en la Escuela de Ingeniería y Diseño Industrial, había reaparecido en mi vida con lo que esto podría suponer. Se agolpaban ante mí frases, proyectos, viajes, besos... y desamor. Pasadas las cinco de la madrugada tomé la firme decisión de que el pasado pasado está, ya no éramos veinteañeros y que con la madurez que dan los años solo debía decir: *«Fue muy bonito mientras duró»*.

Realmente concedí un recreo a mi subconsciente para luego volver a clase, al presente.

La mañana siguiente, con el cuerpo destrozado por la falta de sueño y las copas que a mi edad ya hacen un efecto doble, volví a coincidir con ella en el saloncito destinado a los desayunos pero nada, de nuevo como si fuéramos dos auténticos desconocidos, sin el más mínimo gesto que confirmara que era ella. Pero otra vez la fragancia de su perfume la delataba, ese perfume que tantas veces la regalé.

En el tiempo que permanecimos en el hotel ya no volví a coincidir con la «extraña señora» ni con el serio y fornido calvo que le acompañaba en todo momento como si de su sombra se tratara.

El resto del fin de semana transcurrió como teníamos calculado a excepción de la pérdida de mi tarjeta de acceso a la habitación, y es que cuando uno está en Babia no pone atención en donde deja su tarjeta; hecho que retrasó nuestra salida del hotel.

11

Capítulo II

Ya de regreso a Madrid, en esos momentos de silencio previos a la cabezada ganada por el sueño que damos en todo viaje, mi cerebro intentó evocar restos de «ese» pasado con Penélope pero no quise castigarme más y tomé la decisión de cerrar mis recuerdos por otros veinte años como mínimo y dejar tranquilo el pasado en el pasado.

En la capital todo volvió a la normalidad diaria hasta que, transcurrido mes y medio de la escapada del «grupo viajero», recibo un correo electrónico con el que tuve que hacer lo primero que me vino a la cabeza, BORRARLO, pero no lo hice y ahí comenzó mi calvario.

La dirección de envío era: **P1992@hotmail.com** y el título: *«Perdona y recuerda»*.

El correo decía:

« Ya sé que no fue normal lo que tuve que hacer en el hotel de Asturias, pero no tenía más remedio que representar que no nos conocíamos.

Necesito verte.

Resérvame un par de horas la tarde el próximo miércoles.

Ese día te mandaré un sms con la hora y el lugar.

Te ruego vengas.

13

Ya comprenderás todo.

P».

No lograba salir de mi asombro, no era posible que a una persona como yo, madura, responsable y medianamente inteligente, le estuviese ocurriendo esto. Si no lo hubiese recibido estando en el pequeño despacho que tengo en mi casa, me hubiera puesto a buscar la cámara oculta donde grabaran algún programa de humor.

¿Cómo me podía encontrar en esa situación que recordaba el comienzo de una mala novela de intriga y suspense?

Solo había una respuesta cierta: «*¡Era ella!*», y varias preguntas sin resolución: «*¿Cómo averiguó mi correo? ¿Y mi móvil?*».

Otra vez la imaginación comenzó a funcionar de manera alo-cada, intercalaba historias del pasado con vivencias del presente y suposiciones del futuro, todo ello de forma frenética. Un sin fin de ideas comenzaron a desfilar por mi cabeza hasta que me convencí que debía resetear y de esta forma no pensar en nada, en nada...

hasta el siguiente miércoles.

El miércoles once de septiembre recibo tres *sms* seguidos; El primero decía: «*17h*».

El segundo: «*Hab.438*».

Y el tercero: «*Hotel Puerta Toledo - Glorieta Puerta Toledo 4*».

Y media hora después vuelvo a recibir un cuarto:

«*Por favor no falles*».

14

Parecía estarme sumergiendo en un juego de rol.

Era la hora de la comida y aún no sabía qué hacer, ninguna cabeza medianamente sana albergaría la idea de asistir a tan extraña convocatoria

A las cuatro de la tarde recibo un quinto *sms*, del mismo remitente que decía:

«*Pide la llave de la 438 e identificate como José García del*

Moral».

Y no habiendo terminado de leerlo, aparece otro *sms* con el texto:

«*Tienen orden de entregarte la llave sin más*».

Mi hemisferio racional, el izquierdo, tenía bien claro que era una encerrona, pero el morbo, la curiosidad, la nostalgia... y el pasado se iba imponiendo “piano, piano”.

A las 16:55h me encontraba en la puerta del Hotel Puerta Toledo sin tener claro si iba a cruzar su puerta giratoria o bien por el contrario olvidarme de este juego cada vez más embarullado y turbio.

Sabiendo que estaba cometiendo uno de los mayores errores de mi vida, un error de incalculables dimensiones, crucé las grandiosas puertas dirigiéndome a la recepción. Parecía no tener fin la distancia que me separaba del mostrador, y a cada paso que daba escuchaba en mi interior:

«*Error, error, error*».

15

Una vez en recepción, vino a atenderme una amable señorita la cual, al identificarme, se agachó a recoger de su mesa un sobre que me entregó, informándome que la habitación había sido cancelada minutos antes.

Recogí el sobre en un estado de excitación, frustración y cansancio después de la tensión vivida, y la recepcionista me preguntó:

—¿Le ocurre algo Sr. García? ¿Quiere un vaso de agua?

A lo que me disculpé argumentando que era una pequeña bajada de tensión producida por el calor.

Salí del hotel con un sobre tipo A4 arrugado en una mano y con la decepción, impensable hacía tan solo unos minutos, en la otra.

Me había imaginado todo tipo de escenarios de la reunión, que se rindiera a mis pies e intentara recuperar los años perdidos, que me abofeteara por mi comportamiento cuando rompí nuestra relación, que charláramos como dos viejos amigos de verdad... pero no que me dejara un sobre, un blanco y arrugado sobre.

Una vez en el coche revisé el remitente de los *sms* (siempre el mismo) y llamé con el miedo que produce enterarnos de una posible verdad que no queremos saber, y escuchando en cambio la misma locución una y otra vez: «*Este número tiene restringidas las llamadas entrantes*», lo que contribuyó en el desánimo por averiguar lo que decía el sobre, guardándolo en mi portafolios para verlo más tarde.

Regresé a la oficina y aparqué, además del coche, todos los pensamientos tontos y nocivos, dando paso al absorbente trabajo diario, algo atrasado por la «distráida» mañana.

Del famoso sobre no volví a acordarme hasta que me encontré en casa y ya en la cama, cuando comenzaba a hacer el balance diario, como de costumbre. En ese momento volvió a mí la zozobra y como un drogodependiente que necesita de su dosis diaria, comencé a necesitar información, información que como era de esperar, en buena lógica me daría Penélope.

Sobre, maletero, coche, garaje... a ver qué me inventaba para abandonar la cama, bajar al garaje e irme a un sitio donde pudiera leer lo que guardaba el misterioso sobre. Qué historia podía contar a Esperanza que fuera convincente y solo se limitara a criticar mi falta de memoria.

La curiosidad ayudó a que con toda naturalidad dijera:

—Bajo un momento al coche a por el portátil, mañana a primera hora tenemos una presentación y no quiero que falle nada.

Esperanza, con cara de circunstancia, dio su aprobación, no sin antes exclamar:

—¿Dónde tendrás la cabeza muchas veces?

Ya en el pequeño despacho que tengo en la buhardilla, frente al ordenador portátil y al sobre arrugado, comencé a analizar si debía o no abrir aquello, en el desasosiego que me había producido durante todo el día, en que mi vida podía cambiar, en que... eran las 00:45h de la noche y parecía un adolescente.

Aun sabiendo que cometía un nuevo error abrí, con una parsimonia inhabitual en mí, el sobre blanco extrayendo de su interior medio folio escrito a mano.

Su texto, escueto:

17

«Disculpa pero era muy arriesgado quedarme.

Volveré a ponerme en contacto contigo.

Ahora no puedo contarte nada.

Si me has querido alguna vez: necesito tu ayuda.

P».

La letra era suya y escrita de forma rápida, no tenía la menor duda, aun recordaba los apuntes que nos intercambiábamos en la facultad.

Mal dormí aquella noche envuelto en una maraña de pensamientos y pesadillas. Nada parecía tener sentido y cuanto más analizaba la historia más sinrazón encontraba en ella.

Como no podía hacer nada y como las conclusiones que sacaba cada vez eran distintas a las

anteriores, sin significado lógico, decidí, en un ataque de cordura, olvidarme de todo, aparcarme esta historia hasta nuevo aviso. No era lo mejor que podía hacer, era lo único.

Pasaron varias semanas, tantas como que ya no recordaba el tema, hasta que de repente, volví a recibir un correo en el que de nuevo me citaban en el mismo hotel.

«Necesito saber si estás dispuesto a ayudarme.

Resérvame la tarde de mañana miércoles.

Te mandaré la hora y el lugar por sms.

P».

Otra vez los fantasmas del pasado regresaron a mis pensamientos. Parecía que todos los esfuerzos que realicé para romper con ella y luego olvidarla, hubiesen sido en balde.

18

En cuanto los primeros rayos de cordura volvieron a mi mente caí en que el miércoles me era imposible asistir, tenía la reunión anual del consejo de administración de mi empresa y se debatía la posible fusión con un grupo inversor extranjero muy importante. La decisión era clara, en esta ocasión quería ir pero me era imposible, tan imposible como informar del hecho a Penélope, la dirección del correo de ella no admitía la recepción y el móvil informaba una y otra vez de restricción de las llamadas entrantes.

Puntual como la vez anterior, el miércoles a las 10:30h recibí el *sms* con el mismo texto que la otra vez, a la misma hora me citaba, recogía la llave bajo el nombre de José García del Moral y lo único que variaba era la habitación, que en este caso era la 440.

En ese preciso momento llamé al hotel presentándome y dejando un mensaje en recepción:

—No puedo ir, solicito nueva reunión. Fdo. José García del Moral.

Otra intentona fallida, parecía una historia mala de suspense que tardaría más de un mes en que se escribiera el siguiente capítulo.

19

Capítulo III

Eran las 23:15h del veinte de diciembre, nos encontrábamos celebrando la cena anual de Navidad todos los componentes de la empresa, y en el turno de las copas, después de las palabras de solidaridad y buen rollo que se suelen decir en estos casos, apareció por la puerta del restaurante una mujer alta, con amplias gafas de sol que no extrañaban, pese a la hora de la noche en la que nos encontrábamos, porque parecía formar parte de su estilismo, con botas de grandes y finos tacones, abrigo negro ajustado y gorro de piel también negro que hacía resaltar aún más una larga cabellera rubia.

Ese pedazo de hembra se acercó a mí a gran velocidad y antes de que pudiera llegar a enfocar su cara, me dijo con una voz que me resultó familiar:

—¿Me puedes acompañar un momento?

Y ya no tuve que esperar a que se acercara más y la pudiera ver con nitidez, era Penélope, no parecía que hubiese pasado el tiempo por ella, todo lo contrario, no recordaba que tuviese ese tipo dos décadas antes.

La voz no llegó a salir por mi garganta debido a la emoción del momento y por lo inesperado del hecho, de nuevo me había roto los esquemas, y ya eran unas cuantas veces en los cuatro últimos 21

meses. Lo único que me restaba por hacer era acompañarla, mejor dicho seguirla, no estaba en condiciones de ponerme a su altura, mi cerebro seguía parcialmente bloqueado.

Fui tras ella hasta un pequeño reservado que había en la sala contigua a la nuestra.

Era ella, estaba loco de contento porque la campaña de intriga como resultado de sus citas había llegado por fin, a buen puerto y encima la veía más alta, más rubia, más joven... más Penélope. La sensación era la de un quinceañero cuando va a su primera cita, y mi mente seguía con los «eran», eran sus ojos, era su mirada, era su perfume, y era un estúpido que no se daba cuenta que eran dos desconocidos que al menos uno de ellos se lo estaba tomando como un juego y ese estúpido era yo.

Todo ese clímax de violines y trompetas se vino abajo cuando me dijo:

—Vamos al grano, ya tendremos tiempo de cumplidos y de evocar gratos recuerdos. Voy a matar a mi marido y para ello necesito tu ayuda.

Esas dos escuetas frases sonaron en mi cabeza como un maza-zo, no lo podía imaginar ni en el peor de mis sueños. Casi veinte años sin saber de ella absolutamente nada, y se atreve a irrumpir en mi vida de esta manera, informándome que iba a asesinar a su marido para lo que contaba con mi «inestimable» ayuda.

Sin que hubiese tenido tiempo para pensar, ni contestar a su pregunta, se despidió de forma acelerada con un «*te llamaré*», dejando un tierno beso en los labios.

22

Estaba claro que esta mujer volvía a entrar en mi vida como un elefante entra en una cacharrería, rompiendo y rasgando, rompiendo una vida re-hecha y rasgando una familia que había llevado años asentar.

Si no quería ser un desgraciado el resto de mi vida, debería olvidarme de esa mujer y no entrar en su mundo de paranoias. Todo aquello me recordaba a las películas de cine negro de los años cincuenta donde la chica hacía extorsión y chantaje emocional al protagonista, que en este caso era yo, y que al final terminaban con un dramático final.

En poco tiempo, Penélope había conseguido captar mis cinco sentidos y doblegar mi más que probada fuerza de voluntad, saltándome todos y cada uno de mis principios morales.

En ese momento solo asentí pero no sé a qué, ¿qué quería?,

¿que le ayudara a cometer un asesinato?, ¿que la consiguiera una coartada? La verdad, es que asentí a que haría lo que me pidiese por muy cruel que fuese. En ese instante habría hecho lo que ella hubiese querido o pedido.

Del resto de la fiesta de Navidad de la empresa apenas me enteré, pero quien sí se enteró fue mi socio Nacho que presencié la escapada tras “la rubia” y mi retorno como medio ausente. Nada me preguntó, pero al cruzar nuestras miradas, supo que algo extraño e importante estaba ocurriendo.

Mi estado de shock se prolongó durante toda la noche y a la mañana siguiente, tras dar innumerables vueltas en la cama, aprovechando que era sábado y no trabajaba, salí a correr, quería purgar 23

mis demencias nocturnas con una intensa sesión de *running*. A las 09:00h, habiendo dejado a mi mujer y mis dos hijos dormidos, ya estaba en el parque contiguo a mi casa, con las mallas puestas y música cañera en mi iphone. Me costó romper a sudar por la tensión de la noche anterior, la pesada cena y las copas del final que no lograron ahogar mis penas.

Ya terminando la sesión, estando en los estiramientos, se para la música indicándome que tenía en espera una llamada. A punto estuve de rechazarla, no tenía yo la cabeza para más historias, pero al ver la hora (10:30h) en una clara asociación de ideas, a las 10:30h entraban los sms de Penélope y al no ser del todo desconocido el número que aparecía en pantalla, cogí la llamada; mi cálculo fue el correcto, era «ella» la que estaba al otro lado de la línea.

A mi pregunta:

—¿Quién es?

La respuesta fue:

—¿Qué tal te va?, parece que no pasan los años por ti... si no fuese por el poco pelo que te queda, diría que eres el universitario del que me enamoré locamente.

La conversación comenzaba con un tono más bien alto. A lo que respondí:

—A mí me va bien como creo ya sabes, pero antes de seguir,

¿quién te dio mi correo, mi móvil...?

—Debes ser más cuidadoso con las llaves magnéticas que pierdes en los hoteles, en ellas van todos tus datos personales incluso el número de cuenta corriente con el que realizas los pagos...

24

—¿Así que fuiste tú?

—No podía dejar pasar una ocasión así.

—A ti la vida te trata bien ya que en el hotel de Asturias y en el restaurante ayer, te vi espléndida. ¿Tu acompañante es... tu marido? —De todas las preguntas que se agolpaban en mi cabeza esa era la menos importante, salió sin estar programada.

—Sí, es el —respondió con un tono que rezumaba desprecio—.

Es algo mayor que yo, ya te pondré al día de mi vida cuando nos veamos. Pero ya está bien hablar de mí y menos por teléfono, un día de estos te pondré al corriente de lo que ha sido mi vida desde que me... ¡dejaste! Me gustaría verte pero mi residencia la tengo en La Coruña y mi esposo apenas me permite salir de casa, cuanto menos que pase la noche fuera. ¿Qué te parece si nos vemos en un punto intermedio?

—¿Pero no dices que apenas te deja salir de casa?

—Sí, pero prácticamente todos los miércoles viaja a Barcelona y tengo libre desde las 07:00h que sale de casa hasta las 22:30h en que aterriza su avión en el aeropuerto de Lavacolla y le recojo.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? Yo soy una persona feliz-mente casado con dos maravillosos hijos y por nada, fíjate lo que te estoy diciendo, por nada estoy dispuesto a echar por la borda mi vida —Por primera vez en la conversación me puse en mi sitio, lástima que ese estado no durase.

—Por nuestra seguridad nadie debe enterarse, solo tú, yo y Alfonso mi chofer, ayudante, confidente y antiguo amante.

—¿Cómo?

25

—Nada, demasiada información de una sola vez, no recordaba que los “tíos” solo tenéis una neurona y no hay que bloquearla.

No comprendí el comentario, no venía a cuento.

—Me parece que este último comentario sobraba —dije.

—Sí, es cierto, disculpa, pero la tensión por la que estoy pasando es muy grande. Ya te irás enterando de esta “novela negra” en la que se ha transformado mi vida. Quiero dejarte claro que no te estoy pidiendo que volvamos a mantener una relación como en el pasado, por cierto maravillosa según mis recuerdos, lo que te pido es que me ayudes a salvar mi vida y de paso, me expliques por qué me abandonaste en aquel a vieja estación de Atocha y no contestaste a ninguna de mis posteriores cartas. Creo que ambos somos mayorcitos para saber lo que podemos y no podemos hacer, y si queremos traspasar la línea. Yo no te voy a engañar si te digo que continuo enamorada de ti, o mejor dicho, continuo enamorada del Jacobo con el compartí unos años maravillosos, pero también te digo que si he podido aguantar todos estos años... seguro que podré aguantar otros tantos. Quiero que me ayudes a ser una mujer libre y luego tú decidirás lo que más te convenga.

—Que te quede claro que ni por un momento estoy dispuesto a dejar a mi mujer —La cordura, aunque de forma intermitente, aparecía en mi mente.

—Eso, seguro que hace unos años decías lo mismo de mí, y ya ves... yo me conformo con... compartirme —Y concluyó la conversación endureciendo el tono de voz—. Entonces, ¿dime si quieres que quedemos o me olvido de todo esto? Se me está haciendo tarde y ya llevamos demasiado tiempo hablando desde este teléfono.

26

—Sí, quedamos, pero son fechas muy malas y hasta finales de enero no voy a poder escaparme de Madrid.

—El veintiocho de enero te vuelvo a llamar y concertamos una reunión, calcula un punto intermedio recordando que tengo que estar de vuelta en el aeropuerto de Lavacolla antes de las 22:00h.

Piensa por ejemplo en Carballino de Orense, un pueblo discreto y con un hostel de lo mejorcito de la zona.

—No sé dónde queda pero lo miraré en el ordenador, además, mi empresa trabaja en una UTE para la construcción de una autopista de peaje en la provincia de Zamora y podría programar una visita por la zona.

—Está a 530km de Alcobendas.

—¿También sabes dónde vivo?, ¿qué te falta por saber de mí?

—Únicamente el “por qué” me abandonaste.

—Bueno, de acuerdo, tenemos mucho de lo que hablar.

Intenté bajar la tensión con un:

—Pero déjame un número de teléfono o correo donde pueda localizarte.

—No puedo, sería una locura y pondría en peligro a bastante gente. Te llamo yo confirmando los datos del hostel. Otro beso como el de anoche, hasta el veintiocho.

Y sin esperar respuesta colgó. En todo momento llevó el control de la conversación, me encontraba como el títere del cuento.

Trascurrieron los días sin llamadas, ni correos, ni sms hasta el martes veintiocho de enero en que puntualmente, a las 10:30h recibo la anhelada llamada estando en la oficina.

27

—Buenos días y feliz año.

—Buenos días Penélope.

—Por teléfono mejor omitir nombres, ¿vale “cariño”?

No logré percibir si era una demostración de afecto o una frase irónica.

—Tengo reservada una habitación en el Apartotel Arentxeiro para el próximo miércoles 5 de febrero, cuando llegues pide la llave de la 202 y di que eres el nuevo comercial de Representaciones García-Moral. No te pedirán nada más.

—¿Qué es eso de Representaciones García-Moral? —traté de averiguar.

—Ya te dije que cada cosa a su tiempo, y ahora no es el momento de preguntar. A las 11:00h llegaré, así que con que salgas de tu casa a las 06:00h, llegarás con tiempo, hasta puedes hacer una paradita para estirar las piernas, pese a que tengo entendido que tu Toyota Avensis Cross Sport es sumamente cómodo. Hasta el miércoles, un beso —se despidió.

De nuevo una descarga de adrenalina recorrió mis venas, volvió a terminar la conversación una vez más con una demostración de fuerza. Tenía la sensación de que lo sabía todo de mí, habiendo trazado un plan desde la primera toma de contacto y del que no se saldría ni un milímetro. En eso, nada se parecía a la Penélope que conocí, impulsiva, alegre, espontánea...

Disponía de un par de días para idear una disculpa lógica con que preparar una visita a la obra en la que teníamos cuatro máquinas y diez personas trabajando. Ante todo me faltaba la aprobación de Nacho, los 28

temas técnicos pasaban por él como director técnico de la empresa, y no tuve más remedio que contarle parte de la aventura en la que me había embarcado, y digo parte porque si le l ego a contar la historia con pelos y señales, estoy seguro que me hubiese dado un bofetón por estúpido y me hubiese ingresado en una clínica de reposo por locura temporal.

—Nacho, me tienes que echar una mano —pedí.

—¿Qué has roto ahora?

—Nada, necesito una coartada tuya.

—¿Cómo?

—Necesito que el próximo martes nos demos una vuelta por la obra de Zamora.

—Pero si la tengo programada para el mes que viene.

—Pues la tenemos que adelantar.

—¿Tenemos? ¿Es que quieres venir? Qué raro, siempre intentas escaquearte de los viajes a las obras de campo y ahora pretendes venirte de golpe y porrazo. ¿Qué es lo que quieres ver?

—Pues sí, tienes razón, lo que quiero ver es a una antigua amiga con la que he quedado en

Carballino, Lugo, el miércoles por la mañana.

—¿Cómo? Quieres que haga de celestina. Mira, eres mi mejor amigo pero también soy amigo de Esperanza y no puedo ayudarte a que tires tu vida por el desagüe. ¿Tan mal os va como pareja? No lo parece.

—Efectivamente nos va bien como pareja, pese al desgaste de la convivencia de tantos años juntos, pero esta visita es algo diferente, es algo que necesito hacer.

29

—No lo comprendo, si hay que ayudarte lo haré, pero lo que me pides va más allá de la amistad, y que te quede claro que no lo apruebo en absoluto. Y después de la charla que te he dado, ¡cuéntame! ponme al día.

—Hay poco que contar, es una antigua amiga con la que coincidí en un restaurante hace unos meses y...

—¿No será el pedazo de rubia que entró en plan imperialista en la cena de Navidad de la empresa?

—La misma.

—¿Y tú qué quieres hacer con ese pedazo de mujer? En primer lugar te va a destrozar físicamente y en segundo lugar te va a destrozar la vida.

—¡No será para tanto!

—No sé si será para tanto, pero en el restaurante tenías que haber visto la escena desde mi ángulo de visión. Entra una rubia impresionante, se dirige directamente hacia ti, se inclina para decirte algo al oído, se incorpora, se da media vuelta y tú, como si te hubiesen puesto un resorte en el culo, te levantas inmediatamente y la sigues con cara de ternero degollado; y como colofón, vuelves al salón en el que estábamos tomando las copas, con una cara como si hubieses visto un fantasma.

—Todo eso es lo que vi. Ahora cuéntame lo que pasó.

—Pues unas semanas antes, recibí una llamada de una antigua amiga con la que había estudiado y...

— ¿No me digas que esa era “Pe”, Penélope, tu novieta de facultad?

30

—Nacho estás inspirado, no fallas una.

—Es que me lo has puesto muy fácil, además de conocerte bastante bien.

—Pues conociendo todos los antecedentes comprenderás que tengo que asistir a esa cita.

—A esa cita veo lógico que vayas, pero no has de pasar de ahí.

Tienes poco que ganar y mucho que perder.

—Después de todo no sabía que tenías tan buen gusto, me pareció toda una belleza de mujer. No entiendo que hacía en la facultad una joven “tan buena” como ella, con un tío como tú.

—Ya ves...

—¿Cómo hacemos lo del viaje? Para ponértelo más fácil y que llegues en perfecto estado de forma, hay que velar porque los amigos dejen el pabellón alto, lo mejor es que saliéramos la tarde del martes, hiciéramos noche en Benavente, la mañana siguiente me quedara yo allí y tu sigieras hasta Carba... ¿qué?

—¡Carballino! —exclamé.

Y tras teclear Carballino en el Maps de Google dijo:

—Perfecto, de Alcobendas a Benavente hay dos horas y treinta minutos (272Km) y de Benavente a Carballino dos horas quince minutos (259Km). Además, el martes conduciré yo para que llegues más descansado —comentó Nacho.

—Nacho, ¿te lo estás tomando a cachondeo?

—No, pero le tengo que dar un poco de humor a un tema tan descabellado como este, recuerda que mi mejor amigo me pide que le ayude a ser infiel a su mujer que además, es como una hermana 31

para mí. Pero dejemos la conversación que ya habrá tiempo el martes; tendré a mi disposición la posibilidad de hacerte un interrogatorio en toda regla en las dos horas y media que dura la “primera”

parte de tu viaje.

32

Capítulo IV

Y así fue, no se volvió hablar de Penélope hasta el famoso viaje programado para el martes pero que al final, por problemas de trabajo, se inició con el miércoles cinco de febrero, y en el que únicamente hubieron evasivas por mi parte, no quería involucrar a Nacho en un juego en el que todo el que participase saldría perdiendo. Le volví a contar que recibí una llamada, luego una visita y poco más. Nacho asentía con la cabeza como un autómatas pese a que tanto él como yo sabíamos que no era del todo cierto y que me faltaban muchas cosas por explicarle. Él, como persona inteligente que es, sabe hasta donde preguntar y el significado que tienen muchas veces los silencios.

Salimos de Alcobendas a las 05:30h y a las 08:15h partía dirección Carballino habiendo dejado “tirado” a Nacho en Benavente en la obra en la que colaboramos. Un “suerte” seguido de “y ya

me contarás” fue lo último coherente que pasó por mi cabeza en las poco más de dos horas que duró la segunda parte del viaje. A las 10:45h estaba a la puerta del Apartotel Arentxeiro preparado para entrar, para cruzar el umbral de mi desazón ante lo que ocurriría en los siguientes minutos. Me daba la impresión de volver a pasar por la sensación de mariposas en el estómago ante la primera cita 33

con la chica que gusta a un adolescente. Me armé de valor y, con mi maletín en la mano, pasé por el bonito hall decorado en mármol entre gris y marrón, perfectamente pulido. Me acerqué al mostrador a pedir la llave de la 202 presentándome como el nuevo comercial de Representaciones García-Moral.

Notaba como me flaqueaban las piernas y aún no sé el motivo, sería por ver a Penélope, por comenzar mi primera cita extrama-trimomial, por cómo me había mirado la persona de recepción, por saber que no estaba bien lo que hacía...

Entré con cautela al desconocer lo que me podía encontrar en el pequeño apartamento situado en la segunda planta del edificio y allí... no había nadie. Recordé la impuntualidad de Penélope en las primeras citas y también en las últimas, para ella “puntualidad” era una palabra carente de sentido.

El apartamento era bonito, con una pequeña entrada, un salón con sillón de dos plazas y diván, vestidas sus paredes con cuadros impresionistas que, aun sabiendo que eran copias, daban un toque de calidad y calor a la estancia, una cocina repleta de electrodomésticos, baño con inmensa ducha y gran bañera escoltando un espejo en el que podías verte de cuerpo entero, completado todo ello con un amplio dormitorio con cama *King Size* de 2mx2m presidida por un moderno cabecero de forja blanco. Todo el apartamento disponía de moqueta gris, suave de pelo corto, que le daban pinceladas de confort.

Eran las 11:20h y seguía sin aparecer, hasta que a las 11:30h sonaron dos tímidos golpes en la puerta.

34

Salté del sofá donde me encontraba recostado, y de un blinco tomé el picaporte de la puerta de entrada. No podía demostrar excitación como primera imagen, por lo que esperé a tranquilizarme durante unas décimas de segundo. Abrí pausadamente la puerta y allí estaba ella. Durante unos instantes que parecieron horas, nos quedamos mirando uno enfrente del otro, sin cruzar palabra, sin un roce, sin expresiones, únicamente mirándonos profundamente a los ojos, viendo por las ventanas del alma.

Por fin nos pusimos en movimiento, yo retrocedí un paso y ella traspasó el umbral, a partir de ahí nos dimos un cálido y eterno beso, limpio de cualquier connotación extraña, como se puede besar una pareja que se quiere y lleva mucho tiempo sin verse.

A ese beso le siguieron otro y otro, y después furtivas caricias y otro beso más intenso. En un instante ella entornó sus ojos al comprobar que todo su cuerpo se tensaba y oleadas de deseo desbordaban por cada poro de su piel. El calor aumentaba por momentos la temperatura del recibidor, la tensión sexual se mascaba en el entorno a cada segundo que pasaba y fue entonces

cuando comenzaron a sobrar las prendas.

Sin separar nuestros labios comenzamos a desnudarnos, el elegante vestido a rayas granate y negro de generoso escote fue lo primero en iniciar la caída tras un pequeño clic del corchete que mantenía aquella preciosa estructura que componían el vestido y el cuerpo de Penélope. Parecía estar todo programado ya que el vestido fue resbalando despacio por su torso hasta alcanzar el borde de su tanga donde paró y, tras un ligero movimiento de caderas, con-

tinuó su descenso hasta caer en la moqueta formando un círculo de excitación y fuego únicamente roto con un diminuto y provocador salto de sus tacones traspasando el límite de mi asombro.

En un instante que me pareció una eternidad, surgió ante mí Penélope en su máximo esplendor, desnuda, únicamente protegida por un minúsculo y excitante tanga. La gravedad parecía no haberla hecho mella en sus pechos ya que se mantenían firmes y turgentes cuan veinteañera.

Hasta aquí llegó la pasividad y el dejarse llevar de Penélope, en ese momento tomó la iniciativa de tan singular choque entre antiguos amantes. Entre besos y caricias comenzó a desnudarme y yo no creía lo que estaba viendo, entre besos y caricias me estaba quitando la ropa como nunca en los años que mantuvimos relación, no podía dar crédito a mis ojos. Había llegado el momento en el que sobran todos los subterfugios y frases de cumplido, había llegado el momento deseado por los dos, había llegado el momento en que cualquier clase de comunicación no significa nada de lo que dice o no corresponde con lo que se quiere decir, por lo que los únicos sonidos audibles eran gemidos.

Tras el lento descenso de sus labios por mi torso, comenzó una desigual guerra con mi miembro viril, con una melodía de fondo que no era otra que su ronroneo gatuno, solo se veía el movimiento de su rubia melena balancearse de un hombro a otro. Y todo al ritmo de su lengua, infatigable y minuciosa exploradora. Creí estallar por momentos y eso no había hecho nada más que empezar.

En los pocos momentos en los que se cruzaron nuestras miradas, noté que ninguno de los dos fingiría si dijera su deseo de saltar

el uno sobre el otro y perpetrar el mismo baile de cuerpos retorcidos en tensión, bañados en sudor y con el único deseo de gozar de placer, del placer que habíamos perdido durante años.

Todo el hall de entrada estaba impregnado de su fragancia, Eternity de Kelvin Clain mezclado con los sudores del combate amoroso.

En un momento de lucidez, Penélope retiró mis manos de sus pechos tomándolas de forma dulce y pausada, y entre las tinieblas fruto de la luz apagada y las persianas a medio bajar, demostrando conocer a la perfección el lugar, me condujo hasta el mismo borde de la gigantesca cama *King Size* tamaño XXL. Una vez allí, esperando continuar con el beso dejado a medias en el hall, la ternura se transformó en un rudo empujón cayendo de espaldas sobre la cama y soportando después su salto sobre mí. Aun con la poca luz que se percibía pude ver su figura a horcajadas sobre mí, soportando una mirada consciente de su efímera grandeza, de su victoria a años de la eterna pregunta ¿por qué me abandonaste? e iniciando a su vez una ruidosa y frenética galopada.

Cuando mis fuerzas comenzaban a flaquear ella se las ingenia-ba para levantarme de mi pasividad, preparándose para acometer nuevas embestidas.

Mi voluntad era inexistente, desde que Penélope apareció por la puerta del apartamento mi voluntad no intervenía en lo que allí pasaba, me situaba como mero espectador que estaba gozando, como nunca lo había hecho antes, el placer por el placer y además sin llevar la iniciativa, cosa que no podía ni quería ante semejante 37

sacerdotisa del placer. Gozaba sin saber qué me deparaba el destino el minuto siguiente.

En uno de los pocos descansos que me permitió Penélope, logré ver que eran las 15:00h y apenas me quedaba tiempo para ducharme y despedirme de esa diosa del sexo en la que se había convertido, la experiencia había hecho de ella una mujer impresionante. Habían transcurrido más de “tres horas y media de sexo” sin habernos dado cuenta.

Nada le gustó mi salida de la cama y de nada le valieron sus armas de mujer para convencerme de que retrasara mi marcha y me quedara más junto a ella o mejor dicho bajo ella.

Una vez eliminada la fragancia a Eternity Kelvin Clain de mi piel, cosa que me costó enjabonarme media docena de veces en la ducha, vestido con mi arrugado traje del que me había desprendido de forma violenta Penélope horas antes y que desde entonces permaneció tirado en el suelo, le di un cándido beso de despedida quedándose aun en la cama, desnuda, intentando reunir las fuerzas necesarias como para ducharse e ir en busca de su marido, Nicolasch.

Ya saliendo del apartamento, aun bajo su influencia le pregunté.

—¿Cuándo nos volvemos a ver?

—Yo me pongo en contacto contigo... pero de verdad... ¿no te puedes quedar una hora más?

—Ni puedo ni quiero, no me quedan fuerzas. Menos mal que el coche es automático.

—Ten cuidado con la carretera.

38

—Tú también... somos de lo que no hay, sigo sin saber nada de ti y tú de mí lo sabes absolutamente todo.

—Todo no, aún me queda por saber el motivo de tu “huida”.

Y ahí quedó nuestra “extensa” charla del primer día que nos veíamos después de más de quince años.

A la salida del apartotel de nuevo me temblaban las piernas, pero esta vez por causas muy diferentes a cuando entraba.

Llegué media hora más tarde de la prevista a la cafetería en la que había quedado con Nacho, y creyendo que iba a echarme una bronca por la tardanza, su recibimiento fue con un aplauso y un

“torero, torero, torero” .

Todo parecía haber salido a la perfección, el viaje, la coartada, los polvos... pero nada más lejos de la realidad, Penélope había logrado engancharme con un contrato cerrado para asesinar a su marido.

Nacho no hacía más que preguntarme por lo ocurrido y yo no quería entrar en detalles pese a que cada vez se me hacía más difi-

cil. No podía decirle que esa mañana había sido un objeto sexual en manos de una experta que hizo y deshizo a su antojo “todo” lo que le dio tiempo en casi cuatro horas.

—Espero que ya hayas aprobado la asignatura pendiente que tenías con esa tía y que mañana te hayas olvidado de ella ¿no?

—Sí, tranquilo, sé lo que hago.

Pero mirándonos a los ojos, sabíamos ambos que aquella locura no había hecho más que comenzar y que su final era incierto y muy, muy peligroso.

39

—¿Cómo se llamaba el pueblo al que has ido?

—Carballino —respondí.

—¿Eso queda cerca de Ribadavia?

—Creo que sí, me ha parecido pasar por allí hoy.

—Pues vas a tener que volver en unos días —me dijo Nacho.

—¿Por?

—Me han dicho los chicos de la obra, que ayer pasaron por allí el alcalde de Ribadavia y otro señor preguntando datos de la empresa que estaba llevando la fijación al terreno de la carretera y le dieron el teléfono de la oficina.

—Seguro que tenemos nota en la oficina. ¿Y qué es lo que les pasaba?

—No me han sabido dar detalles pero al parecer han salido unas grietas en el pabellón del polideportivo municipal, bastante grandes en pocos días. Comentaban que era una obra de urgencia.

—Pues bien, habrá que trabajar por llevársela, y me puede venir de maravilla para futuros viajes... —confesé.

—Pero no me has dicho que prueba superada, que la asignatura la aprobaste esta mañana.

A lo que respondí en un tono socarrón:

—Sí, pero lo mismo me examino otra vez para subir nota.

—No seas tonto, no te compliques la vida. Si quieres echar un polvo vale, pero con cualquier otra mujer, esa parece muy peligrosa.

Y a partir de ese momento se produjo un sepulcral silencio que apenas se rompió en lo que restaba de viaje a casa.

Se puede decir que cada uno a su manera tenía razón pero...

40

A la mañana siguiente, sobre mi mesa del despacho tenía una nota de Mercedes, nuestra secretaria, en la que ponía:

«Ha llamado Carlos Ponce del Ayuntamiento de Ribadavia en Orense para que le llames el lunes sin falta. (988

470 000) No le llames antes porque al parecer se va de viaje hasta entonces».

Inmediatamente me metí en Google y tecleé:

«Cómo llegar desde Madrid a Ribadavia - Orense en coche».

Y en la pantalla apareció:

«524 Km, 4horas 39 minutos».

Y la siguiente consulta:

«Cómo llegar de La Coruña a Ribadavia».

Con la respuesta:

«170 km, 1hora 42 minutos».

Todo se me estaba poniendo de cara, la fortuna me sonreía, o eso quise creer, únicamente me faltaba saber la distancia y el tiempo que se tardaba de Ribadavia a Carballino que debería ser muy poca.

« 20Km, 23 minutos».

¡Perfecto! tenía que hacer lo posible para que la reunión con el tal Carlos Ponce fuese el miércoles, mataba dos pájaros de un tiro además de conseguir una coartada excelente con Esperanza.

El lunes a las 09:00h de la mañana ya estaba llamando al Ayuntamiento de Ribadavia pero aún no

había aparecido el Sr. Ponce, Concelleiro de Obras Públicas según me dijo la señorita que cogió el teléfono. Mientras tanto, me dio tiempo a informarme un poco 41

más del pueblo, leí lo que aparecía en la Web, con una página sencilla en la que informa de los censados en 2012 (5319 habitantes), de sus seis Concellerías gobernadas por el PSOE... toda clase de información excepto lo que en verdad quería ver, el Pabellón Polideportivo Municipal.

Volví a marcar a las 09:45h y en esa ocasión si tuve suerte y en pocos segundos me pusieron en contacto con él.

Persona de trato afable, sabiendo lo que quería y presionando en plazos de ejecución sin aún saber el precio que le iba a costar “la broma”. Se le veía un tanto asustado por la situación en la que se encontraba uno de los laterales del pabellón y no quería mantener la presión de un posible derrumbe. Ante la premura del hecho, intentó que me acercase a verlo al día siguiente, pero pude dilatar la visita hasta la mañana del miércoles doce quedando en su oficina del ayuntamiento a las 09:30h.

Poco tiempo disponía para actualizar el dossier que disponíamos de obras de ingeniería civil para entidades deportivas, personalizándolo para D. Carlos Ponce y el Excelentísimo Ayuntamiento de Ribadavia.

Nos teníamos que llevar la licitación sí o sí, la empresa se jugaba un buen cliente y yo una coartada y disculpas para posibles escapadas.

Al día siguiente, con puntualidad suiza (10:30h) me llegaba el sms de turno; esta vez decía:

«Mañana a partir de las 11:00h en el mismo sitio, H 206.

Bss».

Había logrado completar el día perfecto, el único inconveniente era que debía madrugar “un poco” para llegar a Ribadavia a las 42

09:30h., según Google tenía algo más de cuatro horas y media por lo que mi salida de Alcobendas fue a las 05:00h de la madrugada.

Esperanza, ya desacostumbrada a mis viajes, no puso buena cara la noche anterior, no comprendía cómo tenía una cita tan temprano a tantos kilómetros de casa, no se podía imaginar ni por lo más remoto el auténtico motivo de todo aquello. Me dolía la ingenuidad con la que se mostraba por lo duro y cansado que iba a ser un viaje de más de 1000Km en un día y solo me sentía mal por todo aquello pero algo en mi interior me forzaba a dejar de pensarlo.

43

Capítulo V

A las 09:00h estacionaba mi Toyota en el parking reservado a visitas del Ayuntamiento, el viaje se me había hecho muy corto pensando en lo que me esperaba después de la reunión con el tal Carlos

Ponce.

A las 09:30h, después de haberme tomado un estimulante ca-fé-solo, entraba al Ayuntamiento preguntando por el Sr. Ponce. En breves minutos apareció una persona que nada tenía de fuerte y juvenil como había imaginado en mi cabeza representando su voz.

Carlos era un señor de unos 55 años, calvo, con un poco de barri-ga... y con cara de haber dormido poco esa noche.

—Buenos días Carlos —saludé.

—Buenos días Jacobo, ¿Cómo es tu apellido?

—Fernández, ¿por qué?

—Para darlo a control de seguridad, los últimos meses hemos tenido algunos problemas en el Centro y ahora tomamos nota de cada persona que entra y sale, y a la hora que lo hace.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, tranquilo, a estas horas apenas hay tráfico, y los pocos camiones que he visto iban dirección Madrid.

—¿Cómo habéis sabido de nosotros?

45

—Por pura casualidad, un amigo mío que sabe en la situación en la que nos encontramos, vio hace unos días publicidad en un fur-gón mientras viajaba por Zamora, me dio el nombre y la dirección de Internet y lo demás ha sido fácil, solo hubo que buscar referencias y llamaros por teléfono.

Tras algunas preguntas intentando averiguar cómo trabajábamos y si eran ciertas las referencias a las que hacíamos alusión en nuestra presentación, comencé a explicarle los pasos a seguir para la solución de “su problema”, pero dejé de hacerlo al comprobar que se había documentado con anterioridad de todas las posibles fases de la obra en cuestión.

—¿Qué tipo de maquinaria empleáis para hacer los sondeos previos? —dijo confirmando mis sospechas.

—Una ROLATEC mod. RL4 con dos operarios.

—Y los estudios ¿los hacéis aquí o en Madrid?

—En Madrid, pese a que parezca que se puede retrasar la ejecución, no es así, allí te damos una respuesta prácticamente inmediata.

—Y después, ¿cómo realizáis la cimentación? —preguntó ha-ciéndose de nuevo el entendido.

—Depende de lo que nos vallamos encontrando y a qué pro-fundidad localicemos buen firme. Si

el problema viene producido por algún manantial, la solución será más costosa y pesada, pero si, como todo parece indicar, las grietas son producto de una pobre cimentación anterior, todo será más rápido y barato.

—Y para la cimentación, ¿qué maquina empleáis?

46

—Para esto emplearíamos una CASAGRANDE mod. 3. Esto es por dos motivos: el primero porque es la más versátil para todo tipo de terrenos, ten en cuenta que puede hacer perforaciones de hasta 30 metros, esperemos no tener que profundizar tanto, y el segundo, es porque la tenemos a pocos km de aquí, en la obra que estamos realizando en la autopista de Zamora y en horas la podrías tener trabajando aquí.

Carlos Ponce en un intento de rizar el rizo, para demostrar que se había documentado previamente me dijo.

—¿Y de qué diámetro?

A lo que ya poniéndome serio contesté.

—Eso te lo pondremos en el presupuesto que te mandaremos mañana o pasado, pero el diámetro de perforación es de 180mm para poder meter tubos de 70mm posteriormente.

Y bajando un poco el tono de la conversación apuntilló.

—Veo que no me equivoqué cuando os llamé para solucionar el problema de las grietas del polideportivo.

Tras lo cual me embargó la sensación de haber aprobado el examen al que me había presentado en Ribadavia, dándome la corazonada, como así fue, que la decisión estaba tomada aun sin haberse aprobado en el pleno municipal que, con carácter de urgencia, estaba programado para dos días después, para el viernes catorce de febrero.

El resto de la entrevista, como es normal en estos casos, fue afable y rutinaria, terminando por hablar de fútbol y del mal año del Deportivo de La Coruña. Pude comprobar que Carlos Ponce era una persona muy estricta hasta consigo mismo, y que la posible responsabilidad del derrumbe de parte de pabellón jugaba a nuestro

favor, que el dinero no iba a ser ningún problema y el comienzo de la calas inmediato. Visitamos las instalaciones y para ser de un pueblo pequeño parecían tener cierta calidad en su ejecución.

Carlos intentó, por cortesía, que me quedara a comer pero me excusé con la disculpa de que tenía que pasarme por la obra de la autopista y que me estaba esperando, para eso mismo, el jefe de obra.

Una vez tomada buena nota de la situación en la que se encontraba el edificio en cuestión, toda mi atención se centró en Penélope, la cual no dejó de mandarme sms metiéndome prisa, cinco me

había enviado en ese lapso de tiempo.

A las 13:00h salía de Ribadavia y a las 13:30h entraba en Carballino, en cuyo trayecto apenas me dio tiempo a comentar a Nacho la situación y enviarle las medidas de las instalaciones para que comenzase a preparar el presupuesto con carácter de “extrema urgencia” (como quiso llamarlo el Concelleiro de Obras Públicas), recalcando las palabras “sin ajustar precios en exceso” al ser una licitación prácticamente aprobada. Nacho era un excelente técnico pero había que reconducirle por la vía comercial, si por él fuera, la empresa no daría beneficios nunca.

A las 13:40h entraba por el Hall del Apartotel Arentxeiro, colgando de mi maletín como demostrando que iba a una reunión de negocios, cuando la señorita que había en recepción, bien sabía cuál iba a ser mi cometido durante las próximas horas.

Cuando ni tan siquiera se habían separado mis nudillos al llamar a la puerta, esta se abrió automáticamente y apareció una mujer fantástica envuelta en una bata negra transparente que, lejos de ocultar, 48

realzaba más, si cabe, su larga melena rubia y el resto de sus definidos encantos. La cara no correspondía a la candidez del modelito, se notaba el enfado por la larga espera.

—¿Cómo es que has tardado tanto?

Me espetó a la cara sin tan siquiera haberme dado un beso de bienvenida.

—Si llego a saber que tardas tanto no hubiera venido.

—Es mi trabajo y de eso vivo. Pero si quieres que me marche lo dices y...

A lo que ella en un intento de atraerme hasta sí, tomó mi corbata y tiró de ella diciendo.

—¡Ven aquí tonto!, no pienses ni por un momento que te vas a marchar de esta manera.

Y empezó a comerme los labios con una intensidad mayúscula.

Yo intentaba poner un poco de pausa al momento, pero en el fondo tampoco quería. Durante la reunión con Carlos, al saber lo que me esperaba a la salida, mi tensión sexual fue aumentando más y más a la espera de tan anhelado momento.

Todo su cuerpo se puso en movimiento, lo primero fue des-prenderme de la ropa, y después comenzó a premiarme con besos en las zonas más recónditas de mi cuerpo. Su intensidad rayaba lo enfermizo, pero como enfermedad bacteriana, mi cuerpo comenzó a sintonizarse con el de ella y cuan bestias en celo comenzamos a copular a los pies de la amplia y cómoda cama. La lógica había dejado de actuar en beneficio de la pasión. El sudor ayudaba en algunos instantes donde era necesario deslizarse el uno sobre el otro.

49

Ambos hacíamos la guerra por separado, contemplando la victoria temporal a cada instante.

En ese momento sonó el teléfono móvil de ella y ralentizando sus movimientos lo tomó, miró la pantalla y exclamó;

—¡Mierda!, es Nicolasch.

Como si de un resorte se tratara se puso en pie, hizo una inspiración profunda y rápida, saliendo a la terraza que rodeaba el apartamento, totalmente desnuda.

No logré escuchar nada de su corta conversación de apenas dos minutos, aunque cuando regresó su cara mostraba la tensión del momento, el frío pasado por las fechas en las que estábamos y el cansancio producido por la descarga de adrenalina sufrida.

Mirándome a los ojos como buscando el vacío espetó:

—Era Nicolasch en una de las llamadas de control que me hace cada vez que se va a Barcelona
— dijo

Y en ese momento temblando de frío y esbozando una leve sonrisa apuntilló:

—¿Dime si es o no para matarle?

Logrando sacar una sonrisa de mis labios tras la angustia de los últimos minutos.

Enfriada también la tensión sexual por la jarra de agua fría que significó la llamada de su marido, continuamos la jornada tumbados, cubiertos por el edredón blanco de la inmensa cama, la cual parecía hacerse más y más grande por momentos debido a que permanecíamos cada vez más juntos, muy juntos abrazados el uno al otro intentando bajar el ritmo cardiaco únicamente sintiendo nuestro calor.

50

Estuvimos prácticamente una hora inmóviles, manteniendo la misma posición, con conversaciones intrascendentes fruto de la re-lajación.

—Todavía nos queda una hora hasta mi marcha y la verdad es que no me apetece moverme de aquí, estoy muy a gusto sintiéndote a mi lado.

—A mí me ocurre lo mismo, parece una tontería lo que te voy a decir pero por una parte me alegro que haya llamado ese “estúpido”

porque este momento que estamos viviendo no es comparable ni con el mejor polvo.

—Una señora no debe hablar así.

Dije intentándola sonsacar una sonrisa.

—De acuerdo pero ¿es o no verdad? —preguntó Penélope.

—Sí, estoy muy a gusto aquí contigo y el ambiente es tan relajado que bien me podrías contar algo

de ti, de cómo fue tu vida desde que nos separamos.

—Habla con propiedad, desde que me... ¡abandonaste!

—De acuerdo, cuéntame qué fue de tu vida desde que... “te abandoné”.

—El relato debe comenzar antes, a raíz del accidente caí en una profunda depresión que duró bastantes meses.

—¿Por el accidente?

—Sí, por el accidente. Tú saliste mal parado físicamente según me informaron, con secuelas que aún continúan, pero mis secuelas fueron de otro tipo.

—¿Por qué?

51

—Recuerda que la responsabilidad fue mía, yo llevaba el coche y las tres vueltas de campana que dimos fueron por mi culpa, tenía que haberte hecho caso y dejarte conducir a ti, yo me encontraba muy cansada y el sueño me venció. Me quedé dormida, lo último que recuerdo de entonces es que momentos antes había encendido un cigarrillo y que a continuación todo comenzó a dar vueltas y vueltas. Desde entonces no puedo fumar, he intentado ponerme un cigarrillo en los labios y soy incapaz de sostenerlo.

—Míralo como algo positivo —dije intentando quitar un poco de tensión a la conversación.

—No encuentro la gracia a tu comentario, es algo que no logro perdonarme desde entonces.

—Bueno lo importante es que lo pudimos contar.

—Sí pero pagamos un precio demasiado alto, yo al menos. Perdí mi ilusión por vivir, mis proyecto de futuro, mi amor, mi... ¿te parece poco?

—Bueno, no nos pongamos dramáticos y continúa.

—Mi vida sufrió un giro de 180 grados, era joven, alegre, con un novio al que quería con locura y según parecía él me correspondía, me faltaban 4 asignaturas para terminar Industriales,... y todo se vino abajo de un plumazo. El destino me jugó una mala pasada.

Seis meses pasé en mi dormitorio sin querer ver a nadie, con las persianas bajadas y en un silencio sepulcral.

—¿Entonces fue por eso por lo que no contestabas a mis llamadas ni respondías a mis cartas? —traté de averiguar.

—Sí estaba peleada con el mundo.

52

—Pues las negativas a mis llamadas y cartas me dieron a entender que ya no querías seguir con la relación, que no estabas dispuesta a salir con un tullido.

—Nada de eso, y además te lo dije en persona el día que nos vimos en la estación de Atocha —confesó.

—Sí, pero ya era tarde, había transcurrido más de un año y ya no podía ser.

—¿Tarde por qué?, ¿tarde para qué? No me digas eso porque aún convaleciente de la depresión, te dejé bien claro por activa y por pasiva mis sentimientos... aunque también tú los tuyos, puesto que me dejaste sin mediar palabra, con un beso de circunstancias y sin tan siquiera mirar atrás en aquella estación. ¿Cuándo piensas contarme el motivo de tu espantada? ¿Tan poco significaba en tu vida? ¿Había ya otra mujer?

—No, únicamente había un proyecto al que no podía renunciar

—repuse.

—¿Dime cual era ese proyecto tan importante?

—Ahora no toca, estás contando tú.

—A raíz de aquel día recaí en la depresión, aunque no de forma tan profunda, y hasta que volví a salir de ella pasaron otros seis meses, que sumados a los anteriores podemos decir que estuve año y medio apartada del mundo. En esta segunda etapa no me hubiese recuperado tan pronto de no haber sido por Pepo.

—¿Pepo? ¿Quién es Pepo?

—Pepo es un Schnauzer enano que me regaló mi amiga Conchi del Moral y que me ayudó en todo momento, no se separó de mi lado 53

ni un solo instante; paciente, seguro, tranquilo, leal... Todavía vive en casa, pese a que ya es muy viejecito y prácticamente ciego. Parece mentira que el ser más importante en mi vida en los casi últimos 20

años haya sido un perro, Pepo. Luego mantuve algunas relaciones pero ninguna lo suficientemente importante como para que dejara huella en mi corazón, ni tan siquiera dignas de recordar. Todos pasaron de puntillas por mi vida hasta que apareció Nicolasch, el pedazo armario empotrado y calvo con el que me viste en Asturias, mi marido. Nicolasch irrumpió en mi vida con fuerza, con paso firme y con ganas de conquistar mi mundo y por tanto conquistarme a mí.

Sus ojos en esos momentos brillaban con intensidad y tristeza a la vez, no se sí por los tiempos pasados o por los malos momentos que aun restaban por relatar.

—Los veinte años que me sacaba le sirvieron para captar la atención de una casi treintañera que no había vuelto a tener suerte con los hombres desde aquella noche en la ría de Camariñas donde perdió el control de su vehículo y por ende, el control de su vida —prosiguió Penélope—.

Realmente me deslumbró la madurez de Nicolasch y su forma de vida, muy por encima de la mía.

Las cenas en restaurantes caros, los ramos de flores casi a diario, los formidables fines de semana con esos viajes de ensueño..., cegaron mis ojos a la realidad. Todo parecía como si de un cuento de hadas se tratara, nada más lejos de la cruda realidad. En apenas dos meses Nicolasch pasó a ser el padre que ya no tenía, el novio que me abandonó, y el experto amante que me abrió los sentidos a un sexo de categoría Premium, sin que hubiese límites establecidos.

54

—¿Tan malo era el sexo que practicamos tú y yo por aquel entonces?

—No era comparable, nosotros éramos dos mojigatos enamo-rados hasta las trancas ¿no?

—No tengo esa impresión, pero bueno...

—La experiencia de Nicolasch no la podrías alcanzar ni en dos vidas. Cariño, no te ofendas pero es así. Al año justo de conocernos nos casamos y nuestra boda fue un derroche de buen hacer; vino gente de América, Rusia, Polonia... embajadores, famosos de las revistas del colorín, deportistas importantes tanto españoles como extranjeros, incluso un jeque de un país que no sabría colocar en el mapa. Fue todo un acontecimiento social que daba a nuestra unión unas expectativas de ensueño para el resto de nuestras vidas. Nicolasch anhelaba un heredero para su imperio y durante los siguientes meses, en lo que tratamos de quedarme embarazada, todo fueron atenciones hacia mí, era el marido que toda mujer desearía.

»Pero todo esto cambio después unas pruebas rutinarias en las que el médico que firmaba el informe dictaminó una posible endometriosis severa, lo que haría casi imposible, de confirmarse, quedarme embarazada. Me recomendaban otras pruebas específicas donde confirmaran o no su diagnóstico. Toda la maquinaria del imperio Nicolasch se puso en funcionamiento y en una semana me encontraba en el **BRIGHAM AND WOMEN'S HOSPITAL** de Boston, donde las listas de espera para atender a nuevos pacientes superaban el año y medio. El catedrático que llevó mi caso pudo corroborar el diagnóstico de la clínica de La Coruña, endometriosis severa añadiendo a 55

su dictamen la existencia de pequeñas zonas tumorales diseminadas por la cavidad pélvica, de difícil extirpación aunque de desarrollo lento, lo que hacía imposible una futura gestación.

»Y ese fue el punto de inflexión en mi matrimonio. Un maza-zo considerable para ambos, pero quien peor lo exteriorizó fue él, tardó más de un mes en regresar a casa después de un viaje relámpago que tuvo a Polonia, justo al día siguiente a que confirmaran el diagnóstico. Comprobé que la ilusión por un vástago que siguiera sus pasos era casi enfermiza, quería, a cualquier precio, un delfín al que transmitirle su conocimiento y experiencia. Pretendía un futuro compañero del que se pudiera fiar en sus negocios cuando comenzase el declive final de su “vida laboral”. Durante todo ese tiempo desconocí los turbios negocios en los que estaba metido, me eran familiares los nombres de sus empresas pero realmente ignoraba la realidad en la que está basado su imperio. Es hoy en día y no deja de sorprenderme la cantidad de dinero que debe generar para poder mantener personal, fincas, casas, coches...

»Tras ese viaje a Polonia nuestra relación como pareja desapareció, dando paso a una relación estrictamente comercial. De cara al exterior seguíamos formando la pareja envidiada por todo el mundo, pero de puertas para adentro pasó a ser fría, calculada y de trato inexistente. En cuestión de pocos días comprendí el rol que me tocaba representar aceptándolo. Pude seguir disfrutando de una vida de ricos pero a cambio debía saber estar en las fiestas y reuniones, ser la anfitriona perfecta, la esposa ejemplar... y ser todo lo amable y cariñosa que necesitaba mi marido que fuera 56

con... sus clientes Vip. El primer “trabajo” que tuve que realizar para Nicolasch fue en San Petersburgo con un alto empresario ruso cliente suyo.

En ese momento Penélope cayó, su rostro reflejaba asco y rabia recordando aquellos momentos, y no fui capaz de pedirle que siguiera con el relato.

Una vez recuperadas las fuerzas y tras un trago de agua, continuó.

—Me sentí ultrajada, sucia. Al trabajo de San Petersburgo siguieron trabajos en Berlín, Roma... I egándome a sentir una prostituta cara, pero prostituta al fin y al cabo. A todo esto Nicolasch, impasible, hacía como que no le importaban estas “reuniones”, las utiliza-ba como moneda de cambio. La acción de San Petersburgo me pilló de improviso, pero en los viajes sucesivos sabía a lo que iba. Como todas las personas que han entrado en este submundo, el shock de las primeras “citas” da paso al “no pensar” de las siguientes y más tarde al “disfrutar” de las demás, siempre y cuando el “partener” de turno estuviese “bueno”.

—¿Debió ser muy duro?

—No deberías ni preguntarlo.

Su rictus de mujer bien, con su leve sonrisa perenne, ocultaba su dolor continuo, no solo por lo vivido sino también por haber permitido que se llegara a ese punto.

—A medida que los “contactos” se fueron haciendo habituales el odio hacia Nicolasch aumentaba exponencialmente y no pasó día en que en mi interior no le asesinara de la manera más cruel y dolorosa posible —comentó Penélope—. Durante los más 57

de ocho años que duró esta doble vida no hice más que reunir fuerzas con las que enfrentarme a mi marido, estudiando cómo sería el crimen perfecto.

Yo escuchaba en silencio esa cruel e inesperada historia. No podía hacer nada más que escuchar sin mover ni un solo músculo de mi cuerpo.

—Y para seguir viva, en mi mente moría, cada día, mi marido.

Era mi válvula de escape, mi droga diaria. Yo quería matarle pero no sabía como, ni me encontraba preparada. Pero todo cambió un miércoles por la tarde en un partido de fútbol de Champions en el Santiago Bernabéu —prosiguió.

—¿Eh?

—Como recordarás no me gustaba el fútbol, pues sigue sin gustar-me, lo que pasa es que en algunas ocasiones, cuando invitan a mi marido al palco VIP debo de acompañarlo, es una cláusula más del contrato de asistencias que tenemos “firmado”. Pues ese día, como me aburría, me dediqué a mirar los rostros de las personas que tenía a mi alrededor, y a mitad de partido: BINGO, apareciste tú, estabas a escasos 15 metros y no había detectado tu presencia; en ese momento se hizo en mí la luz y vi un pequeño rayo de esperanza entre los nubarrones de los últimos años, un rayo de seguridad y de fuerza. En ese preciso instante vino a mí la famosa frase de Obama: “*Yes, We Can*”.

—¿Y eso cuando fue? —pregunté.

—A mediados de marzo del pasado año. Luego siguió la contratación de unos detectives privados que me informaran “todo de ti” y aquí estamos.

58

—¿Pusiste unos detectives a que me siguieran?

—Sí, era la única forma de saber de ti.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé.

Y tras un silencio valorativo, continuó.

—Yo ya te he contado cosas de mi vida, ahora te toca a ti.

—Estoy alucinando, me pusiste unos detectives... pues debieron ser muy buenos porque yo no me percaté lo más mínimo. ¿Qué quieres saber de mí?, si soy un libro abierto para ti, qué quieres que te cuente que no te hayan informado tus detectives.

Seguía sin podérmelo creer, a qué punto había llegado su interés por mí.

—Lo primero que quiero es que me contestes a esa pregunta que te he hecho en innumerables ocasiones desde que nos hemos vuelto a ver —me comentó.

—Con gusto te lo contaría pero son las 16:30h, se nos ha hecho muy tarde y ni tú ni yo podemos permitirnoslo. Eso sí, te prometo que lo primero que haré el próximo día que nos veamos será contestar a tu pregunta.

Con una mirada desencantada asumió la realidad comprobando lo rápido que pasa el tiempo cuando estábamos juntos. Nos duchamos rápidamente y salimos cada uno para su punto de destino con el tiempo justo, muy justo, pero con el espíritu tranquilo.

Al darme un fugaz beso, a la salida del apartotel, me dijo:

—En tu vestir has evolucionado, vas acorde con los tiempos, pero en lo que a zapatos se refiere no, sigues siendo un “pijo”, recuerdo haberte visto siempre con el mismo tipo de zapatos, tus 59

“castellanos” negros con borlas, no has cambiado ni un poquito,

¿te los siguen haciendo a medida? Recuerdo que te los hacían en la calle... López de Rueda en la zapatería de Gloria Castellanos.

—Excelente memoria la tuya pero no, no me los hacen a medida, ahora se pueden encontrar en todas las zapaterías de Madrid, y los suelo comprar en las rebajas.

—Pues a ver si evolucionas también en eso.

—Es difícil, siempre tengo dos o tres pares en casa —repuse.

—Tú y tus manías... por cierto ahora que no estás conmigo, qué haces para tener siempre dos llaves de tu coche, ¿las sigues llevando por “precaución”? como solías decir.

—Hay costumbres que no varían con los años y esa es una, siempre llevo una segunda llave del coche en mi maletín, ¿Te acuerdas la movida que tuvimos una vez que fuimos a esquiar a La Pinilla y que nos tocó volver a Madrid en tren para regresar a por mi Seat Ibiza al día siguiente? Pues aquel día dije que era la última vez que me ocurría y hasta la fecha.

—Jacobo, no cambiarás ni aunque pasen 100 años...

—Oye, confianza por confianza, llevo tiempo intentando preguntarte qué es eso de Representaciones del Moral

—Esa es una larga historia que también yo te contaré la próxima vez que nos veamos como me respondiste tú antes.

Y otro beso en la mejilla selló nuestra despedida ese segundo miércoles de febrero.

El viaje de vuelta se me hizo corto, muy corto analizando lo ocurrido con Penélope en esa media mañana. La reacción de esta al 60

recibir la llamada de su marido, su salida a la terraza sin pensarlo dos veces aun desnuda, su mirada extraviada con rasgos de temor al volver a la cama. Muchas cosas habían pasado en tan pocos minutos. Sin apenas palabras, llegué a sentir su estado de pánico y desesperación. Algo más estaba ocurriendo, algo que aún desconocía.

Esas acciones marcaban carácter y Penélope tenía mucho, mucho, mucho.

61

Capítulo VI

Al día siguiente por la tarde, enviamos nuestra propuesta comercial por correo electrónico y el viernes, a eso de las 13:45h, recibí una llamada confirmando que el presupuesto estaba aceptado en todos sus apartados, incluso en el del cemento a emplear que, desconociendo lo que nos íbamos a encontrar en las perforaciones, era imposible de presupuestar. La oferta sobrepasaba los 110.000€, cantidad a la que habría que sumar las contingencias comunes normales en estos casos. La diosa Fortuna nos seguía favoreciendo y aun en el estado crítico en el que se encontraba la

economía nacional, nosotros continuábamos con más trabajo del que podíamos procesar.

La semana transcurrió de forma rápida, inmersos en dos licitaciones que teníamos en marcha para la cimentación de unas autopistas de peaje en el Alto Aragón y en Huelva, y con la adjudicación del estudio de Ribadavia.

La obra de Penélope, como gustaba llamarla Nacho, comenzó, por la premura del caso, el martes 18, según mis cálculos unas tres horas antes de recibir el SMS de turno, confirmando que al día siguiente me tocaba “supervisar” las operaciones con Penélope.

El miércoles veinte, a las 09:30h me encontraba en la calle Bajada O Concello 37, en el Polideportivo Municipal de Ribadavia.

63

Habíamos desplazado desde Benavente a dos operarios que estaban trabajando en la autopista, más el transportista con la RL

4 de ROTALEC y la CASAGRANDE M3mod., todo ello bajo la supervisión de Pancho, nuestro encargado y hombre de confianza.

Pancho al verme aparecer se extrañó y tuve que comentarle que era una visita de cortesía, que me había desviado para saludar al Concelleiro y poco más. Cuanto menos supiera mejor.

Desayuné con Carlos Ponce y a las 11:15h marchaba para “supervisar” la otra operación del día.

Habíamos quedado en el apartotel de Carballino a las 12:00h y como eran las 11:40h, cuando llegaba a la antigua sede del que fue el Reino de Galicia, tuve tiempo para tomarme una reconfortante ducha y prepararme para dar a Penélope una bienvenida sexi, con la toalla de manos alrededor de mi cintura.

En cuanto escuché el repiquetear de sus tacones a la salida del ascensor, abrí la puerta de una forma rápida quedándome inmóvil ante ella para que se riera de la simpática escena, pero al fijarme en su rostro comprobé que algo no funcionaba. Sus ojos inyectados en sangre intentaban reprimir las lágrimas, lágrimas preparadas para desfilar sobre sus sonrosadas mejillas, cosa que hicieron débilmente cuando tomé sus manos y la hice pasar, pese a su inmovilidad en el mismo cerco de la puerta de entrada. La acerqué a mí de forma pausada y, cuando la tenía a escasos centímetros, rompió a llorar con un desconuelo como antes no la había visto. No me atreví a preguntarle nada, pensé que la mejor manera de ayudarle era abrazándola y esperando a que desahogara su zozobra. Algo muy importante la tenía que haber ocurrido.

64

La senté en el sillón dos plazas que había en el salón y se acurrucó hacia mí; poco a poco fue adquiriendo posición fetal apoyando su cabeza sobre mi regazo.

Con un vaso de agua como único fármaco, intenté calmarla acariciando sus sienes y su larga melena.

Tardó más de diez minutos en articular sus primeras palabras:

—¡Ese cabrón!

Volviéndose a hacer el silencio en la sala y el vacío en su mirada.

El llanto fue amainando, y a este le siguió el hipo del desgaste de minutos de desconsuelo.

Con el segundo sorbo de agua comenzó a hablar de forma entre cortada por el desagradable hipo.

—Ese cabrón ayer me hizo “acostar” con un importante narco-traficante colombiano.

Y de nuevo las lágrimas volvieron a asomar por sus lagrimales.

—Llevaba mucho tiempo sin tener que hacer este tipo de “trabajos”. Me había olvidado de lo asqueroso que resulta. No hacía más que acordarme de ti, y esa fue mi válvula de escape para soportar semejante ultraje y no cometer una locura.

Una vez más las lágrimas asomaron en sus ojos, pero en esta ocasión el motivo fue la impotencia; ¡cómo podía ser tan mise-rable...! Hay cosas por las que las personas no deberían pasar y menos una mujer.

Había transcurrido una hora desde su llegada y estábamos en la misma posición que al principio, nuestros cuerpos no se habían movido ni un milímetro, no así nuestras mentes. Penélope tenía la

65
suya en “stand by” y yo la mía saturándose por momentos de odio e inoperancia. Siempre había tenido claro que ayudaría a Penélope en lo que me pidiese, pero a partir de ese instante no solo iba ayudarla sino que estaba dispuesto a asociarme en esa aventura, en el asesinato de Nicolasch.

Penélope se encontraba en un grado de shock importante y en verdad no sabía cómo ayudarla.

Tras varios intentos de ponerla en pie, lo conseguí y en pocos segundos preparé un baño de agua muy caliente al que eché todo lo que pude encontrar de frasquitos promocionales, gel, champú, sales y una pastilla de jabón de manos.

Al desnudarla para sumergirla en ese mar de espuma, me dio la impresión de estar haciéndoselo a un maniquí, su espectacular cuerpo estaba frío, se dejaba hacer y su mirada extraviada, sin un punto de referencia.

No quiso entrar en el agua sola por lo que tuve que meterme con ella. Y abrazados estuvimos rodeados de espuma hasta que el agua se enfrió e hizo desagradable estar más tiempo sumergidos.

Fuera de la bañera, mientras le secaba con la gigantesca toalla, noté que la vida volvía a su cuerpo, notaba cierto calor y la piel comenzaba a abandonar ese color a cera que tenía antes del baño.

Al secar sus esbeltas piernas percibía los espasmos musculares producidos por los más de veinte minutos de absoluta inmovilidad dentro del agua, sin cambiar para nada de postura. Coloqué una

de las toallas alrededor de su figura y la anudé al firme asidero que proporcionaban sus caderas. Luego seguí por la espalda, pecho, cuello 66

y al llegar a la cara comprobé que su mirada ya no era la misma que, hacía mucho más de una hora, había entrado al apartamento, ahora era algo más cálida, algo más alegre, algo más brillante... la vida estaba regresando a Penélope.

Ante el espectáculo vivido minutos atrás, sus ojos se abrieron más y más llegando a una amplitud desmesurada; nunca antes alguien la había tratado con esa dulzura, nadie ni tan siquiera su “novio Jacobo”.

Al conectar sus azules ojos con los míos comprendí al instante su declaración de intenciones, se hacía imposible ambigüedad alguna, la inmediatez de placer y deseo comenzaba a ser expelido por los poros de su piel. El ambiente se colapsó de una embriagadora fragancia que desbordaba y precipitaba los sentidos, todos por completo.

Una mirada picarona surcó la mía, al pasar por el hall de entrada y ver en la oscuridad los destellos que producía la pedrería de su delicado vestido sobre los que descansaba su diminuta ropa interior.

La puerta del baño se cerró tras nosotros produciendo una oscuridad que excitaba aún más la escena de dos cuerpos completamente desnudos, agarrados de la mano rumbo al templo del placer.

Al momento me encontraba sobre la cama rodeado mi cintura por unas largas y trepadoras piernas.

Ya no podía prolongar más mi excitación, estaba a un paso de re-ventar y él a comenzaba a hacer más y más rudos sus balanceos sobre mí. A un tris me encontraba de perder el sentido o mejor dicho los sentidos, todo fruto del placer, queriendo por un momento que terminase ya y por otro que fuese eterno. El relax que precede al éxtasis comenzó a tomar mi cuerpo y lo único que pude fue dejarme llevar y gritar, gritar 67

como nunca antes lo había hecho. Penélope había sacado de mí algo que no sabía que tenía... poder. En ese momento, y por un instante, to-qué literalmente el cielo con las manos y me sentí un dios mitológico.

El sonido de mis gritos sorprendió en un principio a Penélope, provocando un acaloramiento, un ardor y una exaltación del placer todavía mayor, comenzando a moverse como poseída, con una amplia y sincera sonrisa de victoria.

Después de semejante batalla a nos quedamos varios minutos, desconozco cuantos, tumbados boca arriba en un estado cercano a lo que debe ser el denominado nirvana, gloria o paraíso, nuestros cuerpos separados un metro de distancia pero unidas nuestras manos como prueba de vínculo y realidad a lo que habíamos vivido y restaba por vivir.

Penélope giró ligeramente su cara para observar la mía y exclamó.

—Simplemente divino, sobrehumano. Ha sido el mejor polvo de la historia.

A lo que afirmé irónicamente:

—No ha estado mal, tú un poco “sosa”...

Y sin terminar la frase Penélope saltó de nuevo sobre mí, riéndose y besándome frenéticamente.

Esta mujer en nada, absolutamente en nada, se parecía a la que hacía un par de horas había entrado en el apartamento, eran dos personas diferentes que compartían cuerpo pero no así mente. Me recordaba el famoso libro de Robert Louis Stevenson “El extraño caso del doctor Jeckyll y Mr. Hyde”.

Faltaban quince minutos para las tres de la tarde y aún disponíamos de algo más de hora y media de “reunión”. Tras el baño y la

maravillosa “pelea” que practicamos, el hambre rondaba por nuestra mente y estómago; en un momento de raciocinio le convencí que había que salir a comprar algo de comida, el “severo trabajo fi-

sico” había tenido un desgaste calórico amplio y que de no hacerlo podrían llegar a sacarnos de allí muertos por inanición.

Penélope aceptó mi propuesta y dijo que aprovecharía mi “breve” ausencia para darse una ducha, esta vez tonificante y sin jabón, ya no quedaba nada tras...

Compré sándwiches, frutos secos, agua, refrescos y yogures con los que practicamos un espectacular picnic sobre la imperial cama.

—De qué son los sándwiches?

—Mixtos, vegetal,... aquí no hay de queso con nueces.

Al oír esto nuestras miradas se cruzaron con toques de nostalgia de una época pasada, donde este sándwich, de la cervecería Rodilla, era nuestro preferido. Con energías renovadas tras el picnic camero y no campero, Penélope sacó una bolsa que había dejado junto a la cama.

—¿Y eso qué es? —pregunté.

La pregunté con curiosidad.

—Un juguete, una cámara termográfica.

—¿Y para qué la quieres?

—Para grabarte y grabarnos haciendo el amor —me explicó.

—No, nada de eso, las cámaras son como las escopetas, las carga el diablo y cuando menos te lo esperas aparecen películas pasando factura.

—No es para tanto.

—¿Cómo que no? actualmente es, junto con el móvil, el causante principal de divorcios. Por grabaciones, con juguetes como tú los llamas, han caído desde directores de multinacionales hasta primeros ministros.

—Esta es diferente.

—Sí, lo mismo tiene más píxeles o graba en 3D —comenté con matices de ironía.

—Es una cámara termográfica, no graba imágenes sino colores, los diferentes colores que proporcionan las fuentes de calor como es el cuerpo humano, y además como mejor graba es en la oscuridad. Con ella no se sabe a quién se está grabando únicamente su temperatura corporal y su silueta.

—Y si no se ven las caras ¿para qué lo quieres? —quise averiguar.

—Para mí, no sabes lo sola que me encuentro y lo largas que se hacen las noches a veces. Nicolasch y yo no tenemos ningún tipo de relación, nuestro único vínculo son los negocios en los que me utiliza, tenemos habitaciones separadas en alas diferentes de nuestra casa, así de esta forma nunca coincido con sus “compañías nocturnas”.

—Y si es así ¿por qué no te separas?

—No puedo, y además ahora no es el momento de hablar de ello.

—Bueno, continúa a ver si me convences —repuse.

—Estas grabaciones pueden llegar a salvarme la vida... y a ti.

—¿A mí por qué?

—No, y a ti... qué más te da, si en el caso de caer en manos de “gente mala” no podrán saber quién es el co-protagonista de tan apasionada película.

—Sigues sin convencerme.

Y dicho lo cual Penélope dejó en mis manos la diminuta cá-

mara guiándola para que enfocara su torso y cabeza, viendo en un principio diferentes tonalidades de color rojo sobre todo en su cuello y pechos, siguiendo por el resto de su cuerpo.

—¿Y esto qué significa? —pregunté.

—Pues que a más calor más roja se pone la tonalidad de la zona y como verás es ideal para averiguar cómo se encuentra tu pareja,

¿lo ves?

—Pues según esta cámara tú estás un tanto caliente ¿verdad?

—Pues no lo sé, podías acercarte y comprobarlo.

Y tomando la cámara de mis manos dijo:

—Espera que voy a hacer una pasada por todo tu cuerpo comprobando si... comprobando si te encuentras bien.

Más que una grabación tuve la impresión de que estaba es-caneando cada centímetro de mi piel; después de lo cual sonrió, reflejando en su cara una alegría inusitada cosa que no comprendí en ese momento pero que marcaría mi vida más adelante.

Las imágenes daban la razón a su teoría, ambos estábamos muy calientes, excitados, por lo que comenzamos a hacer el amor saltándonos los preliminares, no los necesitamos.

Sin fuerzas para apenas movernos, terminada nuestra dosis de sexo de los miércoles, abrazados, con los ojos cerrados sintiendo la magia del momento, Penélope me espetó:

—No has cumplido con tu palabra, no me has explicado el motivo de tu espantada, el por qué me abandonaste...

71

—No he podido cumplir mi palabra por la manera en la que has entrado esta mañana, me has roto el corazón y lo único que tenía en mente era recuperarte, el que regresara esa Penélope que se había disipado por acontecimientos que no quiero ni nombrar.

—¡Comienza que me tienes en ascuas! Cuéntamelo punto por punto y coma por coma, necesito saber por qué mi vida dio ese giro tan descomunal. ¡Me lo debes! —Adquiriendo su rostro un rictus de dureza y enfado—. ¿Cuál era ese “proyecto irrenunciable” por el que me abandonaste? Es así como lo llamaste el último día ¿no?

—El proyecto se llama Mabel.

—¿Entonces es verdad que me dejaste por otra mujer?

—Sí

—¿En tan solo unos meses me olvidaste?

—No, nunca logré olvidarte y es por eso por lo que me encuentro contigo hoy. Nunca logré olvidarte pero sí dejarte muy dentro de mi corazón para que nadie supiese nada de ti.

—Hombre, gracias por tu sinceridad. ¿Y cómo es ella?

—Pues Mabel es rubia, con ojos verde oscuro, de una alegría sin límites... y en junio cumple

dieciocho años.

—¿Cómo?, no entiendo nada.

—Pues que Mabel es mi hija, la mayor, también tengo un niño de once años, Carlitos.

—Me parece que estoy un poco baja de reflejos. ¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver tu hija conmigo? No entiendo nada.

—Pues que tras el accidente pasé una larga recuperación en el hospital, ese fue el motivo por el que te llamaba y escribía, no te 72

podía visitar en persona. Los dos primeros meses me mantuvieron continuamente drogado con el fin de mitigar los dolores producidos por el politraumatismo sufrido por las fracturas, mayores y menores. Después de eso vinieron los cócteles de fármacos para evitar el rechazo de las dos prótesis de titanio, cromo y cobalto que me colocaron en el brazo izquierdo y en la pierna derecha. Todo esto me mantuvo postrado en la cama del Hospital La Milagrosa durante prácticamente tres meses, al no poderme escayolar por las fracturas abiertas y el riesgo a la tan temida gangrena. ¡Fue horrible!

»Pero esos tres primeros meses no fueron lo peor, lo más duro vino luego con la recuperación, tuve que aprender a caminar, a mantenerme en equilibrio sin bastones, a sentarme, a comer, a...

si no hubiese sido por mi mujer, Esperanza, no hubiese salido adelante y ahora verías a otro Jacobo probablemente en una silla de ruedas. El interés que mostraba Esperanza, como enfermera de mi planta, sobre pasaba y con mucho sus obligaciones, poco a poco comenzamos a sentirnos cómodos el uno con el otro, a intimar, y cuando todavía no estaba consolidada nuestra relación se quedó embarazada de Mabel.

En ese momento las lágrimas fluyeron por los bonitos ojos azules de Penélope, todas sus teorías sobre nuestra separación se cayeron como si de un castillo de naipes se tratara, no dejando ninguno en pie. Algo tan sencillo y tan importante había separado nuestras vidas. Las espontáneas lágrimas fueron en aumento hasta llegar a un llanto para el que no había consuelo, la tensión y las cábalas de tantos años, eliminadas por un motivo que incluso ella admitía.

73

—Ya sabía yo que había sido por una mujer, no podía ser de otra forma —contestó en tono irónico; una mujer los había separado y aun sin conocerla había comenzado a sentir un cariño especial hacia ella, hacia Mabel. Me tienes que mostrar fotos de mi “con-trincante”, tiene que ser muy bonita para que, aun siendo solo un

“proyecto”, lograrse quitarme el amor de su padre.

La que minutos atrás parecía la diosa del sexo duro, cambió su cara, su figura y sus movimientos, tornándose muy maternal.

Después, como siempre nos ocurría, tuvimos que despedirnos rápidamente por que el tiempo

había vuelto a pasar a la velocidad de la luz.

Cada día nos íbamos involucrando más y más el uno con el otro o mejor dicho yo con ella, porque Penélope parecía seguir, al pie de la letra, el guion que había confeccionado meses atrás y que únicamente variaba pequeños detalles sobre la marcha.

Creía no estar enamorándome, aunque cada vez me sentía más ella, una parte diminuta de ella, pero ella al fin y al cabo. Quería a mi mujer pero necesitaba a Penélope para vivir, era la brizna fresca que algunas veces te ofrece la vida como premio a no sé qué.

El resto de días de la semana excluyendo al miércoles me convertía en el padre de familia, esposo y amigo de mis amigos como siempre, pero el miércoles salía otra persona muy distinta, vitalista, valiente, tierno, sensual y sexual, ahora era yo el que me transformaba en Mr. Hyde.

74

Capítulo VII

Como me había informado en su SMS el día anterior, subí en el ascensor esta vez a la tercera planta y por su fragancia sabía qué apartamento nos había tocado en esta ocasión. Podía oler su Ethernity Moment de Calvin Klein a kilómetros de distancia.

Abrí la puerta con la llave que me había proporcionado el recepcionista, el mismo que continuaba mirándome con una mezcla entre asombro y envidia. Nada más entrar vi que sobre el suelo había flechas de papel en un intento de marcarme la dirección que debía seguir.

Al ruido producido por la puerta al cerrarse, Penélope exclamó:

—¿Eres tú Jacky? estoy en la ducha.

Al oírlo me quedé petrificado, en un instante mi mente retornó al pasado. Me había llamado Jacky, como en aquellos años... en nuestras citas, en los pocos momentos de intimidad que podíamos disfrutar cuando nos perdíamos por la ciudad universitaria, en los aparcamientos vacíos de las también vacías facultades por lo tardío de la hora y todo en mi Seat Ibiza rojo de dos puertas y con asientos totalmente reclinables.

Me llamaba Jacky porque cuando se recostaba sobre mi “mulli-do pecho” parecía encontrarse sobre Jacky, su osito de peluche de 75

la infancia. Únicamente cuando nos encontrábamos en la intimidad más absoluta, era cuando nos llamábamos “Pe” y “Jacky”.

De vuelta a la realidad seguí las flechas y al entrar en el cuarto de baño vi como Penélope, intentando taparse la boca, aun no salía de su asombro.

—Perdona, no era mi intención remover el pasado, pero la verdad es que llevo toda la semana en la que no hago otra cosa que pensar en nuestra etapa de novios. Continuamente me dan como ausencias que me transportan al pasado, volviendo a vivir momentos que creía olvidados, tu

declaración, rodilla en suelo en el autobús que me llevaba a casa, los primeros besos ante el asombro de nuestros compañeros de la Escuela de Ingeniería y Diseño Industrial, nuestro aparatoso viaje a la Expo de Sevilla, los conciertos de Mecano y Celtas Cortos, las carreras delante de la Policía Nacional en Moncloa durante la Huelga General... ¡son tantos los recuerdos!

Y volviendo al presente después de un nostálgico silencio, con los ojos abiertos en su máximo esplendor, me dijo en tono orden:

—Pero no te quedes ahí hecho un pasmarote, reacciona, ven a darme un beso.

Obedecí, aun pensado en sus anteriores palabras. Nos estábamos re-enamorando y eso..., eso no estaba en el guion. Ambos nos podíamos hacer mucho daño de seguir así.

—Vamos a tener que hablar, pero hablar de verdad, hablar de nuestra situación y de qué quieres hacer con tu marido.

En ese momento como acompañando a su respuesta sacó, desde la zona de la ducha, una pierna en plan vodevil de los años 40, 76

situando su dedo índice derecho de forma vertical sobre los labios, indicándome con ello que me callara, y su índice izquierdo insinuando que me acercara hasta donde ella se encontraba. Obedecí a sus dos índices, callándome y avanzando hasta donde ella se mantenía firme, con medio cuerpo dentro de la ducha, dispuesta para darme un cálido beso.

Intenté poner cordura en ese momento pero la verdad es que yo también perseguía mantener esa farsa entre “adolescentes” que se dedicaban, un día a la semana, hacer pellas en sus vidas cotidianas y jugar a juegos prohibidos. Éramos dos contestatarios de los 80/90

reconvertidos en adultos del año 2014, con una serie de obligaciones que olvidábamos por unas horas los miércoles.

Poco tiempo tardé en desvestirme y en aceptar la invitación que me hizo Penélope:

—Vente, esta ducha es demasiado amplia para mí, además necesito que me froten la espalda y no veo a nadie más que a ti para esa función. Pero si no quieres, llamo a recepción solicitando el servicio de habitaciones.

Yo, hasta que concluyó su frase, estaba intentando doblar de la mejor manera posible mi chaqueta de sport y mis pantalones tipo chinos, pero tras pronunciar “*servicio de habitaciones*” deje caer al suelo lo que tenía entre las manos y me introduje no solo en la ducha sino también en su mundo de erotismo, en ese caso más hú-

medo de lo normal.

Penélope me recibió de espaldas reafirmando en la solicitud de que frotera su espalda y en esa postura se mantuvo durante unos 77

minutos a mis caricias y besos. El calor del agua multiplicaba por mil nuestras sensaciones y los

poros de su piel se iban haciendo más y más receptivos. Yo buscaba sus labios donde dejar caer mis besos a lo que ella se negaba, aumentando la excitante tensión del momento. El agua caía sobre sus hombros alargando los tirabuzones de su pelo, consiguiendo mayor sensualidad al tándem que hacían piel y cabello.

Comencé a explorar su parte posterior, y a mis caricias y besos se unieron los aromas del gel que delicadamente esparcía y los vapores del agua caliente creando un clima sensualmente intenso. Mis manos se deslizaban suavemente sobre su piel favorecidas por el agua y el jabón líquido, ya sin límites, invadiendo sus pechos, cada vez más firmes. No lograba ver su cara pero por el reflejo de la mampara de cristal en la que apoyaba firmemente sus manos, podía medio-ver la expresión de su rostro y lo que parecía ser sus ojos en blanco.

Era sensible a cada movimiento que hacía tanto con mis manos como con el resto del cuerpo, la sentía receptiva aunque no se había movido ni un milímetro desde mi entrada en la ducha. Toda su energía la estaba empleando en sentir. La única parte que no estaba inmóvil era su garganta que emitía ronroneos, provocando una mayor excitación si cabe.

Sin avisar se dio la vuelta a la vez que me abrazaba, colgándose de mi cuello. La diosa que se convertía en humana porque ya no soportaba más la inmovilidad de la tensión.

Su cambio fue radical y de la pasividad pasó a la casi hiperactividad dándome todos los besos que hasta ese momento me había 78

negado, iniciando unos movimientos coordinados con los que acariciamos nuestros cuerpos con ellos mismos.

Aprovechando el momento quise culminar el combate pero Penélope me paró con un escueto:

—Todavía no. Tenemos una gran cama para nosotros solos.

Pero antes tienes que terminar tu trabajo.

A lo que respondí:

—¿Cómo?

—Que aún me tienes que secar con mucho cuidado y masajear-me con aceites aromatizados. ¿No sabías que cuando se comienza frotando la espalda en la ducha siempre se termina con un suave masaje en el dormitorio? Esto es el ABC del perfecto amante. Además por pura casualidad tengo un bote nuevo en mi neceser, así que tienes producto y mucho tiempo por delante para hacer un buen

“servicio”.

Acepté de no muy buena gana por no concluir nuestro momento dentro de la ducha, pero también lo que me proponía Penélope me gustaba, o cuanto menos me excitaba.

Como si de un niño pequeño a la salida del baño se tratara, me tocó secarla de pies a cabeza y a

cada centímetro de su piel por el que pasaba la toalla le seguía un beso tierno y cálido por mi parte.

Tal fue el hecho que llegó a resecañrseme la boca nada más finalizar de secar sus esbeltas piernas.

Concluido el servicio de secado, me tomó a mí con su mano izquierda, al bote de aceite con la derecha y “nos” puso rumbo al dormitorio, a la espléndida cama tamaño XXL. Allí como si de la

79
mismísima diosa y reina del Nilo (Cleopatra) se tratara, se recostó sobre la cama boca abajo y se dejó extender el aceite sin restriccion-es.

Comencé por su cuello apartando su húmedo cabello, seguí por sus brazos, espalda y concluí en sus largas piernas. Mención especial hice por sus redondeados y duros glúteos donde me esmeré en tiempo y forma. Cuando terminé en sus pies, un momento antes de solicitar que cambiara de posición, justo en el arco de la planta de su pie derecho, algo me llamó la atención. Al acercarme comprobé que había unas palabras escritas, pero tan pequeñas que no lograba descifrar lo que decían.

Yo la pregunté:

—¿Y esto qué es? Parece un tatuaje.

A lo que sonriente, contenta porque al fin me había dado cuenta, contestó:

—Acércate más y lo podrás leer.

La luz no era la idónea y tampoco mi vista, había perdido agudeza visual en los últimos años. La curiosidad superó el momento de excitación y de un rápido brinco me levanté de la cama en busca de mis gafas guardadas en la chaqueta.

—¿Necesitas gafas para ver de cerca?

—Sí, la presbicia no perdona la edad.

Y sin más pérdida de tiempo regresé, con las gafas puestas, a la posición que tenía segundos antes. La letra era diminuta pero logré descifrar lo escrito:

« *Aunque lo olvide, siempre irá conmigo* ».

80

En ese instante cambió mi estado de excitación, pasó al de curiosidad y de este al de nostalgia. Un flash del pasado volvió a mi cabeza, esa frase la pronunció Penélope el día antes del accidente, en el apartamento de su amiga Conchi tras un fin de semana romántico de velas y caricias, al terminar de leer un poema que le había escrito. Por un momento vi la escena con total nitidez, ella apoyada sobre mi pecho, en el sofá del salón y yo haciendo de aprendiz de poeta leyéndolo. Recuerdo que al terminar la última estrofa, Penélope levantó su cabeza y con lágrimas en los ojos dijo

textualmente:

—Muy bonito, aunque lo olvide siempre irá conmigo.

—Me faltaba un título al poema y tú me lo has dado: «Aunque lo olvide, siempre irá conmigo» — contesté—. ¿Recuerdas el poema?

—No solo lo recuerdo sino que lo tengo grabado y guardado entre mis “más valiosas posesiones” y acabas de comprobar que...

«Aunque lo olvidé siempre va conmigo».

—Explícame eso. Parece un juego de palabras.

—No te puedo decir nada, es algo que has de descubrir tú.

—No te entiendo, grabado, guardado, va contigo siempre...

como no me des más pistas no averiguaré el jeroglífico.

—Sí no lo entiendes es que no estás preparado para saberlo

—indicó.

Esto picó mi autoestima y curiosidad a partes iguales de tal forma que mi estado de excitación desapareció pese a lo “erótico”

que podía parecer la escena en la que se encontraban dos personas desnudas en una cama gigante, y una mirando con “gafas de cerca”

los pies de la otra y jugando a las adivinanzas.

81

—No me digas que te tatuaste el poema también.

—No te puedo decir nada.

Esa respuesta fue una declaración de intenciones y sin más me puse a revisar su cuerpo de forma escrupulosa como si de un forense se tratara.

Si la anterior escena era extraña esta no podía definirse, aunque debía ser graciosa porque Penélope no dejaba de reírse, en parte fruto del momento y en parte fruto de la tensión por saber si averiguaba semejante misterio.

Mi interés fue descendiendo a medida que pasaban los minutos y no encontraba rastro alguno del posible tatuaje en aquel aterciopelado cuerpo. Todo parecía indicar que era una broma, algo pesada, por parte de Penélope que se dejaba hacer.

Al rato se incorporó y abrazándome con cariño me dijo al oído como para que nadie se enterase:

—Déjalo, no has entendido nada. Lo verás cuando estés preparado.

Dicho lo cual me quedé como el niño al que le dices que los Reyes Magos llegarán con unos días de retraso.

Al ver mi cara de desilusión, me abrazó más fuerte y mediante un largo beso me hizo tumbar sobre ella a la vez que me decía:

—No te pongas triste, cada cosa en su momento, y tú, en este momento, estás en otra cosa.

En ese instante mi triste mirada fue a fijarse en su cuello en el que las arterias aumentaban de caudal y su respiración comenzaba a acelerarse por momentos. Estaba claro que el deseo había

sado a Penélope, y también a mí. Lo confirmaban sus dilatadas pupilas que atraían mi mirada impidiendo poder divisar el resto de su radiante cuerpo. Cuerpo que aun sin verlo notaba el aliento de vida.

El roce de nuestra piel aumentaba en tiempo e intensidad, todo nuestro ser de repente se hizo uno y disfrutamos de ello hasta el final de un lento e intenso orgasmo.

Más de diez minutos mantuvimos la posición final, no lográ-

bamos recobrar el aliento tras aquella escena de amor, intensa sobremanera a la vez que profunda. Habíamos llegado hasta el Olimpo de los dioses y ella de nuevo se había consagrado como la gran sacerdotisa del sexo y del erotismo.

Mis pulsaciones habían descendido notablemente y no me podía mover, aunque si hubiese podido tampoco habría querido. En ese momento el mundo se había parado, no existía nada, no había ni hoy, ni ayer, ni mañana, no hacía calor ni tampoco frío, se respiraba tranquilidad, satisfacción,... poder sobre todo el cosmos. No me sentía como un ser humano más, si no era un dios, seguro que en ese momento me había convertido en el escalón inferior, en un héroe, hijo de un dios y un humano.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde el final del clí-

max porque ambos habíamos caído en un profundo y reparador sueño.

—¡Despierta!, son las 16:30. Nos hemos quedado dormidos

—dije.

—¿Cómo? ¡No me digas!

Y de nuevo como en los anteriores miércoles tuvimos que terminar nuestra “cita” acelerados, corriendo ambos hacia la ducha 83

para quitarnos las fragancias de amor y aceites que cubrían nuestro cuerpo, corriendo cada uno a sus “obligaciones”.

Sin una frase más, únicamente con miradas que lo decían todo y con un tierno beso concluyó la reunión de ese miércoles, veinti-séis de febrero de 2014.

84

Capítulo VIII

A la obra de mejora de Ribadavia le salieron otras en dos pueblos cercanos. Nacho solía decir que Penélope nos había traído suerte a nivel empresa pero la desgracia a nivel personal mío, a lo que con ironía le respondía:

—Imposible que me vaya mal, está todo controlado y la verdad es que me considero la persona más afortunada del mundo, quiero a dos mujeres con locura y ellas me corresponden.

El siguiente miércoles, ya del mes de marzo, salí de mi casa a las 04:00h para poderme pasar por los pueblos de Taboadela y Maside antes de mi “reunión” con Penélope, programada esta vez para las 12:30h.

En Taboadela la obra era más bien sencilla, en el edificio del Ayuntamiento, pero en Maside era una obra de mayor envergadura, su centro de salud tenía desperfectos en diferentes zonas y comenzaba a resquebrajarse por tres de sus cuatro fachadas. Una vez comprobado

“in situ” y de forma superficial todos los desperfectos, aparecí en el apartotel a las 12:30h. Al tomar el ascensor supe que Penélope me estaba esperando, su fragancia embriagaba los lugares por los que pasaba.

En vez de utilizar la llave que acababa de recoger en recepción, golpeé de forma suave la puerta con mis nudillos en un par de oca-85

siones y esta se abrió despacio, con intriga, dejando aparecer una figura escultural con un semblante aún más radiante que en anteriores ocasiones, acompañado de una sonrisa, amplia como su escote.

—¿Cómo me encanta tu puntualidad? Así puedo preparar cualquier cosa...

A lo que apuntillé.

—Estás preciosa. Me tienes que decir cómo y con quien has pactado para que los años no pasen por ti.

—¿No eras tú el que decía que me parecía al buen vino por el cuerpo, el sabor y la fragancia? Pues el buen vino gana con los años.

—¡Pero es que estás mejor que cuando tenías veinte! —exclamé.

—Es que si a un buen ADN le sumas unos pequeños retoques como los que realizan los

“escultores de mujeres”, que es como se hacen llamar en los países del este de Europa a los cirujano-plástico, el resultado tiene que ser óptimo. No te puedes hacer una idea de lo que pueden llegar a hacer con un cuerpo normal y si el cuerpo es bueno ya de por sí, sale lo que estás presenciando.

—Me tienes que contar en que tienda compras tus modelitos de lencería. En algunos momentos solo te faltan las alas como las modelos de Victoria's Secret.

A lo que frunciendo el ceño respondió:

—¿Para comprárselos a tu esposa?

—No exactamente, aunque me has dado una idea... es que son sexy y además nada chabacanos, tienen clase. No me extraña que con ellos cualquier mujer haga de nosotros lo que quiera.

86

—Cualquier mujer no, hay que tener esta delantera para que un sujetador sin copas quede así de ajustado.

Y aprovechó para tomarme las manos depositándola en sus pechos diciendo:

—Comprueba y dime la verdad.

Ese fue el pistoletazo de salida para nuestra media jornada semanal de puro sexo.

Ya con sus pechos entre mis manos y mi boca a punto de besarlos, echó un paso para atrás frenando con ímpetu el intento, dejándome cortado.

—Tranquilo, primero hay que desayunar.

—¿Y eso? ¿A cuento de qué me vienes con estas?

—No quiero caer en el error de los amantes novatos, hay unas reglas del juego que hay que respetar... todo en su momento —De nuevo me rompió los esquemas consiguiendo, como siempre, captar aún más mi atención y deseo—. He preparado un desayuno, a base de fresas y nata, que estoy segura que será de tu agrado. Fresas y nata como plato único —Comenzaba a intuir por donde venía el juego erótico de hoy—. Pero antes has de ducharte bien para que saboree los matices del elaborado desayuno.

A los pocos minutos salía del cuarto de baño recién duchado y con un albornoz muy cortito a falta de toallas, increíble pero el servicio de habitaciones había olvidado dejar toallas.

—¿No han traído toallas a la habitación, habrá que solicitarlas para luego? —dije de forma incauta a lo que me respondió.

87

—Las he quitado yo, quería verte con ese albornoz un tanto sugerente que te compré. A mí también

me gusta verte con ropa provocativa. Y de hecho he acertado te queda muy sensual.

—Pero si casi se me ven los...

—Aquí nada de obscenidades, la verdad es que aunque no se te ve nada lo insinúas todo. Anda, vente a la cama que ya tengo todo preparado... pero hazlo despacio que quiero seguirte con la mirada

—me dijo.

Una vez en la cama sacó de debajo de la almohada unas esposas forradas con seda de diferente colores y, aprovechando el asombro que se reflejaba en mi rostro, en un rápido movimiento aparecí esposado al cabecero de forja blanco de la cama con un albornoz que no tapaba nada y una cara de no saber lo que estaba pasando.

¡Los juegos de Penélope! que me seguían sorprendiendo más y más cada cita.

Con los brazos abiertos casi en cruz y con el albornoz entreabierto permanecí por un espacio de diez minutos que son los que Penélope tardó en ducharse, darse sus aceite y enfundarse un body de cuerpo que parecía una segunda piel, realzando aún más sus pechos, su trasero, sus caderas, ... toda ella. Sobre las manos llevaba dos lamparillas de aceite encendidas con la disculpa de apagar las luces.

El entorno me resultaba extrañísimo tanto por mi colocación en la cama, como por la espera sin avisar y el olor que desprendían las dos lamparillas; mi excitación aumentaba de forma exponencial poniendo mi atributo masculino en posición erguida incluso sin que Penélope me hubiese tocado un pelo.

88

—Ya verás lo bien que vas a quedar en la grabación con la cámara termográfica, al final terminaremos por quemar la cámara.

—¿Ya empezamos con las películas? —pregunté con enfado a la vez que bajaba de forma notable mi libido,

—Déjame con mis recuerdos, no hago mal a nadie y ya sabes que en el caso de que por cualquier circunstancia cayera en manos de alguien, nunca podrían llegar a saber quiénes son los afortunados protagonistas de la grabación. Además, te recuerdo que son sin sonido —Y medio ordenando según se subía a la cama—. Tú céntrate en lo que te espera y disfrutémolo.

A continuación abrió el cajón de la mesilla derecha y sacó una bandeja con espectaculares fresas y un bote de nata con pinta de recién sacado del congelador por la escarcha que lo envolvía.

En un momento de descuido la rodeé con mis piernas y ella dejándose hacer, permitió que la besara por su torso y por sus pechos pero sin el apoyo de mis manos, mis muñecas continuaban unidas a las esposas.

—Creo que el juego de las esposas ya está bien... al menos déjame una libre.

Ella accedió dejándome la mano derecha libre de toda mordaza lo que aproveché para atraerla más a mí, besándola y sintiendo su calor. La excitación de ambos era máxima y eso que no habíamos

“tocado” el desayuno.

De nuevo Penélope tomó la batuta del excitante juego y me rogó encarecidamente que me dejara esposar las dos manos a lo que accedí sin rechistar. Estaba absorto con el juego y mi corazón 89

bombeaba raudo y veloz. No podía ver lo que grababa la cámara termográfica pero estoy seguro que toda la toma era en tonos rojos, muy rojos.

Ya esposado de ambas muñecas me volvió a sorprender cuando de otro de los cajones de la mesilla sacó lo que parecía una pañoleta totalmente negra con el brillo que solo tiene la seda.

—¿Y esto qué es ahora?

A lo que respondió en voz baja, con tono confidencial.

—Cierra los ojos, te voy a poner esta pañoleta. Hoy toca que solo sientas y no estés prevenido ante cualquier contingencia, que solo sientas y escuches.

—De acuerdo pero me tienes que prometer que nada de cera.

—¿No te gustaría disfrutar de esas sensaciones?

—Sí, tiene pinta de excitante pero luego deja rastro y recuerda que mi mujer es enfermera y seguro que no se creería que es un eccema.

Ya con los ojos tapados y sin poderme mover las sensaciones se multiplicaban. Escuchaba la boca de Penélope como saboreaba las fresas, como repicoteaba el fuego de las lamparillas, el ruido del motor de la cámara termográfica, y sentía sus sorbos sobre mi piel, el frío del spray de la nata, ... se movía muy rápido y la sentía por todos los lados a la vez, notaba sus pequeños mordiscos en mi cuello, en mis orejas, en mis hombros, en mi pecho, ... y en mi bajo vientre; la excitación provocada por la espera de lo que calculaba que iba a ocurrir a continuación. Su pelo acariciando mis piernas mientras ella jugaba con mi pene. Endiosada en su tierra gallega 90

cuan meiga, estaba demostrándome que sería imposible vivir sin ella.

La inmediatez del deseo y la continencia producida por las esposas que me inmovilizaban al cabecero de la cama, multiplicaban por infinito mi placer, embriagando todo el ambiente de sexo. Llegado a un punto, Penélope libero mis manos y nuestros cuerpos comenzaron a sintonizar cuan expertos amantes.

Una vez pasado el clímax nos quedamos exhaustos sobre la cama con su melena ahora revuelta entre mi pecho y envueltos en sudor.

Terminada la primera batalla del día, en esos momentos de profunda sinceridad tras la tensión del coito Penélope me dijo:

—Enhorabuena, podría decirse que vas progresando adecuada-mente como dicen ahora en los colegios.

A lo que respondí:

—Es que me da clases particulares una catedrática de las relaciones sociales, ¿te la presento?

—No, en serio, me preocupa que vayamos sincronizando como lo estamos haciendo, no quiero que te vuelvas a enamorar de mí, esto acabará algún día y por nada en el mundo quisiera hacerte daño. Y

digo que no quiero que te enamores y no enamoremos porque yo no he dejado en ningún momento de estarlo.

A continuación sellé sus labios con los míos para que no siguiera hablando y menos de esas cosas, aunque habría que ir replanteándonos el tema a no muy largo plazo.

—Pero como amante aun te queda mucho que mejorar, a ti y al resto de varones. Es increíble que no sepáis nada del lenguaje corpo-91

ral de las mujeres, una mujer sabe frenar una relación no deseada o alentar una posible pareja. Todas las mujeres utilizamos esta técnica aun desconociéndolo muchas, técnicas con un grado de efectividad casi total. Emitimos gestos y señales según en la fase de galanteo en la que nos encontremos. Nuestra mirada brilla con una tintineante luz especial que realza, aún más, el alterado color de nuestra piel, esta se colorea como si estuviese en pleno sofoco y nuestro labio inferior se realza haciéndolo más pronunciado. Parece impensable que todo esto tenga que explicárselo a todo un Macho-Men como tú.

—Sigue que se pone interesante.

—No se pone interesante, lo que quieres es aprender y compa-rar con todos los errores cometidos con tus parejas. ¿A que sí?

—Sigue por favor —pedí.

—El color de nuestro cuerpo se altera, se modifica la textura del cabello, jugamos con nuestro pelo y acomodamos repetidas veces la ropa.

No lograba salir de mi asombro, con que claridad y síntesis me estaba explicando la cantidad de errores que había cometido al no saber detectar estas claras señales.

—Todo esto que te estoy explicando pasa a formar parte de la cinesis. Pocas mujeres se dan cuenta de estas transformaciones, no son conscientes de ello ya que si lo fuesen podrían sacar mucho más provecho de vosotros, los líderes de la creación.

—¿Ya terminaste la disertación?

—Si en verdad quieres saber, esto no ha hecho más que empezar. Nos situamos frente a nuestra presa, inclinándonos hacia él, 92

invadiendo su espacio vital y rompiendo su brújula personal. Colocamos las rodillas cruzadas de afuera hacia adentro de manera tal que las puntas de los pies casi se tocan. Apoyamos las manos en las caderas e inclinamos desafiante el busto hacia delante. Ladeamos levemente nuestra cabeza en símbolo de interés en lo que decís a la vez que de sumisión.

Esta última parrafada había centrado por completo mi atención, seguí punto por punto la conferencia de Penélope.

—Si haces un poco de cabeza, todo esto lo vengo empleando contigo y a las pruebas me remito: ¡funciona!

—Venga, sigue —dije frunciendo el ceño.

—Estos gestos muchas veces son indetectables de una forma consciente, ha de ser el subconsciente el que recoja, analice y estructure una respuesta. En ocasiones los expertos en cinesis han pasado por alto estos gestos y han tenido que ser los medios tecnológicos los que los detecten, han tenido que grabar en películas estas actitudes y verlo mediante la cámara lenta.

—Eres una caja de sorpresas, cada vez me asombras más y más.

Y Penélope prosiguió su charla.

—Continuamente las mujeres mostramos nuestra sexualidad con el fin de atraer al hombre que deseamos, a continuación lo tranquilizamos mediante un comportamiento infantil, con miradas tímidas y gestos suaves como los de un bebé, mientras el hombre trata de demostrar su masculinidad posando muy erguido, gesticulando agresivamente para pasar a un estado de tranquilidad asumiendo el comportamiento de un niño afectuoso.

93

»Al hablar se hace intercambio de información pero en el lenguaje no verbal lo único que realizamos es una transmisión de emociones. Siempre una mirada transmite mejor lo que queremos decir y cuáles son nuestras intenciones. A los hombres os miramos a los ojos mientras habláis para hacerlos creer que existe interés en vuestras palabras, cosa que casi nunca es cierto, pero os miramos de forma intensa.

»Según aumenta nuestra excitación se nos dilatan las pupilas y aumenta el tono rosado de nuestras mejillas. Tanto si estamos sentadas como de pie, nuestras piernas se abren un poco más de lo habitual, lo contrario que ocurre cuando cruzamos nuestras piernas para defendernos de un posible potencial ataque sexual. Boca entreabierta, labios humedecidos...

—Demasiada información para tratarla en la cabeza de un hombre, hazme un resumen —apuntillé.

—Hay que dároslo todo trillado, además de darte una lección de saber lo que quiere una mujer, tengo que resumírtelo. Esto es el colmo.

—Venga, solo los puntos más importantes.

—Importantes son todos —dijo—. Te mira con los ojos muy abiertos dando a entender gran interés. Levanta exageradamente las cejas por unos segundos combinando una ligera sonrisa. Se la dilata la pupila. Hace guiños mientras habla. Mantiene su mirada brevemente y a continuación mira hacia abajo. Se mece los cabellos mientras te mira. Coloca sus cabellos detrás de los hombros.

Muerde sus labios o muestra la lengua. Moja sus labios de forma 94

discreta. Se pone la uña entre los dientes. Se acicala la ropa. Cruza y descruza sus piernas constantemente. Se ríe contigo. Y un montón de acciones más que no recuerdo y que ya no te voy a contar.

—Acabas de hacerme una síntesis del manual del buen seductor, Desde que nos hemos vuelto a ver no pasa ni un solo instante en el que no dejes de sorprenderme.

—Es increíble que tanto seductor de pacotilla de los que hay perdidos por el mundo no sepan detectar estos gestos y situaciones.

No salía de mi asombro, en unos pocos minutos me habían impartido un “Master en Seducción” y había aprendido cosas que en toda una vida como la mía no habría podido analizar con esa rotundidad.

—Todo varón persigue la sexualidad de una mujer de una forma errónea, brusca y torpe, sin estudiar realmente el comportamiento femenino, algo que en verdad mueve el mundo —Tras esto se hizo un silencio valorativo únicamente roto por Penélope para colocar la guinda al pastel—. Las mujeres somos así, vosotros decís que somos un diamante en bruto pero la verdad es que somos un diamante pulido dentro de la caja del ostracismo en el que nos han metido tanto macho-alfa.

—¿También activista feminista? —pregunté.

—Sí, y lo que haga falta para reivindicar a la mujer.

—Ojo que yo no estoy en contra, al revés, recuerda que tengo una hija y quiero lo mejor para ella.

—Ya salió la vena feminista de un machista camuflado.

—Aunque estás en un error con esas apreciaciones, será mejor que dejemos ahí el tema porque no nos vamos a poner de acuerdo.

95

Y tras mirar el reloj y poner cara de asombro los dos, nos levantamos rápidamente para vestirnos

y salir corriendo. Una vez más nos habíamos quedado sin tiempo y Penélope a duras penas iba a llegar a recoger a su marido al aeropuerto de Lavacolla.

—Y sigues sin contarme nada de Representaciones GarcíaMoral.

—Eso será lo primero que haga el próximo miércoles —repuso.

96

Capítulo IX

La semana siguiente transcurrió con absoluta tranquilidad únicamente rota por las charlas que tuve que soportar, por parte de Nacho, referente al terreno pantanoso en el que me había metido con Penélope, decía no reconocerse y que había roto todos los conceptos que tenía de mí, que en los 15 años que nos conocíamos, y ocho que éramos socios, nunca me había visto perder el norte como lo estaba haciendo, y todo me lo decía como amigo y no como socio, como socio mi rendimiento no había descendido, más bien al contrario y además habíamos sacado tres obras más, de suerte pero tres obras más en definitiva, desde mi primera escapada a Carballino.

El martes once, cuando tenía preparado todo para mí escapada de los miércoles, recibo un SMS que decía:

«Mañana no nos podemos ver, te llamo el próximo martes».

A parte de romperme la programación del día siguiente y quitarme la dosis semanal de Penélope, el no saber el motivo del cambio de planes me produjo un gran desasosiego. ¿Habría tenido que salir a uno de esos viajes de “representación” que tanto odiábamos ella y yo?, ¿habría llegado tarde a recoger a su marido el anterior 97

miércoles en el que salimos muy tarde del apartotel?, ¿el bestia se habría enterado de lo nuestro?
...

Lo escueto del SMS generaba un mar de preguntas que se agolpaban en mi cabeza sin respuesta alguna. Pese a que me decía que lo mejor era no preocuparse y esperar acontecimientos, el pesar de mi angustia me sobrepasaba.

Intenté que el miércoles transcurriera como un día cualquiera sin pensar en Penélope y prácticamente lo conseguí a base de trabajar más y más.

Tras una intensa mañana de tratar de cerrar reuniones, después de comer en un bar cerca de la oficina, pasé por casa en busca de unas copias de contratos que me había olvidado la noche anterior al estar más distraído que otra cosa.

Nada más entrar en mi casa, sentada en la mesa de la cocina se encontraba Esperanza, con el pijama aun puesto, tomando café. La noche anterior le había tocado guardia en el hospital, había salido en el turno de la 6h a.m. y aunque ahora su trabajo era bastante más cómodo desde que la hicieran Enfermera Jefe de Oncología, se le notaba el rostro de no haber dormido lo suficiente.

Al aparecer por casa a esas horas, Esperanza extrañada me preguntó:

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Primero buenas tardes —contesté.

—Buenas tardes, ¿qué haces aquí? —abriendo aún más sus expresivos ojos.

—He venido a recoger unos contratos que me olvidé esta mañana.

98

—¿No me vas a dar un beso?

—Perdona, no me había dado cuenta.

—Hoy hemos tenido una noche bastante movida en el hospital y me acabo de levantar. Ahora me iba a pegar una ducha a ver si me despejaba un poco.

—Bueno, recojo los contratos del despacho y me voy, tengo mucho trabajo en la oficina.

—Eres al contrario de todos tus amigos, cada vez trabajas más horas. Hoy podías hacer un break y acompañarme a elegir los muebles del dormitorio.

—No puedo, ya me gustaría.

Y en ese momento percibí algunas de las famosas señales que me había explicado Penélope. Esperanza hablaba y hablaba y yo no escuchaba su voz, aun no sé por qué pero me encontraba analizando sus posturas y gestos. Vi cómo continuamente me mostraba las palmas de las manos, cómo aun sentada sus piernas se abrían y cerraban en un movimiento lento y continuo, cómo comenzó a jugar con su pelo haciendo caracoles entre sus dedos, cómo... parecía que la escena iba pasando por todas las fases que enunció Penélope.

Yo continuaba sin prestar atención alguna a lo que decía, únicamente pensaba en lo útil que sería tener una cámara termográfica en esos momentos, seguro que únicamente habría un color en la filmación, el rojo, Y no solo ella comenzaba a excitarse.

En un momento, de forma súbita, aparecieron sobre la blusa de su pijama dos montañitas que parecían retar a la gravedad por la forma de crecer hacia arriba, Eran sus pezones que se encontraban 99

a punto de traspasar la tela. Sus pupilas comenzaron a dilatarse y las niñas de sus ojos parecían la luna llena de agosto.

Pero el detonante del siguiente paso fue el humedecerse los labios apareciendo de repente un labio inferior más carnoso, rojo y definido. Todas las señales se estaban cumpliendo con la exactitud de un reloj suizo y yo estaba comenzando a perder el control de la situación. En verdad hacía bastantes años que no veía a mi mujer con esa voluptuosidad tan sensual, la pasión había ido disminuyen-do de forma notable con el transcurso del tiempo. Los últimos años pese a que

teníamos relaciones sexuales con “cierta” frecuencia, no eran con la intensidad del principio.

En pocos segundos cambió mi visión de Esperanza, la veía guapa, atractiva y... provocadora.

Todo aquello comenzaba a estar fuera control y no quería cometer más errores con mi mujer, pese a que daba la impresión que las señales parecían reales y si Penélope no me engaño en su “conferencia”, Esperanza estaba caliente, muy caliente, a punto de re-ventar.

De repente dije:

—De verdad que tengo mucho trabajo atrasado, me tengo que ir.

Y Esperanza inesperadamente colocó sus labios sobre los míos, labios más carnosos y calientes que de costumbre, pudiendo ver cómo sus mejillas adquirían un tono rosáceo que hacía resaltar más aún sus expresivos ojos verdes. Tras el beso un silencio valorativo se hizo en la cocina quedando nuestros rostros separados por esca-100

centímetros y nuestras miradas conectadas como dos cables de alta tensión.

Yo no pude aguantar más la situación y rodeé su cintura con mis brazos atrayendo su cuerpo hacia el mío. Ella cuan ovillo de esponjosa lana se fue acurrucando en un claro signo de sumisión y aceptación a la situación generada. Su perplejidad se notaba en los ojos, en su tamaño y en la luz intermitente que emitían.

Penélope, una vez más tenía razón, no me había fijado nunca de esa manera en las señales que dan las mujeres, creyendo que somos nosotros los que llevamos la iniciativa y nada más lejos de la realidad.

En mi pecho notaba cómo su corazón latía acelerado, con la intensidad de años atrás.

Y cuando creía que iba a coronar la batalla, fue Esperanza la que tomó el timón del momento intentando tranquilizar la situación mediante gestos y caricias infantiles, haciéndose querer más y más, pausando mi deseo de poseerla allí mismo, de forma ruda sacando al “macho-men” que todos los hombres llevamos dentro. Pero a la que correspondía mover ficha en ese momento era a Esperanza, y vaya si lo hizo. Aún abrazados comenzó a practicar tímidos movimientos de su pubis contra mí, de arriba abajo, de izquierda a derecha, mientras su ágil lengua comenzaba a explorar de forma juguetona la mía. La lentitud con la que practicaba los movimientos me exasperaba a la vez que aumentaba mi deseo.

En ese momento quería recordar más cosas de mi última conversación con Penélope pero mis sentidos se habían apoderado de mi mente.

101

Veía cómo sus pupilas seguían dilatándose, oía su pausado ronroneo, sentía el temblor de su cuerpo, gustaba de los fluidos de su lengua y debía oler sus feromonas, inapreciable pero efectivas.

Aprovechando que estaba acurrucada entre mis brazos, sus tí-

midas manos comenzaron a deshacerme el nudo de la corbata. La lentitud con la que ejecutaba todos los pasos provocaba más y más tensión en mí, tanta como no recordaba en mucho tiempo con ella.

A la corbata continuó la camisa y a esta el cinturón que sujetaba mis pantalones. Hasta ese justo momento me dejé llevar disfrutando al máximo al ver y sentir la sensualidad de mi esposa, quería que ese momento durase para siempre. Parecía como que me estaba volviendo a enamorar de aquella enfermera de mirada pícaro y alegre que me ayudó tanto en aquel hospital. Con paso lento pero firme sus manos se deslizaban una y otra vez sobre mi espalda, llegando en algunos casos a clavar sus uñas arañándome, pero eso me satisfacía.

Apenas tuve que hacer esfuerzos para arrebatarme el blusón que llevaba a modo de camisón, momento que aprovecharon sus pechos para aparecer, firmes y duros, sus pezones me señalaban solícitos para que los besara, cosa que hice inmediatamente.

Esperanza se tensaba más y más, su cuerpo parecía de goma al irse arqueando hacia atrás como queriendo ver mi cara sin perderse detalle alguno de la tórrida escena.

Yo continuaba besando palmo a palmo su torso, pecho y vientre hasta llegar al pequeño tanga negro que hacía de corta-fuegos con las zonas más calientes.

102

Eran las 17:00h y todo jugaba a nuestro favor, mi mujer estaba más deseable que nunca, los niños no volverían del colegio hasta las 18:30h y yo en la oficina estaba solo ya que Mercedes, nuestra secretaria, había pedido la tarde libre y Nacho se había desplazado a Toledo a revisar una máquina perforadora.

Con toda la casa para nosotros y noventa minutos para la intimidad, comenzó un recital de besos y caricias desde la cocina hasta nuestro dormitorio pasando por las escaleras. Durante todo el recorrido nuestros cuerpos no se separaron ni un instante, su piel no dejó de rozar mi piel y nuestros labios continuaban sellados el uno con el otro.

Las mariposas volvían a mi estómago y por sus expresiones también al de Esperanza.

Ya sobre el lecho conyugal, la tensión contenida en tantos minutos de dejarse llevar se transformó en un mar de sensaciones producidas por los impetuosos movimientos de Esperanza sobre mí, mostrando en su cara la señal de la victoria.

Esa tarde terminé por acompañar a Esperanza a por los muebles. El tono de su piel, la gracia de sus movimientos y la ternura de sus miradas hacia mí, parecían haber llevado hacia atrás su reloj biológico en diez años por lo menos. Desde aquel día nuestra relación cambió, sobre todo en su trato hacia mí; esos minutos de amor y sexo la habían marcado.

103

Capítulo X

Pasada una semana anodina de trabajo y obligaciones, llegó el martes y el consabido y habitual SMS, esta vez con ironía, había cambiado lo escueto de anteriores mensajes.

« ¿Tienes algo que hacer mañana? Hab.204 – 10:30h».

La pregunta la tomé con alegría aun sabiendo que su telé-

fono tenía suspendidos las llamadas y mensajes entrantes y no podía consultar su estado de ánimo.

Al fijarme detenidamente en el calendario de la oficina me di cuenta que en 4 días era el cumpleaños de Penélope, parece mentira los datos que puede albergar un cerebro pese a que habían pasado tantos años. El veintidós de marzo cumplía cuarenta y dos, aunque la verdad es que no representa más de treinta o treinta y cinco. Dejé por unos momentos divagar mi memoria y maquiné una escena que rompiera los esquemas de Penélope al día siguiente.

Como casi todos los miércoles madrugué ante mi viaje, aunque en esta ocasión algo más de lo habitual al querer adelantarme a su llegada y dejar todo listo para el “regalito” que la había preparado. A las 10:15h estaba todo “ok” en el apartamento-105

tel de Carballino, la verdad es que tampoco había mucho que hacer.

A las 10:30h se presentó luciendo otro de sus modelitos en-tallados de chaquetilla corta azul oscuro y falda de color blanco roto en forma de tubo a media pantorrilla que realizaba aún más su espléndida figura.

Poco le duró su estilismo porque no habían pasado cinco minutos cuando estábamos los dos sobre la cama besándonos como si no hubiese un mañana.

En un momento de claridad susurré a Penélope al oído, como si hubiese más gente que nos escuchase:

—¿Te has traído las esposas?

—Sí, ¿por? —contestó extrañada.

—Porque me apetece un pequeño juego con ellas.

—¡No me lo puedo creer! —dijo extrañada elevando las manos—. Don Jacobo Fernández Garrido queriendo jugar con unas esposas eróticas, ¡a donde vamos a llegar! Un hombre serio y formal con esposas, ¡uf! qué fuerte.

—Venga, deja ya de sarcasmos, tengo una sorpresa para ti.

—Están en mi neceser, tómalas tú mismo.

A los pocos segundos regresaba a la cama con la cajita de las esposas en las manos, observando cómo Penélope no había salido aún de su asombro.

—¿Te las vas a poner o me las vas a poner? Me extraña tanto una cosa como la otra.

A lo que respondí endureciendo la voz.

106

—La sorpresa es para ti por tanto te las pondrás tú.

Aproveché el momento de desconcierto que se apreciaba en su mirada para sacar el pañuelo de seda negro escondido bajo el almohadón para ponerlo sobre su cara.

Ella seguía con su ironía pero comenzaba a entrar en el juego, se le notaba en el brillo de sus ojos ante la escena anómala por el intercambio de roles que se había producido en tan solo unas semanas.

—Esto se pone interesante, supongo que me anudarás el pañuelo a la cara y no podré quitármelo ¿no? —trató de averiguar.

—No solo no podrás quitártelo sino que me has de prometer que no intentarás hacer ninguna trampa para ver lo que te voy hacer.

—Miedo me estás dando, ¡lo que has aprendido en poco tiempo!, ya sabía yo que no me había confundido, tienes sensaciones debajo de esa figura de hombre serio y formal. Tú que hasta hace poco únicamente practicabas sexo con tu mujer y a oscuras, que practicabas el misionero y el perrito como algo extraordinario, en unas semanas te encuentras con tu amante provocándola con juguetes eróticos comprados en un sex-shop.

—No quieras enfriar el momento, nada de sarcasmos por favor.

Me he propuesto sorprenderte y estoy seguro que lo consigo —repuse.

A las esposas y al pañuelo con la que le tapé los ojos se unió, sin que lo viese, dos pañoletas con las que inmovilicé sus piernas a las patas de la cama, quedando desnuda únicamente protegida con su diminuto tanga gris plomo de encaje, y formando una erótica x 107

sobre las sábanas blancas. La escena era digna de plasmarla en un cuadro o en una fotografía como mínimo, tal belleza no tenía que ser visible para un solo hombre, su cuerpo tenía que ser patrimonio de la humanidad por su sensualidad.

La siguiente fase de la sorpresa era jugar con los silencios, con pequeños besos y mordisquitos en las zonas más inverosímiles sin previo aviso.

Su piel comenzaba a erizarse por zonas y el calor se iba desplazando según mis labios pasaban lamiendo todos sus poros. Intentaba despistar su atención poniendo en alerta sus cuatro sentidos, había eliminado la vista.

Ella participaba de forma activa en el juego pero en silencio, como saboreando al minuto la satisfacción del aprendizaje de su alumno preferido. Aun esposada se sabía poderosa, su

respiración profunda así lo decía.

A los mordiscos se unieron caricias suaves, diminutas y que al no saber por dónde iban a continuar ponían su cuerpo en alerta y en estado de máxima tensión.

Sus pechos apuntaban hacia el cielo, y a cada momento que pasaba, con mayor fuerza.

El siguiente paso fue extender geles fríos por su cuerpo pareciendo salir vapor por su piel debido al calor almacenado.

Sabía que el juego le estaba gustando, pero lo que realmente quería era recuperar la iniciativa, daba la impresión de ser una pantera negra enjaulada esperando el momento en que el domador se confiara y para cambiar inmediatamente los roles.

108

Aproveché que me tenía que levantar a por la tarta helada para refrescar mi cara y demás zonas sobre-excitadas. La tarta la había comprado la noche anterior y se había conservado fría tantas horas gracias a esos envases denominados isotermos. Al abrir la bolsa de deportes donde la había transportado, el ruido de la cremallera despistó más aun a Penélope, provocándola una tensión si cabe mayor al no saber qué estaba ocurriendo más allá del pañuelo que la impedía ver.

Coloqué suavemente la pequeña tarta entre medias de sus pechos, lo que produjo una reacción inconsciente con un intento de salto frenado por los cuatro puntos que la inmovilizaban totalmente.

—¿Pero estás loco? ¿Qué haces?

La respuesta a ambas preguntas fue un profundo beso que ami-noró su enfado llegando a esbozar una leve sonrisa en sus labios.

Su respiración comenzó a ser más y más profunda intentando en cada inspiración identificar lo que había depositado entre sus pechos y que estaba tan frío. Por su cara no solo no identificaba lo que era, es que no tenía pista alguna de ello.

La primera parte de la sorpresa estaba conseguida, quedaba la otra que era más fácil.

Con un mechero encendí una vela y al apreciar el ruido del mechero y detectar el olor a cera, volvió a intentar zafarse de los pañuelos y esposas, estando a punto de mandar al traste la tarta y por consiguiente la sorpresa final.

—¡No!, juegos con velas no, que dejan rastro —se quejó.

—¿Confías? —pregunté.

109

E inmediatamente puse la vela sobre la tarta de chocolate, quitándola después el pañuelo que la impedía la visión.

La expresión de su rostro fue grandiosa, sus ojos se abrieron más y más bajo las arqueadas cejas. Sus labios pasaron de enfado a sorpresa y se fueron abriendo rápidamente hasta mostrar su impecable dentadura rodeada de una interminable sonrisa.

Y como colofón entoné bajito a su oído:

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo Pe, cumpleaños feliz.

Sus ojos, inmediatamente, se tornaron rojos y comenzó a llorar sin consuelo pero con dilatada sonrisa a la vez. Su respiración era tan corta e intensa que peligraba la estabilidad de la tarta sobre sus pechos.

Sopló la vela, erguida sobre el monte de chocolate en el que se había transformado la tarta.

No dejaba de llorar y reír a la vez. Pasó de sentirse poderosa aun en el estado de inmovilidad en el que se encontraba, a sentirse pequeña, querida, mimada.

—Esto que me acabas de hacer nunca podré olvidarlo, no te lo “perdonaré” jamás, cómo has permitido que sople mi vela de cumpleaños con esta pinta. Fíjate cómo me encuentro, los pelos revueltos, el rímel corrido, los labios mal pintados,... y atada de pies y manos. Anda, desátame inmediatamente que te voy a dar un correctivo como nunca antes te lo han dado.

Yo aunque me encontraba sumamente excitado tuve el aguante de contestarla.

110

—No tan deprisa, antes tienes que dar tu aprobación a la tarta, debes probarla.

—No me hagas esto, estoy que muero por estrecharte entre mis brazos, por comerte a besos, por tenerte dentro de mí, por...

Todo esto dicho con una mirada espléndida, con el brillo de vida solo al alcance de los todopoderosos.

—Un par de cucharadas nada más.

Frunciendo el ceño aceptó, no sin antes amenazarme con terribles torturas para cuando estuviese libre de las ataduras con las que la había maniatado a la cama.

A la primera cucharada sus ojos entraban en mí, en mi torrente sanguíneo y así lo reflejaban sus pómulos que estaban pasando de un tono rosáceo a un rojo sangre producto del aumento de excitación.

La tensión llegó a su colmen y Penélope no podía más que mantenerse en ese estado máximo de sensualidad y deseo, el cual emanaba por cada poro de su piel.

Tras las dos cucharadas de tarta cumplí mi palabra y le quité, primero las esposas, y luego los

pañuelos que sujetaban sus tobillos a las patas de la cama.

En un primer momento me sorprendió su inmovilidad, la carencia total de movimientos una vez se encontró libre. Únicamente la picardía de su mirada dejaba entrever que la batalla estaba a punto de comenzar, nos encontrábamos inmersos en una calma chicha que es como definen los marineros a la carencia de vientos previa a una gran tormenta.

111

Y así fue, en un descuido, saltó sobre mí cuan ágil pantera y con una polivalencia incomprensible para la mente humana, comenzó a besarme, morderme, abrazarme, acariciarme... y todo a la vez.

Yo me dejaba hacer como velero inmerso en una galerna, intentando sentir al máximo esa demostración celestial de cariño, pasión y amor. Se notaba que Penélope seguía enamorada de mí, la ternura que mostraba en sus movimientos así lo demostraba. De esta forma pasamos cerca de 10 minutos, después de los cuales se subió sobre mí como queriendo demostrar que era la jinete que mandaba allí y comenzó a cabalgar, a cabalgar habiendo quitado el freno de mano, saltaba sobre mí como poseída por diferentes Penélopes, la romántica, la pragmática, la fría y calculadora, la tierna, la sensual, todas juntas compartiendo el lecho conmigo.

Cerca de una hora duró la original felicitación de cumpleaños y estoy seguro que no solo no lo olvidará, sino que recordará cada minuto de esa fantástica hora, no lo olvidará ni yo tampoco pese a que no lo habíamos grabado con su “diabólico” aparatito.

Comenzaba a querer a esa mujer de una forma distinta a como quería a Esperanza, entre ambas tenía el yin y el yang, siendo ri-vaes eran también complementarias, eran sin conocerse, enemigas pero necesarias. Hasta ese momento nunca había comprendido a los hombres que hablaban de esta dualidad, pero ahora lo sentía, lo veía como lo más natural del mundo, y si por casualidad Esperanza se enteraba de esa situación, debería comprenderlo y también admí-tirlo. El triángulo es la estructura más sólida que hay en la creación 112

por lo tanto también debe serlo en el terreno del amor, o al menos eso quería creer.

Terminados los festejos de cumpleaños, en la siguiente escena aparecíamos unidos únicamente por una mano, demandando aire para oxigenarnos y lograr disipar el calor que habíamos generado con nuestra pasión.

Transcurrieron varios minutos hasta que Penélope rompió el silencio reparador en el que nos habíamos envuelto.

—Me has dejado exhausta, apenas me puedo mover, aunque mi cabeza me pide que lo haga para subirme en ti y seguir como dice el muñeco de Disney Buzz Lightyear “hasta el infinito ¡y más allá!”.

—Estás enferma, ¿cómo puedes pensar eso después del polvo que hemos echado?

—Porque te diga lo que me apetece no es que esté enferma.

—Porque lo digas no, porque lo pienses sí.

—Cállate y no rompas el encanto del momento.

—Lo peor de todo es que debe de ser contagioso porque a mí me apetece también.

Y en un instante de locura comenzamos a amarnos de nuevo, sin fuerzas en las que apoyarnos, de forma tranquila y reposada llegamos otra vez al clímax aunque con algo menos de intensidad que hacía tan solo unos minutos.

La “enfermedad” la comenzábamos a padecer ambos, nos comportábamos como animales en su último celo, no queríamos parar de querernos.

113

Después de lo cual quedamos inmersos en un sueño relajado y dulce, no sin antes programar el despertador del móvil para no despertar con la sorpresa de que era tarde como ya nos pasó en miércoles anteriores.

Sonó el despertador del móvil y no saltamos asustados como otras veces, lo hicimos mirándonos con una amplia sonrisa, disfrutando sobremanera de ese instante tan especial. Nos queríamos y no nos lo de-cíamos, no nos lo podíamos permitir. La única sombra que se notaba en nuestras miradas era la pregunta que rondaba sobre nuestras cabezas:

«¿Hasta cuándo durarían estos momentos de amor, de más allá del sexo y de los convencionalismos humanos, del amor con mayúsculas?».

El encanto del momento fue roto por Penélope.

—¿No querías saber que es Representaciones García-Moral?

—Sí, quedaste en que me lo contarías el miércoles pasado y no lo hiciste.

—La historia es muy larga por lo que te lo resumiré.

—Bien, comienza.

—¿Te acuerdas de mi amiga Conchi, la que nos prestaba su apartamento-estudio algunos fines de semana?

—Sí, ¿en el Barrio de Hortaleza?

—Sí, efectivamente, ¡buena memoria! Pues ambas tenemos una empresa.

—¿Conchi y tú?

—Sí, Conchi es la única amiga que me queda, a excepción de ti —me dijo con un guiño de complicidad—. Cuando falleció mi 114

abuela Carmen, le dejó en herencia a mi tía la casa del pueblo y las tierras de labor usufructuarias (por no tener hijos como solía decir), casa y tierras que pasarían a mi madre en el caso de fallecimiento de mi tía Carmiña; el resto de pisos, casas y dinero a mi madre.

Yo por aquel entonces acabada de casarme con Nicolasch y estaba viviendo la parte más dulce de mi relación con ese animal. Mi madre con la visión que únicamente tienen las madres y al ver que en realidad no lo necesitaba, ideó la forma de que yo pudiera disponer de dinero si algún día me hiciese falta, y todo ello sin que Nicolasch supiese nunca nada. No me preguntes porqué, pero desde el primer momento pensó que mi marido no era lo que parecía ser y acertó de pleno. Por ese motivo se puso en contacto con Conchi convirtiéndola en mi albacea si en algún momento lo pudiese yo necesitar. En definitiva, mi abuela testó todo en mi madre y esta puso gran parte del dinero en la empresa Representaciones García-Moral S.L. Esta empresa tiene dos socias, una trabajadora, Conchi y otra la capi-talista, yo. Conchi tenía una empresa de distribución en exclusiva para media España de unos cosméticos, la verdad es que cuando se produjo la ampliación de capital, la empresa no pasaba por su mejor momento, y fue la inyección de dinero la que le sirvió para actualizar la empresa, meterla de lleno en el siglo XXI y relanzarla con sabia nueva. La única condición que puso mamá es que yo tuviese una tarjeta de libre disposición para pagar y poder sacar dinero sin tener que dar ningún tipo de explicación. Ya sabes mi madre, sin estudios de ningún tipo, pudo hacerse con una pequeña fortuna solo respaldada por el atribulado sueldo de un funcionario del grupo E

115

en la escala de funcionarios, mi padre. Supo comprar y vender pisos y tierras en el momento idóneo; es una gran madre y fue un lince para los negocios. Por este motivo desde hace unos años todas las compras y lujos que me permito y no quiero que sepa Nicolasch las pago con esta tarjeta. Y además de todo, Representaciones García-Moral lleva cinco años con superávit.

—No me imaginaba la faceta tuya de empresaria.

—Pues sí, y además hemos abierto mercados basándonos en amigos de mi marido a los que he presentado a Conchi en alguna ocasión y con los que posteriormente han mantenido excelentes relaciones comerciales.

—Me gustaría seguir contándote más cosas de Representaciones García-Moral pero me quedé sin tiempo.

Y levantándose de la cama, esta vez sin las prisas de otros días, con tiempo suficiente para darse una reconfortante ducha, comenzó a vestirse, se colocó su chaquetilla corta azul oscuro y su falda de color blanco roto en forma de tubo a media pantorrilla, con la mirada triste, “llevándose puesto” su regalo de cumpleaños, sin ganas de poner rumbo a su casa y contando los días que faltaban para el siguiente miércoles.

116

Capítulo XI

De nuevo los días hasta el siguiente encuentro transcurrieron sin apenas nada que destacar en

cuanto al tema laboral, mucho trabajo realizando nuevos presupuestos para antiguos clientes, y en lo concerniente al tema personal, comprobando cómo los daños cola-terales que “sufría” mi esposa eran fruto del continuo trabajo que realizaba Penélope conmigo, ella sin saberlo estaba consiguiendo que se volviera a encender la pasión en mi matrimonio. Los últimos sábados, tras haber podido recuperarme de las batallas a las que me sometía Penélope los miércoles, Esperanza y yo manteníamos unas sesiones de sexo como hacía años no practicábamos; el día a día, con el consabido desgaste producido por la convivencia, había deteriorado nuestra relación y desde mi primer re-encuentro con Penélope mi libido había subido enteros y su cotización se mantenía al alza, había recuperado las fuerzas y la ilusión, lo que había transmitido a mi pareja oficial. Esperanza siempre había sido muy clásica y poco receptiva en lo que a sexo se refiere, pero comenzaba a ceder a mis demandas de buen grado y esta era la otra causa por la que nuestro matrimonio volvía a estar completo.

El miércoles dos de abril llegué a la calle Rúa Pelayo 16 de Orense cuando faltaban cinco minutos para las nueve, el cálculo 117

que había hecho Penélope era el correcto, demostrando que sabía más de mí que yo mismo. Había tardado pocos minutos menos de las 5 horas que ella había previsto.

La verdad es que me había sentado mal el cambio de lugar de la cita a última hora, ya me había acostumbrado al apartotel de Carballino, disfrutándolo como propio. Pero mi deseo de ver a Penélope pudo con cualquier reticencia y más cuando la semana anterior no habíamos podido quedar; quince días sin estar con ella era demasiado tiempo como para poner objeciones.

A las 09:10h estaba pulsando el telefonillo del portal, no sin antes haber comprobado en mi móvil el último SMS recibido en el que ponía dirección, piso y letra.

A la segunda llamada el portal se abrió sin preguntar, subí las escaleras de dos en dos tras comprobar que no había ascensor. Era un edificio céntrico, de cierta antigüedad aunque reformado y, por el olor a pintura en los rellanos, la reforma todavía continuaba.

Al llegar a la segunda planta vi que la puerta donde aparecía la C estaba medio abierta; la empuje tímidamente y sin llegar a dar un paso dije en alto:

—¡Hola!, buenos días —dije.

Y desde el interior escuché una voz familiar que contestó:

—Hola, pasa, pasa. Estoy colocando unas cosas.

Pasé y tras adentrarme en un pequeño hall, emboqué en un largo pasillo a cuyo final se divisaban los tímidos rayos de luz de la última habitación.

118

Cuando me encontraba a la mitad del pasillo apareció al fondo una figura a la que no lograba distinguir la cara por el efecto producido por el contraluz, pero sí comprobar una figura femenina, muy femenina y espectacular, que hizo detener mi marcha para recrear la vista. Se adornaba con un

traje, daba la impresión negro, ceñido también en forma de tubo, que terminaba un palmo por debajo de la rodilla, y que al mantener una pierna por delante de la otra medio flexionada, la voluptuosidad de sus formas la podrían catalogar como un arma de destrucción de deseo. Los largos y finos tacones estilizaban aún más su figura y su larga melena daba un toque tremendamente excitante a la fotografía.

—¿Te vas a quedar ahí? Pareces una estatua de sal.

—Lo que pasa es que no salgo de mi asombro de lo “buena” que estás.

—Podrías emplear otro término menos vulgar.

—Estás sexy, elegante, bonita, atractiva, preciosa, espléndida, espectacular, estupenda, genial, fetén, linda, agraciada, hermosa...

pero la verdad es que estás “buena”.

—Anda ven, dame un beso y deja de decir tonterías.

Lo peor del caso es que lo decía con la cabeza y con el corazón, en ese momento parecía un fotograma sacado de la película Gilda con Rita Hayworth, quitándose el largo guante.

Tras un beso más largo y casto que de costumbre, comenzó a enseñarme el apartamento.

Hecho lo cual me dijo:

119

—Ponte cómodo, me doy una ducha rápida y vengo enseguida.

Los cinco minutos que duró su ducha, se me hicieron eternos.

Quería demostrar tranquilidad y pasividad pero mi parte animal iba ganando a la racional, el deseo de besarla era una adicción se multiplicaba en mí de manera exponencial. Dejé de divagar en cuanto apareció de nuevo en la habitación con una bata negra, extremadamente transparente y excitante, dejando entrever que no había más ropa debajo. Algo escondían sus manos que no quería que viese en ese momento.

—Al menos quítate la chaqueta, te dije que te pusieras cómodo porque en unos instantes te voy a encomendar una tarea cuanto menos complicada.

—¿Con qué me vas a sorprender hoy? —quise saber.

—Quítate la ropa o te la mancharás.

Me volvía loco su forma de decir las cosas, mitad petición, mitad imposición, jugaba con la dualidad en todo momento.

Poco tiempo tardé en quedarme en calzoncillos encima de la cama.

—Bueno, que comience el espectáculo —dije.

Dicho esto, a la vez que deshacía el nudo que mantenía ajustada la bata a su cuerpo como una segunda piel, mostró los dos objetos que sostenía en sus manos. En un principio no los distinguí bien, pero según se fue acercando, comprobé que era una maquinilla de afeitar y un bote de espuma.

—¿Y esto qué es?

120

Pregunté extrañado, no cogía el hilo de ese nuevo juego.

—Hace unas semanas te dije que en cuanto estuvieras preparado que... y como tardas, he pensado en prepararte yo.

—No me digas que sí, que era verdad que te tatuaste el poema en...

—Solo hay una manera de salir de dudas y te traigo los utensilios necesarios para ello.

Continuó su avance hacia mí pero cada vez más lentamente, se la notaba que estaba saboreando el momento, ese momento que tanto debía haber deseado. Quería compartir conmigo su tatuaje

“íntimo”.

Mi corazón se aceleraba por momentos, esa mujer sabía jugar con los tiempos y ahora había pisado el acelerador a fondo.

Cuando se situó a escasos centímetros míos no pude sino abrazarla con pasión y con la impaciencia de visualizar semejante prueba de amor.

El beso comenzó estando ambos de pie y terminó con los dos tumbados sobre la sábana gris de raso. Por un lado me llamaba la curiosidad ver qué había tras el bello de su pubis, pero por otro estaba tan bien compartiendo su calor que no había intención de separarme.

De nuevo Penélope tomó el tiempo del encuentro y separando sus labios de los míos me dijo:

—Se te va hacer tarde y no vas a ver lo que hay ahí debajo.

Mi espíritu aventurero se hizo paso entre la sensibilidad del momento y tomando la espuma y cuchilla de afeitar, me puse ma-121

nos a la obra. Daba pena tirar abajo el precioso corte de bello que llevaba pero “el después” valía la pena.

Con la precisión de un orfebre y la ilusión de un niño la noche de reyes, terminé por depilar toda la zona apareciendo cuatro líneas que para leerlas me tuve que levantar en busca de mis gafas.

Fueron décimas de segundo las que tardé en volver a estar sobre, su ahora despoblado, monte de Venus.

No puede terminar de leer bien la última línea debido a que las lágrimas de la emoción me impedían ver con claridad.

« Eres el pilar

que sustenta mis sueños,

el sol, el mar,

la razón de mi corazón, su dueño».

No fui el único en llorar, al intentar conectar con su mirada comprobé que ella lloraba más que yo. La demostración de amor en esa acción era mayúscula, se tatuó aquello sabiendo que yo no lo vería nunca y aun con todo y con eso se tatuó la estrofa del poema que compuse para... los dos.

Pese a que la vista de la inscripción era minúscula y maravillosa, me incorporé para abrazarla y besarla con frenesí. El beso me pareció durar toda una vida, una eternidad en la que realmente no fuimos dos cuerpos, éramos uno aunque con dos corazones.

Nuestras manos entrelazadas nos daban el poder de la vida, el poder de sentir al otro como pocas veces lo habíamos hecho.

122

Mis temores se habían hecho realizar, nos habíamos vuelto a enamorar.

La temperatura de nuestros cuerpos comenzó a subir más y más y las tímidas caricias dieron paso a caricias en mayúsculas y en un instante vi cómo Penélope se había subido, una vez más, sobre mí pero no sin antes, en un simulacro de caricia, haberme puesto un preservativo de forma rápida y efectiva.

—¿Y esto? ¿Qué has hecho?

—Tengo una citología en unas horas y no quiero que aparezcan rastros de semen en los resultados.

No supe reaccionar por lo que me dejé llevar de la tensión sexual del momento y más viendo que Penélope no hizo ningún comentario, dándolo por bueno.

En pocos minutos se llegó a la misma intensidad del momento previo a la puesta del preservativo, todo continuó con normalidad, comenzaba a cabalgar de una manera lenta, intensa, segura de sí, mostrando su grandeza.

Penélope estaba totalmente integrada en el momento, su cara se iluminaba por segundos y también por segundos la tristeza hacía mella en su mirada en un contraste agrídulce. Algo pasaba por esa bien amueblada “cabecita”.

Terminado el intenso orgasmo, Penélope se quedó pegada a mí como no lo había hecho hasta entonces, no quería separarse.

La intensidad del acto nos dejó una vez más sin aliento y en un intento de levantarme a beber agua me abrazó solicitando que yo hiciera lo mismo con ella.

123

Esta no era la nueva Penélope que había conocido, por un momento se había derrumbado dejando de ser la Diosa a la que me tenía acostumbrado.

A los cinco minutos de mantener la posición de abrazados, comenzó a aflojar la fuerza de sus brazos permitiéndome levantar e ir a la cocina a beber.

De vuelta vi que no se había movido, seguía en la misma situación en que la dejé pero habiéndose hecho un ovillo adquiriendo posición fetal.

—Ven, acurrúcame un momento —me pidió.

Yo quería explicarle que no me había gustado lo del preservativo y menos de haberme enterado de sus intenciones en pleno acto, pero la situación no estaba para abrir nuevos frentes así que hice caso a su demanda sin rechistar.

Ya entre mis brazos noté que temblaba de forma ligera al principio pero bastante fuerte después. La situación comenzó a preocuparme y más al haberle preguntado en varias ocasiones que si le pasaba algo a lo que siempre contestaba con un extraño y poco convincente NO.

Poco a poco se fue rehaciendo, dejó de temblar y su rostro recobró la mirada fuerte, la de controlar todo, lo que se mueve y no se mueve.

El color regresó a su rostro, la sonrisa a sus labios y la chispa a su mirada.

—Bueno dejémonos de sensiblerías, ¿qué te ha parecido la obra de arte? —me preguntó.

—Magnífica, parece mentira la precisión de los rasgos y todo tan pequeño...

124

—Me lo hizo uno de los mejores tatuadores de Asia, en uno de los viajes en los que acompañé a mi marido. Fue cuando ya no manteníamos ningún tipo de relación, después de “repudiarlo”.

Me sentía tan sola y te echaba tanto de menos; en ocasiones esta fue la unión con el mundo real.

—¿Qué mal lo has debido pasar? No me extraña tu deseo de matar a tu marido.

A lo que contestó con un lacónico:

—Sí.

—Y hablando de asesinar, ¿por qué no te separas de él? Tienes suficiente dinero como para vivir dignamente, entonces no comprendo cómo sigues aguantando a ese...

—¿Sinvergüenza?, ¿mal nacido?, o de una forma más fina:

¡Cerdo hijo de puta!, venga, dilo conmigo, ¡cerdo hijo de puta! No me separo de ese cerdo porque, como ya te dije en otra ocasión, él no lo permitiría, sería capaz de todo para impedirlo. Su mentalidad es que soy para él o para nadie.

—Sí, pero él no te quiere.

—Pues entonces para nadie. No te puedes imaginar hasta qué punto de depravación puede llegar. En el mundo en el que se mueve hay vidas que no valen nada y que pueden desaparecer sin dejar rastro como ya ha pasado en alguna ocasión.

—Eso es auténticamente mafioso.

—Claro, te lo vengo diciendo desde hace tiempo, mi marido es un cerdo metido en el mundo de los negocios más sucios que podrías imaginar.

125

De golpe su cara se transformó de nuevo al decirme:

—No vale la pena hablar más de eso y menos hoy, hay que aprovechar el momento porque no sabemos lo que nos depara el mañana.

Dicho lo cual inició de nuevo una inspección de todo mi cuerpo, su lengua hacía de avanzadilla al batallón de besos fruto de sus carnosos labios, rematados por suaves mordiscos consiguiendo ponerme, en unos instantes de nuevo en posición para aceptar un nuevo envite de este juego de sexo y amor, pero también con látex.

El lance amoroso no fue de la intensidad a la que me tenía acostumbrado, parecía que la diosa del Nilo había pasado a ser únicamente una reina. La actitud durante toda la sesión era anómala, de vez en cuando parecía como ausente y las lágrimas se dejaban ver sobre sus sonrosadas mejillas. Su cuerpo demandaba sexo y su mirada mimos y cariños. La dualidad de su comportamiento no en-cajaba con los rasgos que había definido en todos los días que nos habíamos visto, siempre procuraba ser la dominante de la situación y ahora con la guardia baja reclamaba ternura.

No era habitual escucharla tantas veces repetir que la abrazase, comenzaba a sentir su faceta más tierna y sensible.

El resto de la mañana lo pasamos abrazados sobre las suaves sábanas de raso que había comprado Penélope para aquella ocasión, decía que nunca habíamos estrenado unas sábanas de ese tipo y que mejor día que ese, ninguno.

El tiempo seguía avanzando, rápidamente dieron las 12:30h y como si de cenicienta se tratara me despedía metiéndome prisa y abrazándome a la vez, impidiendo mi marcha.

Capítulo XII

A las 13:00h salía del apartamento de la calle Rúa Pelayo 16

en Orense con dirección al Ayuntamiento de Xinzo de Limia donde me esperaba José Luis Muiños, Concelleiro de Obras Públicas del Ayuntamiento.

Al llegar al coche comprobé que me faltaba la llave, y por la prisa que tenía tomé la decisión de utilizar la otra, la que siempre llevo en el portafolio para casos de emergencia, en vez de subir al apartamento y buscarla.

Mi reunión con José Luis fue de lo más cordial teniendo en cuenta que estábamos cerrando una operación de perforación y sellado de terrenos colindantes a la plaza de toros del pueblo con un costo superior a los 200.000€. A nivel empresarial mi primera visita a Carballino, a encontrarme con Penélope, fue el detonante para que firmáramos una serie de obras por su zona de influencia, que con las comenzadas anteriormente nos aseguraban cumplir prácticamente con el 60% del presupuesto anual de la empresa cuando todavía no había concluido el cierre del primer trimestre del año, y a nivel personal también había supuesto un punto de inflexión en mi anodina vida, rejuveneciendo tanto física como psíquicamente, llegándome a sentir en ese mismo instante como el hombre más 127

feliz de la tierra. Quería a dos mujeres y era correspondido por ambas, tenía una familia unida y estable, una empresa próspera, un amigo que ejercía como tal... no carecía de nada.

Al terminar relativamente pronto la comida en el restaurante

“Anosa-Taberna” en Xinzo me encontré en la disyuntiva de mar-charme para Madrid directamente desde allí o retroceder antes a Orense con el fin de recuperar mi llave. Al disponer de tiempo, calculando llegar a una hora prudencial a mi casa, puse dirección para la capital gallega. Me encontraba a poco más de 42 Km, lo que suponría llegar a Madrid hora y media más tarde, admisible teniendo en cuenta el mal sabor de boca que me habían dejado las lágrimas de Penélope en la despedida.

La verdad es que aún me quedaban fuerzas aquella tarde para dejarme querer una vez más por aquella “belleza”, mi sexualidad continuaba cotizando al alza. No tenía muy claro poder encontrarme de nuevo con Penélope pero mientras la posibilidad fuese superior al 1%, el intento valdría la pena.

Dicho y hecho, a las 16:00h salía de Xinzo de Limia dirección a Orense y algo más de media hora después me encontraba aparcando a escasos 200 metros del número 16 de Rúa Pelayo. El portal estaba abierto de par en par, cosa que me extrañó. Al estar abierto no tuve la precaución de llamar al telefonillo para comprobar si Penélope se encontraba dentro, entré y al llegar a la segunda planta, antes de pulsar el timbre, me fijé en que la puerta también estaba abierta, pero en esta ocasión con claras muestras de haber sido forzada. El miedo dirigió mis pasos, atravesé el hall llamando 128

a Penélope, aunque en voz muy baja, fruto del ataque de pánico que estaba sufriendo. El llamar a Penélope fue un claro ejemplo de todo lo que no se debe hacer en situaciones como esa, estaba alertando de mi presencia a los posibles delincuentes que habían forzado la puerta y que aún podían encontrarse dentro. La luz que se reflejaba al fondo del pasillo continuaba encendida pero en esta ocasión no esperaba un recibimiento como el que había tenido horas atrás.

Según me acercaba por el pasillo a la última habitación, el olor se volvió enrarecido y desagradable. La siguiente escena fue digna de la peor novela negra, dos cuerpos inmóviles sobre el suelo, sin estar totalmente boca abajo, rodeados de un gran charco de sangre, los muebles revueltos... Todo me parecía horrible pero yo buscaba a Penélope. La encontré sobre la cama, con la cara totalmente desfigurada, con la misma bata con la que me había sorprendido esa mañana. No solo la cara había recibido tal cantidad de golpes como para ser irreconocible, sus brazos, pechos y piernas también habían tenido su ración de impactos. La tomé entre mis brazos y apartando los cabellos de su deformada cara, pude comprobar que aun respiraba y lo corroboró el hilo de voz con el que pareció decirme:

«... tu salvación está en la cama...».

Para mí aquello no tenía sentido y lo achaqué al estado de shock en el que se encontraba tras semejante paliza.

Pensé que lo primero, y único que podía hacer, era llamar a una ambulancia. La volví a dejar sobre la cama no sin antes colocar las almohadas de tal forma que estuviese incorporada en todo momento para que no se ahogase en un golpe de tos, con su propia sangre.

129

El primer intento de llamar solicitando ayuda fue frenado por la curiosidad de quienes eran los dos hombres que estaban tumbados sobre el charco de sangre y comprobar su estado. El horror volvió a mí al ver la imagen de dos personas con los rostros literalmente destrozados al igual que sus cuellos.

Tras inspeccionar visualmente la escena del crimen, la cordura volvió a mí, dejando todo a un lado para intentar salvar a Penélope.

Salí del apartamento con dirección al portal como alma a la que persigue el diablo, con mi maletín golpeando en la barandilla de la escalera que llevaba al final del túnel de horror, en estado de shock pero con la agilidad y rapidez que provocaba el miedo, presentándome en la calle en apenas segundos. La ligera brisa que corría me hizo recuperar en parte la claridad de ideas. Por mi cabeza pasaba una y otra vez la escena de Penélope sobre la cama, la mancha de sangre sobre las almohadas, los dos cuerpos flotando en un mar de color rojo y el poco mobiliario existente, tirado y revuelto.

Mi cerebro contrastaba ese mismo escenario tan solo unas horas antes donde todo era armonía, alegría y pasión, y ahora pena, tristeza, muerte y desesperación. Desesperación por saber si Penélope salvaba o no su vida, la había dejado en muy mal estado.

Desconocía lo que había intentado decirme, sus palabras carecían de explicación alguna, "... tu

salvación está en la cama...”, con ese hilo de voz que se apagaba y que por mis nervios a flor de piel, apenas entendía.

130

Pero tiempo había para analizar lo ocurrido, ahora lo único importante era llamar a una ambulancia para Penélope y a la policía para los otros dos cuerpos.

En otro destello de lucidez recordé un programa de televisión en el que explicaban el por qué grababan ese tipo de llamadas de emergencia y cómo en cuestión de minutos localizaban tanto el teléfono como el lugar desde donde se realizaba la llamada, comencé a pensar cómo sería la forma más rápida y en la que menos me involucrase, había que ser consciente de que en mi estado, a poco que fueran avisados, me sacarían más información de la que deberían para mi bien.

Necesitaba una mente fría que me apoyara en ese momento crítico, y nadie mejor que mi amigo Nacho. El tiempo jugaba en contra de Penélope, no sabía si se salvaría o no, pero lo que sí tenía claro es que si tardaba en reaccionar, todo el esfuerzo sería en balde. Las pocas posibilidades de salvación pasaban porque unos facultativos se pusieran manos a la obra ya.

Sobreponiéndome al temblor que practicaban mis manos, logré marcar a Nacho, la suerte se alió en ese momento conmigo ya que él era la última persona con la que había hablado y bastó únicamente apretar el botón de re-llamada para que se estableciera la comunicación.

—Dime pesado —dijo sin terciar saludo alguno—. ¿Qué quieres ahora?

—Nacho, Penélope se muere...

—¿Cómo? Jacobo ¿qué ocurre?

131

—Ha habido una matanza en el piso de Penélope, hay sangre por todas partes y dos cuerpos desangrados, muertos, con sus caras desfiguradas, llenas de cortes y puñaladas.

—Jacobó cálmate. Dime lo que ocurre, pero despacio.

—Acabo de estar de nuevo...en el piso de Penélope y al llegar al portal vi que la puerta estaba abierta y la del apartamento también abierta, aunque en este caso con la cerradura forzada.

—Habla despacio y vocaliza, hay palabras que no entiendo.

—El portal tenía la puerta abierta de par en par y una vez en la segunda planta, al ir a pulsar el timbre, he visto que la cerradura de la puerta de entrada estaba re-ven-ta-da.

—¿Y qué más has hecho?

—Me he colado y he ido directo al dormitorio del fondo del pasillo que es donde habíamos pasado la mañana juntos.

—Y cómo eres tan tonto de haber entrado, no te imaginas que te podría haber pasado algo.

—Yo solo sabía que en la habitación del fondo se podía encontrar ella, y así fue, estaba casi en la misma posición en la que la había dejado horas antes, pero esta vez con la cara desfigurada a golpes, manchas de sangre por toda la cama y en especial por la almohada. También hay dos cuerpos de varón, bien trajeados, muertos, como flotando sobre un mar de sangre. La sangre está por todas partes, suelo, muebles, paredes. . Los dos hombres desconozco quienes son y dudo mucho que a simple vista alguien los reconozca porque están totalmente desfigurados de cuello para arriba y por el cuello les cuelga algo a los dos.

132

—Sal corriendo de ahí, te puedes meter en un gran lío de no hacerlo.

—Lo importante es que Penélope respiraba, incluso intentó decirme algo antes de perder el sentido, pero no entendí nada, era un hilo de voz que se iba apagando entre unos labios extremadamente hinchados a golpes y desvariando por la paliza. Sé que lo que te voy a pedir no debería hacerlo pero solo te tengo a ti.

—Cuéntame. Ve al grano.

—Necesito que llames a la policía y les digas que en la calle Rua Pelayo nº 16 piso 2º de Orense hay dos cadáveres y una mujer a punto de morir.

—¿Cómo?

—Sí, yo no puedo en mi estado y la vida de Penélope depende de... ti. Vete a una cabina poco transitada, llama y procura no dejar ningún rastro. Ya solo faltaba que también tú estuvieras implicado en este “sin sentido”.

—Esto... bien, saldré a una cabina y haré lo que me pides, pero tú vete lo más lejos que puedas del apartamento. En unos minutos me pongo en contacto contigo para confirmarte la llamada a la policía y para que me cuentes de nuevo lo ocurrido —Y antes de cortar la comunicación me preguntó—. Tienes manchas de sangre en zapatos, ropa...

—Sí, los zapatos seguro porque lo estoy viendo pero en la chaqueta y en el pantalón lo tendré que mirar más despacio. Ah, y también está manchado el maletín, lo deje sobre la gran mancha de sangre que había alrededor de los cuerpos.

133

—No se te ocurra entrar así en el coche, apártate de la zona y no entres así en el coche. En unos minutos te vuelvo a llamar.

Habían transcurrido seis minutos desde mi llamada cuando el teléfono comenzó a vibrar, era Nacho.

—¿Llamaste a la ambulancia?

—Sí, fui a una cabina cercana y llamé a la policía. Fue un mo-nólogo escueto, con pocas palabras conté todo lo que me dijiste. En unos minutos oirás las sirenas de la policía y ambulancia.

Y en ese justo instante pasaron junto a mí dos ambulancias y dos coches de policía, uno de la nacional y otro de la local.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Más tranquilo? ¿Puedes pensar con claridad? O todavía estás impresionado con la escena presenciada.

—Sí, estoy más tranquilo pero sigo sin explicarme lo ocurrido.

—¿Pero no habías quedado con Penélope por la mañana porque comías con José Luis Muiños en Xinzo de Limia?

—Efectivamente pero regresé desde Xinzo para ver si me ha-bía dejado la llave de mi coche en el apartamento. La eché en falta cuando iba a cogerlo al dirigirme a la reunión con el Concelleiro, pero al ir justo de tiempo no volví al apartamento y utilicé la que llevo siempre en el maletín.

—Bueno, tiempo habrá para el análisis, ahora hay que actuar con inteligencia, nos jugamos condenas por asesinato.

—Tú no te juegas nada.

—Me juego una considerable pena simplemente por encubri-dor. Me decías que tienes los zapatos y el maletín manchados de sangre.

134

—Correcto.

—Pues vas a coger dos bolsas grandes de plástico, al estilo de las de la basura, y vas a meter en ellas: en una los zapatos y en otra el maletín.

—Y cómo quieres que conduzca hasta Madrid, ¿descalzo?

—¿No llevas en el coche una bolsa de viaje con el casco de obra, botiquín... y botas de agua?

—Sí, es verdad.

—No quiero que manches de sangre el coche. Recuerda que la llave “olvidada” en el apartamento, si es que no lo has perdido en otro lugar, pondrá a la policía tras tu pista y seguro que como mucho en un par de días te citarán para declarar.

—¿Estás seguro? ¿Pueden dar conmigo por una llave?

—Seguro, así que tenemos pocas horas para prepararte. Vente para Madrid y nada de ir a tu casa, te quiero directo a mi casa.

Durante el viaje vamos hablando. Antes de meterte al coche pon algo para proteger la tapicería

del asiento, puede que tengas alguna mancha más de sangre por tu ropa y no te hayas dado cuenta, si no encuentras nada pon bolsas de basura, lo que sea.

Y en ese momento me colgó. Nunca podré agradecer a Nacho lo hecho aquella tarde/noche, en algunos momentos parecía más implicado en los hechos que yo. Desde la esquina en la que me encontraba se divisaba el portal, rodeado de curiosos impidiendo ver el movimiento de la policía.

Pasados cinco minutos salió del portal una camilla con dos sanitarios sensiblemente nerviosos y a gran velocidad. Penélope estaba 135

viva, o al menos estaban intentando mantener el hilo de vida que aún le quedaba. Sabía que el cuerpo era el de Penélope por los mechones rubios que caían tras la mascarilla de oxígeno y que cubrían la totalidad de su cara. A los pocos instantes de haber abandonado el portal, salían con la sirena y a gran velocidad.

Sin la seguridad absoluta de que se salvaría, me dirigí a mi coche y seguí al pie de la letra lo que me había indicado Nacho.

Saqué las botas de agua que empleamos en las obras y metí mis castaños negros, jaspeados por gotitas de sangre, en una bolsa y con el maletín hice lo mismo. Con la preocupación de atarlas antes, las deposité con sumo cuidado en el maletero de mi Toyota Avensis.

Ya de camino a Madrid, los primeros kilómetros se me pasaron rápidamente con la adrenalina a flor de piel, con el pulso acelerado e intentando no pensar en lo visto en las últimas dos horas.

Afortunadamente aquella mañana, cuando llegaba a Orense, llené el depósito y calculando los consumos habituales debía tener suficiente combustible como para llegar a casa de Nacho y hacer unos 150 km más, de esta forma no llamaría la atención el ver re-postar un hombre con botas de agua un día con un sol espléndido.

Únicamente debía estar atento a la conducción y no sobrepasar los límites de velocidad, tarea ardua difícil gustándome pisar el acelerador como me gusta y en el estado de hiperactividad en el que me encontraba.

Hacía muchos años que no conducía con el cuidado con el que lo hice esa tarde/noche de primeros de abril. Durante el viaje, cuando me encontré mucho más calmado llamé a casa y al no cogermé 136

el teléfono nadie, llamé a Esperanza a su móvil teniendo la misma respuesta, nada.

A la media hora Esperanza me devolvía la llamada explicándome que se encontraba en el Hospital y que llegaría tarde a casa, una de las auxiliares de enfermería del 3er turno se había puesto enferma y ella era la única disponible para suplirla, saldría del Hospital sobre las 02:00h de la madrugada por lo que no la esperase despierto.

Noticia tomada como excelente en aquella horrible tarde.

Disponía de más tiempo de maniobra y podría entrar en casa con las botas y sin tener que dar

ningún tipo de explicación.

Eran las 23:30h cuando aparcaba cerca de la casa de Nacho.

Según cerraba la puerta del coche le podía ver de un lado a otro del portal, fumando de manera nerviosa; se le notaba intranquilo balanceando una bolsa de deportes que le colgaba de su mano izquierda.

Al verme, salió a mi encuentro.

—Buenas noches, ¿cómo te encuentras? —me preguntó Nacho.

—Mejor, el viaje me ha servido para tranquilizarme y para analizar hora a hora el día de hoy.

—Bueno, bueno, todo eso me lo cuentas más tarde, primero te vas a ir al coche y te vas a cambiar de ropa, en la bolsa de deportes harás un chándal, está viejo pero servirá para la ocasión, de esta forma mi mujer Marga no lo echará en falta, también van una camiseta, una sudadera, unos calcetines y unas zapatillas. ¿Qué número usas?

—Un 42.

—Pues te van a quedar un poco grandes pero para lo que las vas a utilizar... dame las dos bolsas de plástico con los zapatos y 137

el maletín; en esta tercera bolsa mete los pantalones, la chaqueta y los calcetines.

—Y ¿dónde me cambio?

—Pues tienes pocos lugares donde elegir,... ¡en el coche!

¿Dónde si no?

Seguí al pie de la letra las instrucciones de Nacho y una vez vestido con la indumentaria deportista que me preparó, comenzó el mitin/interrogatorio.

—Cuéntame de forma escueta y esquematizada el día de hoy, solo los hechos, tus opiniones y comentarios más tarde.

Y ahí comenzó mi resumen del día.

—Salí de casa a las 05:30h y llegué a Orense a las 10:30h, buen tiempo y toda la carretera para mí. Era la primera vez que quedábamos fuera de Carballino. Penélope tenía revisión a las 13:30h con su ginecólogo y después pretendía realizar unas compras para su marido. Por todo esto únicamente disponíamos de poco más de 3

horas para nosotros.

—Sigue contando, las preguntas te las haré después.

—Salí del apartamento a las 13:00h dirección a Xinzo de Limia donde había quedado con el Concelleiro para comer; comida, como bien sabes, de cortesía, que al final pagó el Ayuntamiento, como premio al rápido comienzo de las obras.

—No te enrolles, ahora solo quiero datos.

—A las 16:00 habíamos terminado de comer y pensé que a lo mejor Penélope había terminado sus pruebas ginecológicas y estuviese descansando en el apartamento antes de ir de compras. No 138

la podía llamar ya que no dispongo de ningún número de teléfono donde contactar, cuando quedamos siempre es ella la que se pone en contacto conmigo.

—Sigue, me está costando no interrumpirte con la coletilla “ya te dije que te traería problemas”, muchos problemas, pero sigue.

—Como me encontraba a poco más de 40km y era pronto para la vuelta, me acerqué al apartamento con el fin de recuperar la llave de mi coche, si es que me la había dejado allí y no en cualquier otro lugar. Al llegar al portal no llamé al telefonillo por estar abiertas las dos hojas de la puerta, y ya en el segundo piso cuando me encontraba dispuesto a pulsar el timbre del 2º, observé que la puerta estaba ligeramente abierta y forzada la cerradura. Entré al hall, con más miedo que otra cosa, pronunciando en tono de llamada, aunque en voz baja, el nombre de Penélope. Fíjate qué estupidez la mía, para que en el caso de estar todavía los autores de la cruenta escena, dar les tiempo para prepararse y continuar la masacre conmigo. Seguí la luz que destacaba al fondo del pasillo, luz que correspondía al dormitorio en el que habíamos pasado la mañana Penélope y yo. Un golpe de olor se estrelló contra mi olfato al pasar a la habitación, un olor entre rancio, seco y agrio, y a esto se unió un paisaje dan-tesco, dos cuerpos de varón medio sumergidos en un mar granate oscuro de sangre coagulada por el paso de las horas, y más gotas del mismo color sobre la cama, paredes, techo y muebles, los pocos muebles que decoraban el dormitorio. Sobre la cama se encontraba Penélope, únicamente reconocible por la rubia melena y las ropas, su cara parecía haber soportado una paliza más de boxeo tailandés 139

que de otra cosa. Al ver el lamentable estado en el que se encontraba, solté mi maletín en el lugar menos indicado, sobre el fluido granate, y salté a la cama siguiendo la distancia más corta que pasaba por entremedias de los dos cuerpos de varón. Tomé a Penélope entre mis brazos y separando el pelo de su cara visualicé un primer plano de la salvaje agresión que había recibido, sus labios amoratados, a punto de estallar por una parte y reventados por otra, sus ojos tan hinchados que apenas se podía percibir su color, la nariz machacada... Al intentar incorporarla, suponiendo lo peor, advertí por un ataque de tos que me había equivocado, que aún vivía. Por un instante pareció recuperar la consciencia y con un hilo de voz que parecía más un lamento, intentó decirme algo balbuceando sangre que aún le brotaba de su boca. Quise entender que decía. “... tu salvación está en la cama...”.

»Tras lo cual volvió a desmayarse. La dejé de nuevo sobre la cama, no sin antes colocarla las dos almohadas para que no se ahogara si le sobrevenía un nuevo vómito de sangre, visto el lamentable estado de su boca. Intenté salir corriendo no sin antes tomar mi maletín encharcado de ese líquido de color rojizo, pero en un instante de valentía y curiosidad quise ver las caras de los hombres allí tumbados y la verdad es que me lo podía haber ahorrado, fue imposible sacarles algún rasgo

significativo, estaban totalmente desfigurados, entre puñaladas se apreciaban cortes profundos verticales y horizontales surcando sus caras, la rigidez de la muerte comenzaba su marcha. No entiendo de esas salva-jadas pero puedo decir, sin equivocarme, que los cortes de las 140

caras estaban producidos con saña. Puñaladas en la espalda tenían ambos, pero lo que más me llamó la atención eran sus cuellos, justo por el centro salía como un trozo de carne. A punto estuve de girarlos para comprobar su estado, pero al ver que entre ellos parecía flotar una navaja de grandes dimensiones con un dibujo en su hoja al estilo de tatuajes tribales vistos en las películas de espías, el pánico inmovilizó esa acción y propició mi salida, corriendo del apartamento, con mi maletín dejando gotas rojas por donde pasaba.

»Daba la impresión que el que o los que habían cometido tal atropello dejaban pistas de quienes eran, querían dejar claro que era un ajuste de cuentas o algo parecido. ¿Pero qué papel jugaba en todo aquello Penélope? ¿Por qué le habían golpeado sin compasión alguna y no matado como a los dos hombres?

—Vale, ahora las preguntas las voy a hacer yo y quiero también respuestas sencillas y cortas —A lo que accedí con resignación—.

¿Estás seguro que la llave de tu coche se te cayó en esa casa?

—Prácticamente seguro, pero me gustaría equivocarme.

—¿Dejaste huellas tuyas en la casa?

—Sí.

—¿Dónde?

—Supongo que en una mesilla, en un vaso de la cocina, en el cuarto de baño, en una maquinilla de afeitar...

—¿En una maquinilla de afeitar?

—Sí, es una larga historia y tú me pides que resuma.

—Pregunta tonta: ¿tuvisteis sexo?

141

—Sí, y como luego tenía revisión ginecológica se empeñó en que empleáramos preservativos. En principio me negué, pero cuando comprendí el motivo accedí aunque de mala gana.

—¿Y qué hicisteis con el preservativo después? —preguntó.

—Los tiré al inodoro, fueron dos. Ya sé que no es muy ecológico pero lo hice.

—Entonces ¿no queda rastro alguno de tu aventura amorosa?

—Ninguno.

—Por fin una buena noticia.

—¿Por qué?

—Seamos claros, en el caso de que falleciese harían la autopsia comprobando que horas antes había mantenido relaciones sexuales, pudiendo analizar el ADN de los restos de semen.

—Me abrumas con tus análisis de la situación.

—Y cuando regresaste a la escena del crimen, tocaste alguna cosa que estuviese sobre la mesa, o algún cuerpo, o algo que te pueda culpar por haber vuelto tras los asesinatos.

—No, ni tan siquiera toqué el pomo de la puerta esa segunda vez.

—Carece de sentido lo que pronunció esa mujer cuando la te-nías entre tus manos, eso de... ¿Cómo dijiste?

—«...tu salvación está en la cama...».

—Sí, eso.

—No sé a lo que se estaba refiriendo, sobre la cama no había absolutamente nada, solo las sábanas y las almohadas manchadas de sangre. Penélope continuaba con la misma ropa con la que se 142

había despedido de mí, un salto de cama negro transparente y precioso en un principio.

—Entonces lo de la cita con su ginecólogo ¿era mentira?

—No lo sé, estoy en un mar de dudas, nada de lo que ocurrió ese medio-día era lo que tenía que pasar.

—Cuéntame más sobre los dos hombres asesinados.

—Eran grandes y fuertes, de amplias espaldas, uno con el pelo corto y el otro totalmente calvo, me dio la impresión que este último era Nicolasch, el marido de Penélope.

—¿Estás seguro de eso?

—Recuerdo vagamente su rostro, solo le vi en persona en una ocasión y varias veces en fotografías que me enseñó Penélope.

—Entonces puede barajarse que el caso fuese un “crimen pasional”.

—Sí, pero la paliza que recibieron los dos varones, las debió dar la tercera persona del posible

triángulo amoroso, y yo soy esa tercera persona. Descarta esa teoría, yo no cometí tal salvaje agresión primero por principios morales y segundo por no tener ni cuerpo ni fuerzas para hacerlo.

—Bueno, dejemos de divagar. Si la llave la perdiste allí, la policía dispondrá de un nombre y unas huellas que corresponden a la misma persona, TÚ, por lo tanto no podrás negar la evidencia si te llaman a declarar. Mañana hablaré con el abogado de la empresa y le contaré una historia parecida a esta para que me asesore, pero hasta entonces seguiremos la siguiente hoja de ruta: Tú fuiste a ver a una antigua amiga de facultad: ese es un dato que terminarían 143

por averiguar por lo que es mejor que salga de ti, te entrevistaste con ella; motivo: por los viejos tiempos y porque necesitaba de los servicios de tu empresa. Tomásteis un café y te fuiste en busca del concejal de Xinzo de Limia con el que habías quedado a comer.

Menos mal que posees una gran coartada. Tienes que memorizar las horas, a qué hora saliste del apartamento, a qué hora quedaste con el concejal y a qué hora saliste de vuelta a Madrid. Te decía que las memorizaras bien porque te lo preguntarán varias veces, de distintas formas y lo contrastarán con más gente.

»Niega la mayor de haber practicado sexo ese día con Pené-

lope, si no hay restos de ADN en ningún sitio, no podrán culparte de crimen pasional. Has de recordar en todo momento que fuiste porque te había llamado Penélope al enterarse que trabajabas en una empresa de excavaciones y que tenía un trabajo que encargarte, además de pillarte de paso ya que tenías una cita para comer con un concejal de Xinzo de Limia. Deja claro que tanto su marido como ella necesitaban realizar unas perforaciones. Él no está en condiciones de desmentirlo ni ella en corroborarlo.

»Me quedo con toda tu ropa y me encargo de hacerla desaparecer. Vacía todo lo que llevas en el maletín y llévatelo a tu casa.

—Pero si el maletín está nuevo, limpiándolo un poco quedará bien.

—¿Es que no tienes otro maletín?

—Sí.

—Pues mañana te presentas en la oficina con el otro maletín y como si no hubiese ocurrido nada. Creo que todavía no eres 144

consciente de lo que te estás jugando en este envite, te juegas la vida.

—Supongo que con lo maniático que eres para el calzado, ¿tendrás otros zapatos como los que llevas en la bolsa de plástico?

—Sí, tengo dos pares más.

—Mejor, eso nos ayudará si registran tu casa.

—¿Cómo? ¿Van a registrar mi casa?

—Sí, prefiero ponerme en el peor de los escenarios. Los hechos son más graves de lo que te puedes imaginar. Dos crímenes consumados y otro a punto.

—De acuerdo, haré lo que me pides.

—No te lo pido, es que tiene que ser así si quieres eludir un montón de años de cárcel.

—Pero si yo no he matado a nadie.

—Eso es lo que tú dices, pero los hechos muestran otra cosa bien distinta. Ahora te vas para tu casa, te duchas, te tomas algún relajante muscular y mañana te levantarás en perfecto estado. No permitas que los nervios te jueguen una mala pasada.

Terminada la conferencia de Nacho sobre “cómo hacer para que no te detengan por algo que no hiciste”, me fui para casa con la seguridad y tranquilidad de que Esperanza no habría llegado y que los niños estaban ya en la cama.

145

Capítulo XIII

A las 07:00h, al sonar el despertador, me levanté como si me hubiese pasado una apisonadora por encima, ni el relajante muscular ni la reconfortante ducha de agua caliente habían mitigado mi estado de sobre-excitación. Cómo me encontraría la noche anterior que no me percaté que Esperanza había regresado a casa y dormía placenteramente tras el antifaz que la mantenía en una noche continua las horas que la tocaba dormir de día.

A las 08:30h entraba por la puerta de la oficina encontrando a Nacho en mangas de camisa frente a su ordenador. Mercedes, nuestra secretaria, no había llegado por lo que pudimos hablar sin tapujos.

—¿Qué tal dormiste? Si es que lograste dormir algo —preguntó mi amigo.

—Dormí de tirón tres horas, pero no han sido suficientes como para descansar. Me levanté enrollado en las sábanas ¿y tú?

—No he dormido, regresé muy tarde a casa después de deshacerme de todo y no pude pegar ojo pensando en el embrollo en el que te has metido.

—Tú me crees ¿no?

147

—Claro que te creo, si no piensas que iba a meterme en todo esto. Supongo que serás consciente de lo que me juego con el único interés de salvar a un amigo estúpido, pero amigo.

—No imaginas lo agradecido que estoy, esto solo se hace por un hermano, y en verdad eso es lo

que para mí tú eres.

—Dejémonos de halagos y a trabajar. Eso es lo que nos ayudará a pasar el día.

A las 09:00h se presentó Mercedes y todo comenzó a transcurrir como un jueves más, todo... hasta que a las 18:00h recibía una llamada al móvil de un número desconocido, de quince dígitos que confirmaba ser realizada desde una centralita con voz sobre IP.

—Buenas tardes. ¿Don Jacobo Fernández Garrido?

—Sí, ¿quién es?

—Mi nombre es David Durán y le llamo de la comisaría de Pozuelo de Alarcón.

—Sí, dígame qué desea.

—Quisiéramos se presentara mañana a las 09:30h en esta comisaría con el fin de que prestara declaración sobre unos hechos acontecidos ayer en Orense.

—¿Qué es lo que ocurrió ayer en Orense?, ¿en calidad de qué se me cita?, ¿se me acusa de algo?

—En principio no se le acusa de nada, únicamente queremos hacerle unas preguntas.

—¿Y no me puede decir de qué tema?

—Lo lamento, le he dicho todo lo que le puedo decir.

—Y esa declaración es voluntaria.

148

—Efectivamente, es voluntaria pero en el caso de no presentarse nos veríamos obligados a ir a su casa o a su oficina a practicar una detección y traerle a prestar declaración. Usted decide.

—Muy bien, mañana nos vemos a las 09:30h.

Y el tal David Durán colgó sin terciar palabra. El color y el gesto de mi cara debió delatarme porque nada más colgar, Nacho dejó lo que estaba haciendo y vino a mi mesa.

—¿Qué te pasa? ¿Te han llamado de la comisaría? —La forma con la que abrí mis ojos y le miré fue la respuesta más directa que le pude realizar—. Ya lo sabía, tardan poco en averiguar de quién es una llave, y más si hay “dos asesinatos y medio”. ¿Para cuándo te han citado?

—Para mañana a las 09:30.

—¿A que no has preguntado si puedes o tienes que llevar abogado?

—Pues no, me he quedado paralizado, no he sabido reaccionar.

—Bueno, tranquilízate. Tenemos unas cuantas horas para prepararte.

—¿Prepararme para qué?

—Para que demuestres la verdad, que no tienes nada que ver en “esa fiesta”.

—¿Insinúas que tengo que demostrar la evidencia?

—No lo insinúo, lo afirmo. Dice el refranero castellano que “la reina no solo tiene que ser honrada sino también parecerlo”.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Nada, ser tú, no ponerte nervioso y pensar las respuestas antes

de hablar, te van hacer la misma pregunta por activa y por pasiva y no debes dudar, mantente firme en tus declaraciones, te vas a enfrentar a unos profesionales que estudiarán tu mirada, la posición de tus manos, tus gestos... Tienes que emplear el sentido común y pensar en todo momento que eres inocente y nada tienes que ver con los asesinatos.

—Qué fácil lo ves tú desde afuera —indiqué.

—Tienes razón, pero has de prepararte mentalmente para hacer tus testimonios fáciles, no temer nada.

—Pero es que no tengo nada que ver.

—Ya lo sé pero prepárate. Seguramente te interrogarán dos policías y realizarán la técnica poli-bueno/poli-malo.

—Tú has visto muchas películas.

—Sí, he visto muchas pero también estuve involucrado en temas políticos hace bastantes años, pasando algún que otro interrogatorio.

—Nada sabía de esa faceta de tu vida.

—Es que no hay nada por lo que presumir de ello.

—No tenemos el teléfono móvil de nuestro abogado, pero eso déjalo de mi parte. Ahora te vas para casa, te tomas un vino relajado, te das una reconfortante ducha, le haces unas carantoñas a Esperanza y mañana te presentas en la comisaría nuevo. Por cierto

¿cuál es la comisaría?

—La de Pozuelo

—No es por desanimarte pero en mis tiempos era la más “chun-ga” y la que tenía más retrasos en la conclusión de la presentación de pruebas. Pero eso no quiere decir nada. Lo más probable es

que 150

te pregunten si estuviste en el lugar de los hechos, a lo que debes decir que sí, y hasta qué hora estuviste allí.

—De acuerdo —afirmé.

—También cógete las ediciones digitales de los periódicos de Orense y limítrofes para ver que ponen de los asesinatos y basa toda tu información en ellos, es vital eso, no sabes nada más que lo que ponen los periódicos.

—Conforme.

—Nada de conforme, vamos a revisar, ahora entre los dos, esa información y la memorizas con puntos y comas.

Y así lo hicimos aunque poco había de ello. Un periódico,

“OrenseDixital.com” lo daba como un presunto ajuste de cuentas entre bandas mafiosas y otro “La Región” como posible asesinato por un tema de cuernos. Ninguno de los dos periódicos hablaba de lo desfigurados que estaban los cuerpos.

—Apenas dicen nada de cómo se encontraban los rostros ni de la carne que salía del cuello.

—¿Qué es eso de la carne del cuello?

—Que al darle cortes en el cuello habían dejado dos trozos de carne colgando.

—No te entiendo.

—Que en la zona de la nuez tenían algo que les colgaba.

—Incauto, lo que viste se llama corbata colombiana y es una práctica común en los cárteles sudamericanos de la droga, a realizar a los chivatos que pactan con la policía.

—¿Cómo? Explícate.

151

—Ahora me encaja lo de la navaja y el tribal que viste en una de sus cachas. ¿Seguro que no tocaste en ningún momento la navaja?

—No solo no la toqué, es que procuré alejarme lo más posible.

—Es la firma de quién ha realizado el ajuste de cuentas.

—Para la policía.

—No, para todo el mundillo en el que se mueven. Es la justicia que practican entre ellos, de ahí

que les destrozasen la cara, les sa-casen la lengua por el cuello y dejaran el arma del crimen. Estaría por apostar 100€ a que la navaja no tiene ninguna huella, es más, y que no hay ninguna huella en toda la casa del o de los asesinos, son profesionales.

—¿Entonces quieres decir que si solo hay algunas huellas en la casa esas serán las mías, y cargaré con todas las culpas?

—No, me da la impresión de que te citan por corroborar que nada tienes que ver con los hechos, pero no bajas la guardia ni un momento.

—Venga, lo dicho, vete para casa y relájate. Yo intentaré ponerme en contacto con el abogado y mañana pasaremos por la comisaría lo antes posible.

Me marché para casa e hice caso de todo lo que me dijo Nacho excepto en lo de las carantoñas a mi mujer. Mi grado de excitación, pero de otro tipo, era notable y esa noche me costó varias horas coger el sueño.

152

Capítulo XIV

A las 7:00h ya estaba con los ojos como platos, despierto e incapaz de mantenerme más tiempo en la cama. Una revitalizante ducha y un buen tanque de café hicieron lo suficiente como para que a las 08:45 me dirigiera a la comisaría de Pozuelo a verme con el tal David Durán.

A las 09:25 ya estaba allí, habiendo entregado mi DNI al policía de la puerta y a la espera de que el inspector Durán bajase a recogerme.

A las 09:30 apareció con pinta excesivamente informal, con unos vaqueros más bien desgastados y una especie de jersey-camiseta a juego con los pantalones, también ajado.

—¿Jacobó Fernández Garrido?

—Sí.

—Haga el favor de acompañarme.

Indicándome que pasara por el arco de seguridad. En ese momento me olvidé comentar el tema de mis prótesis antes que dieran positivo y en décimas de segundo aquel chisme comenzó a encenderse y apagarse acompañado de un desagradable ruido. El policía del Arco de Seguridad se incorporó inmediatamente tomándome del brazo cuan terrorista pillado *in fraganti*.

153

—Tranquilos —dije intentando poner un poco de calma y cordura al hecho—. Tengo unas prótesis de titanio, cromo y cobalto que siempre dan positivo en estos arcos de seguridad, si me permiten sacar de mi cartera el documento que lo acredita, se lo podré demostrar.

El policía de la entrada rebajó un poco su estado de nerviosismo ante la alerta máxima cifrada

por alta intensidad por todo el metal que llevo en mi cuerpo.

Les presenté el documento expedido por el hospital de La Milagrosa y acreditado por un juez, tras lo cual la tranquilidad volvió, dejándome pasar hasta el despacho del inspector Durán situado en la planta 2ª.

Nacho no se había desviado ni un ápice de cómo iba a ser el guion del interrogatorio. Primero comenzamos a hablar de forma relajada y la tensión comenzó a aflorar cuando intentaban poner en mi boca palabras que yo no había dicho. Retorcían mis afirmaciones de una manera impensable dando lugar a frases que no había pronunciado. Reconocí haber estado en aquel piso el miércoles anterior, que me había citado con Penélope Tarrés y que a las 13:00h había partido rumbo a Xinzo de Limia a una entrevista/comida con el Concelleiro de Obras Públicas. Les di el nombre del Concelleiro y al sacar mi móvil para anotar su número de teléfono, el policía situado a mi derecha se levantó retirándomelo de las manos.

—¿Pero qué hace? —Le dije de forma un tanto violenta, a lo que me contestó.

—Retirarle el móvil, no se permite usarlo a los detenidos.

154

En ese momento la descarga de adrenalina fue máxima doliéndome todo el cuerpo al tensionarme. De mi garganta solo salió:

—¿De-te-ni-do?

—Sí, por el presunto asesinato de los señores Nicolasch Vólkov de Castro y Diego Vázquez Junqueiro y presunto intento de asesinato de Penélope Tarrés Novoa el pasado miércoles 2 de Abril de 2014.

—Ustedes me han citado para declarar, en ningún momento me dijeron que era para detenerme.

—Solo le puedo indicar que usted está detenido y a continuación le voy a leer sus derechos. Según el artículo 520 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal tiene derecho a guardar silencio..., derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable, derecho a designar un abogado y si el detenido no designara abogado se procederá a la designación de oficio... —Uno tras otro iban golpeando sobre mí la cruda lectura de unos derechos que daban la impresión de todo lo contrario, daban la impresión de una auténtica pena de pérdida de libertad—. ... derecho a que se ponga en conocimiento del familiar o persona que desee, derecho a ser asistido gratuitamente por un intérprete...

Eso sí es lo que necesitaba un intérprete que les dijera en el idioma de Cervantes, que yo era inocente y que se estaba cometiendo una injusticia absoluta.

—... derecho a ser reconocido por el médico forense o sustituto legal...

Un médico no, un psiquiatra que desmontara semejante locura.

—... ¿alguna pregunta? —prosiguió el policía.

155

—Sí, ¿que no sé qué hago aquí? —Apenas escuchaba lo que me decían, estaba bloqueado, no podía pensar, ni hablar, ni escuchar.

El mundo entero se había caído en mis manos y... estaba DETENIDO—. Quiero hacer mi llamada.

—¿A qué número quiere llamar?

—Está en la agenda de mi móvil, en NACHO SOCIO. ¿Me deja mi teléfono? —Le dije con tono imperativo al recordar mis derechos.

—Usted no va a llamar a nadie, somos nosotros los que nos ponemos en contacto con este señor que nos ha dicho y a él le informaremos que está detenido en la Comisaría de Pozuelo de Alarcón.

De nuevo bajonazo en mi estado emocional, iban cortando una tras otra las cuerdas que me unían a la vida, y mientras informaban de mi detención a Nacho.

Cuando el policía que me había leído los derechos terminó de informar a Nacho, me ordenó levantar de la silla en la que me encontraba y que les acompañara, cosa que hice de muy mala gana al sentirme escoltado por ambos, cada uno me había tomado de un brazo.

Comenzamos el viaje hasta el primer sótano en estados antagó-

nicos, los dos policías hablando y saludando a los compañeros que encontraban en el trayecto, como lo harían dos funcionarios que bajan a la otra planta del ministerio a tomar café, y yo sintiéndome violado en mis derechos de ciudadano, detenido dirección a los infiernos de la sociedad.

Nunca me había podido imaginar tal situación. Yo, un ciudadano que no tenía ni una multa de tráfico sin pagar, defensor del orden y de la justicia, estaba detenido por asesinato, y lo peor es

156

que aquellos dos individuos me creían culpable y me bajaban a los calabozos. Daba la impresión de que mis ojos se iban a salir de sus órbitas al ver por donde me pasaban, finalizando mi ruta frente a una mesa decimonónica por la pinta de vieja y gastada que tenía, con un policía metido en años y kilos que me dijo de forma escueta:

—Deje aquí todo lo que tenga en sus bolsillos —me indicó otro policía.

Al malestar por la detención se unía la humillación de depositar mis pertenencias en un sobre de papel con pinta de haber sido utilizado por muchos más reos anteriormente. El olor comenzaba a ser insano, mucha humedad mezclado con olor a desinfectante barato.

—También el cinturón y los cordones de sus zapatos.

—Aquí tiene el cinturón, mis zapatos no llevan cordones.

A lo que me contesto el policía que me escoltaba a la derecha.

—Los cordones no pero los zapatos sí.

—¿Cómo?

—Que me deje sus zapatos, será cuestión de unos minutos.

¿Son estos los zapatos que llevaba antes de ayer en Orense?

—Sí ¿por qué?

—Las preguntas las hacemos nosotros.

Y con los zapatos en su poder, el policía que hacía de poli-malo abandonó la habitación dejándome solamente con el “repcionista” y el escolta de mi izquierda el tal Durán.

—En estos momentos no está el fotógrafo forense, salió con el juez para realizar un servicio, en unos minutos estará de regreso

—indicó el otro policía.

157

—¿Y el fotógrafo para qué?

—Para la toma de huellas y la foto de su ficha policial.

—¿Me van a fichar?

—Sí pero ya le digo que es para la ficha policial, cuando venga el juez dirá qué es lo que hacemos con usted.

Y a continuación me acompañó el policía encargado de los calabozos hasta uno que por fortuna estaba vacío.

La sensación de entrar en ese lugar fue simplemente deplorable, seguía sin creer lo que me estaba ocurriendo. Estaba siendo tratado como un vulgar asesino, sin derecho a defensa alguna. La luz del calabozo era escasa, apenas iluminaba el catre situado al fondo y sobre el que había una manta que bajo ningún concepto me atreví a tocar.

Sin tener conciencia del tiempo transcurrido, pese a que a mí se me hizo eterno, oí mi nombre en la puerta y me acerqué a saber quién lo pronunciaba y qué quería.

—Ya está aquí el fotógrafo forense, salga y acompañeme por favor —volvió a hablar el policía.

Ese “por favor” era una única palabra de cortesía que había recibido desde mi entrada en la comisaría.

Pero ahí no acabarían mis humillaciones, al salir del pasillo en el que se encontraban los distintos calabozos, alguno atestado de gente, volvieron mis escoltas, el inspector Duran y su colega, el que me había confiscado los zapatos. Este último con una bolsa de plástico en la que asomaban mis castellanos negros con borlas, alargó su mano en signo evidente que me devolvía los zapatos pero sin mediar palabra alguna y con claros signos de enfado.

158

Al ponérmelos noté una humedad que no era mía, los habían mojado con algún líquido que no dejó mancha alguna, seguían lus-trosos como siempre.

—¿Qué es lo que pasa con mis zapatos?

—Nada, teníamos que realizar unas pruebas con ellos. Cálcese y le recuerdo que los que hacemos las preguntas somos nosotros

—el policía que me acompañó.

De allí fui escoltado a otra habitación contigua donde me recibió una persona vestida de paisano.

—Sitúese donde están las marcas en el suelo y sujete esta tablilla a la altura del pecho —pidió un nuevo policía.

Mi curiosidad siempre ha sido grande pero en esos momentos más y leí lo que ponía la tablilla:

Fernández Garrido, Jacobo

5621510124-HPRJ

Momentos antes había llegado al convencimiento que ya nada me iba a hundir más de lo que estaba en ese momento, pero mi error fue supino. Ya sé por qué la gente sale en las fichas policiales con caras de asesinos y es por el estado de desasosiego al desconocer qué es lo que te va a ocurrir al instante siguiente. El mío fue la toma de huellas dactilares, te embadurnan de tinta negra cada una de las yemas de los dedos y te hacen apoyar sobre un cartón uno por uno, todo ello con un olor a gasolina o disolvente que te apesta la ropa y el pelo, más tarde te dan unas gasas para limpiarte pero no logran conseguir lo que tú pretendes, limpiarte semejante injusticia.

159

Después de la toma de huellas me volvieron a encerrar en el mismo calabozo con la única compañía de miles de ácaros que parecían correr por la manta sobre la cama, pero en esta ocasión con una mejora sustancial a mi anterior entrada, estaba calzado y no sentía tanto frío y tanta humedad.

Esta vez me pareció permanecer más rato que en mi anterior estancia en ese calabozo que no

tendría más de 3x3 metros. Con la experiencia de conocer el lugar, comencé a hacer balance del interrogatorio y analizar la situación, el tiempo de bloqueo mental había concluido y ahora había que pensar, pensar y pensar.

Yo no había reconocido nada de lo que intentaban acusarme y lo más importante, no había firmado nada, acogiéndome a mis derechos me había negado a declarar.

Un ruido seco al fondo del pasillo de los calabozos me informó que entraba un policía a por alguien, y ese alguien era yo. No podía valorar si era buena o mala suerte pero en realidad solo podía ser buena suerte si te sacaban de allí.

Como si fuera la primera vez que nos veíamos, el policía de los calabozos preguntó:

— *¿Jacobó Fernández Garrido?*

—Sí soy yo —Y abriendo la puerta de mi celda apuntilló—

acompañeme.

Al salir a la sala que daba acceso a todos los calabozos, la molestia que producía su luz en mis ojos me informó de que había transcurrido varias horas por el acomodo de mi vista a la oscuridad.

160

El guardián de los calabozos, el que horas antes me había confiscado mis pertenencias, en esta ocasión sacaba el arrugado sobre donde había depositado mis cosas, y me lo entregó con la muletilla frase de:

—Mire que no falte nada y firme el recibí.

Tomé primeramente el reloj y vi que eran las 15:25h, es decir que había estado retenido hasta ese momento más de cinco horas.

Recogí mi cartera, las llaves, monedero y un paquete de clínex.

—Esto quiere decir que estoy en libertad.

—Esto quiere decir que sale del calabozo, nada más.

Yo que había visto la luz de la esperanza al entregarme mis cosas, de nuevo caí en la desolación del que siente pisoteado una vez más en sus derechos.

De nuevo me tomó del brazo el “poli bueno” del interrogatorio y me dirigió a otra sala contigua en la misma planta. Al entrar, sentado al otro lado de la mesa estaba el otro policía del interrogatorio, el “poli-malo” el cual tomó la palabra.

—He estado informando al juez de nuestra conversación de esta mañana y, con las últimas pruebas aportadas, le comunico que queda usted en libertad sin cargos.

Yo en un momento de soberbia, sabedor que me encontraba a escasos segundos de la libertad le espeté:

—No le decía que no tengo nada que ver con esos asesinatos.

—Le ruego no siga por ahí, el caso es demasiado importante como para perder tiempo con una persona que no dice la verdad, o al menos no dice toda la verdad. Sabemos que estuvo usted en la

161
escena del crimen antes y después de que se produjera, sabemos que las pisadas sobre el lecho de sangre son suyas, no sé cómo ha limpiado sus zapatos o si son otros idénticos a los que llevaba antes de ayer, sabemos que estuvo con la señora de Nicolasch ya-ciendo en su cama minutos antes de entrar su esposo y la golpease hasta dejarla medio muerta, sabemos que después entraron cuatro personas y apuñalaron con saña hasta hacerles morir lentamente al esposo de Penélope Tarrés y a su secretario, sabemos que posteriormente usted volvió a la escena del crimen y que intentó asistir a la medio-moribunda señora. La suerte se alió con usted esta mañana al aparecer en el escenario del crimen una grabación, un tanto extraña, que le exime de culpa. Lo sabemos todo, así que no intente engañarnos o le acusaré de perjurio y falsa declaración.

»No me gusta la gente que miente porque va en contra de la justicia, así que puede levantarse e irse. Ah, y no se le ocurra pensar en ponernos una demanda por detención ilegal ya que entonces si conocerá la dureza con la que legalmente podemos llegar a tratar a un presunto asesino.

Y sin más se levantó el “poli malo” indicándome la puerta de salida.

—Solo una última pregunta. ¿Se salvará Penélope Tarrés?

—Seguro, será una cuestión de tiempo, ahora se encuentra mejor y con las constantes estables. Se encuentra en el hospital de La Princesa pero no puede recibir visitas, tiene protección oficial al ser un caso internacional y estar implicados cárteles del narcotráfico. Y

ya está bien de informar. Adiós buenos días.

162

Ya en la calle, cuando las primeras ráfagas de aire impactaron sobre mi cara me dio una sensación agrídulce, por un lado me encontraba libre, y por otro violado en mis derechos como ciudadano, tantos años luchando por una democracia y en cuanto te sales del camino señalado por los políticos, compruebas que las cloacas de la sociedad siguen apestando igual que antes.

Una vez pasados los jardines que rodean a la comisaría, al ir a tomar la calle, dos hombres me hicieron señas desde la acera de enfrente, eran Nacho y Joaquín Caparrós, nuestro abogado.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Cómo se han portado contigo? ¿Te han pegado? —preguntó Nacho.

—Tranquilo, todo bajo control, en cuanto digiera esta experiencia te contaré. No os enfadéis pero necesito estar solo, la rabia contenida tiene que salir poco a poco y con vosotros a mi lado sería imposible. Nacho no te preocupes por mí, todo salió como me dijiste y si no hubiese sido por ti,

ahora estaría encerrado pero no aquí, sino en algún centro penitenciario. En este momento no te puedo demostrar mi agradecimiento por que me encuentro bajo un estado de shock controlado. Mañana nos vemos en la oficina.

Me despedí levantando la mano y preguntando:

—¿Has contado algo a Esperanza?

—No, le dije que teníamos una comida en Toledo y que probablemente llegarías tarde a casa.

—Gracias, estás en todo.

—Por cierto, me ha dicho Mercedes que esta mañana se presentó un señor preguntando por ti, que te llevaba una carta pero que 163

te la tenía que entregar en mano. Como no sabíamos cómo terminaría el tema de hoy, le dije que estabas de viaje y que regresabas mañana por la mañana.

—Y ¿cómo era el individuo?

—Según Mercedes era alto, de buena percha y traje de los caros.

—¿Dijo algún nombre?

—Sí, se llamaba Alfonso Mateo y que venía de parte de la Sra.

Tarrés.

Estaba claro, era el chofer de Penélope que me iba a dar alguna consigna o recado.

—¿Y te dijo a qué hora volvería mañana?

—Sí, a la misma que hoy, a las 11h. ¿Algo importante que deba saber?

—No, nada, ya te informaré mañana. Lo dicho, no sabes lo que te agradezco todo lo que has hecho por mí. Y gracias a ti también Joaquín, ahora no necesito de tus servicios pero si próximamente, es posible que tengas que preparar una demanda contra varios funcionarios públicos por abuso de autoridad y... más cosas.

Y sin despedirme comencé a caminar sin rumbo fijo, notando aún el temblor de mis piernas después de semejantes acontecimientos.

Ese día no hice más que caminar, caminar y sentarme en los bancos del paseo con el fin de meditar, tenía que ordenar mis ideas y no debía dejar que lo ocurrido esa mañana interfiriera en mi vida diaria. Intenté comportarme en casa como otro día cualquiera eso sí, con el cansancio de una jornada auténticamente de “perros”.

Capítulo XV

Al día siguiente me levanté pronto como de costumbre, me sentía reventado físicamente por lo que lo primero que hice fue tomarme un “paracetamol” que me devolviese a la vida. Media hora tardó en hacer efecto, después de lo cual inicié la rutina diaria.

A las 8:30h entraba en la oficina y como era habitual, Nacho se me había adelantado.

—Aparte de mal, ¿qué tal te encuentras?

—Bien, o al menos políticamente correcto.

—¿Mucha caña ayer?

—Sí, toda psicológica.

—¿Te hicieron ficha policial?

—Sí.

—Sé que es fácil decirlo pero es mi obligación, Esa ficha desaparecerá a los cinco años de estar en la base de datos, no pasa nada, medio país está allí representado por unos u otros motivos.

—Te creo, pero no es lo mismo decirlo que vivirlo.

—Según pasen los días te encontrarás mejor y me irás contando sin tan siquiera preguntarte.

—No lo dudo... pero hasta entonces déjame que me lama las heridas poco a poco, sin prisa.

165

—¿Sabes algo de Penélope?

—¡Por fin le llamas por su nombre! la han tenido que dejar medio moribunda para que la reconozcas como mi amante.

—Sé que estás dolido, por eso no voy a entrar en tu provocación.

—Perdona, tienes razón, estoy extremadamente irascible.

El tiempo pasó a gran velocidad hasta que a las 11:00h Mercedes abrió la puerta al enigmático individuo que se había presentado el día anterior a esa misma hora preguntando por Jacobo Fernández.

Desde mi despacho escuché a Mercedes que decía:

—Un momento por favor que aviso al sr. Fernández que está usted aquí.

Entrando en mi despacho me dijo es voz baja:

—Jacobó, un señor pregunta por tí, es el mismo que vino ayer.

—Hazle que pase.

Le dije expectante y a los pocos segundos entraba en el despacho Alfonso, “el escudero” como gustaba llamarle a Penélope.

—Buenos días Sr. Fernández, le traigo carta de la Sra. Tarrés.

—¿Ya se encuentra bien, puede escribir?

—No, por desgracia sigue en la UVI aunque su estado evoluciona favorablemente. Esta carta me la dio la noche del martes pasado.

—Entonces un día antes de....

—Sí, la preparó la noche de antes.

Y el buen Alfonso Mateo me entregó la carta y se despidió con la cortesía habitual en él, dándome la mano con un escueto:

—Adiós —se despidió.

166

Al salir Alfonso cerré la puerta del despacho y me preparé para leer aquella misiva escrita un día antes de la paliza y asesinatos.

Esta decía:

« Hola Cariño,

Si tienes esta carta en tus manos es porque todo ha salido bien, un cerdo menos en el mundo. La carta te la tiene que haber dado en mano Alfonso, mi chofer.

Alfonso tiene orden de informarte una vez a la semana de mi estado de salud, en el caso de que acabe con mis huesos en el hospital, tras la paliza que espero mañana recibir de esa bestia.

Todos los miércoles te llamará dándote el parte de las lesiones y mi estado tanto físico como anímico ¡sois tan pocos a los que importo en este momento!

Te debo una explicación del entramado que he preparado y que, como estás leyendo esto, ha salido bien, aunque también he preparado otra carta bien distinta despidiéndome del mundo de los vivos, y espero que no tengas ocasión de leerla por el bien de los dos.

Son las 20:00h del martes 1 de Abril y todo está previsto para que en unas horas, el trabajo de todos estos meses llegue a su fin. Mañana necesito que la puntualidad de los participantes en la “fiesta” sea exacta. Qué cosas estoy diciendo, yo, la persona más impuntual del mundo, depen-diendo su vida de la puntualidad de otros.

En primer lugar me tienes que perdonar por haberte hecho protagonista principal en toda esta conspiración que aún ahora desconoces, pese a que te hayas hecho una idea de la misma. Tú sin saberlo has formado parte activa en todo el desarrollo y sin tu ayuda nada de esto se podría haber realizado.

Durante estas semanas que hemos compartido “miércoles”, me has hecho creer en la vida y en las personas, tanto tiempo con Nicolasch había generado en mí un desprecio absoluto hacia la raza humana legándolos a incluir a todos en la categoría de alimañas; eres un ser fantástico y no me he vuelto a enamorar de ti porque nunca lo dejé de estar en todos estos años. Pero la verdad es que debías desconocer gran parte del guion, al ser una buena persona no habrías podido llegar hasta el final, no hubieses reunido las fuerzas necesarias y suficientes como para llevar a cabo semejante función.

Creo que algún día llegarás a comprender los motivos que me han llevado a realizar esta “movida”, pese a que seguro te haces una idea al haber compartido instantes de rabia contenida del calvario dispuesto por este sinvergüenza carente de corazón. Las vejaciones vividas estos últimos 6 años son inimaginables, años en los que me hizo sentir no una persona, sino un trozo de carne sin sentimientos, vacía, violada física y psíquicamente.

Pero bueno, ya todo pasó (qué raro se me hace hablar en futuro con tono de presente) y lo único que perdura son las cicatrices del corazón.

Dentro de la complejidad de la “obra de teatro”, el sainete ha sido sencillo. En una coctelera metemos un chorrito de celos: haciendo llegar a mi marido información que me iba a ver con mi amante a las 15:00h en un apartamento que había alquilado hacía 15 días, un chorrito de información comprometida: mandando fotocopias de papeles a socios colombianos en los que se demostraba que Nicolasch hacía un doble juego con ellos buscando una amnistía para él con la policía española, otro chorrito de información: avisando a esos socios colombianos donde se iba a encontrar Nicolasch a partir de las 15:30 sin sus guarda-espaldas, únicamente con su hombre de confianza, y una rodaja de amor con mi amante hasta las 13:00h.

Todo esto bien agitado nos da un asesinato con coartadas para todos los buenos y castigo para el cerdo que aún en este momento tengo por marido.

El miércoles pasado no quedamos no porque tenía mi revisión médica anual como te dije, es que tenía que preparar todo en el apartamento, no podía errar en nada y tenía que colocar la cámara termográfica de tal manera que no la localizase Nicolasch y si la policía, era tu seguro de vida.

Pero seamos positivos y como estás leyendo esto es que ha salido todo perfecto, lo único que no se puede valorar es la calidad de la paliza que espero me den mañana. Mi deseo que no me deje peor de lo que estoy.

Gracias por colaborar conmigo y espero no llegues a pensar nunca que has sido utilizado, porque lo único que has sido es... mi amor de siempre.

Gracias, gracias y gracias».

Nadie que no haya pasado por tal cantidad de vejaciones podrá hacerse una idea de lo que es el pozo sin fondo al que le lanzó su marido y menos criticar que desde entonces el rencor y la venganza fuese su modo de vida.

Admiraba a esa mujer por infinidad de facetas pero hoy la admiraba por una más, por su sangre fría y su saber estar, aun conociendo que iba a recibir la paliza de su vida sacó tiempo para, probablemente, despedirse de la vida sintiendo y amando. Toda una mujer con MAYÚSCULAS.

El paracetamol hizo su efecto a las 8 de la mañana pero a las 11:00h la sobredosis de vida que me había dado esa carta me hizo llegar a acariciar la felicidad, aun sabiendo que ya nada iba a volver a ser como hasta entonces.

Todos los miércoles a las 11:00h recibía la llamada de Alfonso comunicándome el parte médico. Poco a poco se iba recuperando.

Las dos primeras semanas fueron muy duras debido a que la alimentación era de forma líquida por tener literalmente reventada su boca, las costillas fueron soldando así como el resto de pequeñas fracturas. Lo que nunca llegó a perder, según Alfonso, fue la alegría, siempre encontraba algo por lo que sonreír. Era de entender, se había quitado la losa bajo la cual vivió los últimos años de su vida.

170

En ningún momento fui a verla al hospital, seguía vigilada por la Policía Nacional temiendo alguna reacción del cártel que asesinó a su marido; nadie en el cuerpo llegó a pensar que el cártel lo único que quería hacer con Penélope era agradecerla la información sobre el intento de traición por parte de su marido.

171

Capítulo XVI

Habían transcurrido tres meses desde la muerte de Nicolasch cuando una mañana se presentó en mi despacho Alfonso, el fiel escudero, con su impecable traje y su cara impassible, más cercana a la de jugador de póker que a la de chofer. Me saludó cortésmente como siempre y me entregó un sobre, no había que ser un lince para saber que era de Penélope y una despedida. Alfonso me indicó que esperaría quince minutos en recepción por si creía oportuno dar respuesta al escrito.

Le despedí en ese mismo instante con un cordial apretón de manos, momento que aprovechó para entregarme una tarjeta con un teléfono escrito a mano. No quería dar respuesta alguna al escrito ya que no creía que fuera ni el momento ni el lugar de leerlo y pese a que eran las 11:15h de la mañana, recogí mis cosas y me dirigí a casa, a sentarme en el despacho de la buhardilla y vivir esta casi seguro “despedida”.

La carta decía:

« *Hola Cariño.*

Ya todo pasó y el último acto de la función llega a su fin.

Tú ya estás libre de toda sospecha y libre para tomar la decisión que veas oportuna.

173

A punto estuviste de estropearlo todo cuando regresaste al apartamento a por la llave del coche, menos mal que estuviste hábil deshaciéndote de tus zapatos, estoy segura que las marcas de pisadas sobre el charco de sangre que rodeaba a Nicolasch eran tuyas, pero no me contestes que no quiero una declaración legal. La verdad es que menos mal que regresaste ya que si la ambulancia se retrasa unos minutos... en estos momentos no estaría escribiéndote estas líneas.

Ahora te encajarán un montón de frases y hechos que carecían de significado hasta hace unas semanas. Como la de mi manía de grabar con esa extraña cámara de calor.

Yo me encuentro restablecida tanto física como anímica-mente y lo único que no tenía valorado eran las agotadoras reuniones con los abogados tras la muerte de Nicolasch, que Dios le tenga en su gloria pero muy lejos para siempre jamás.

Acabo de firmar ante notario mi testamento después de actualizar herencias y pagos a “proveedores” de mi marido, y te digo esto porque es importante que sepas de algunos puntos que afectan a tu entorno familiar.

Como puedes imaginarte, después de la paliza que me propinaron entre mi marido y su lacayo, mi endometriosis y los tumores han acelerado su proceso degenerativo y dicen los galenos más optimistas que me quedan entre 6 o 7 años de cierta calidad de vida y que si me cuido un poco llegaré a los 10. Te aseguro que me cuidaré dentro de un orden porque lo que me quede lo he de vivir con máxima intensidad.

174

Al morir Nicolasch sin hacer testamento, me declararon heredera universal de su imperio, quedándome una gran cantidad de dinero en efectivo (blanco y negro), fincas, casas y empresas en medio mundo.

También Hacienda ha sido premiada con una gran parte de la herencia al tener que ponerme al día en pagos con la Agencia Tributaria, derechos reales y demás zaran-dajas. Por otro lado he tenido que hacer frente a deudas a “grupos polacos y colombianos” por pagos pendientes de los últimos envíos que recibió mi esposo. Y eso que fui yo quien les puse en antecedentes de los diversos pufos y robos que les estaba haciendo a los cárteles así como sus tratos con la policía española.

Como te decía dispongo de una cantidad de dinero que no voy a poder gastarme en lo que me queda de vida y te propongo vengas conmigo a una pequeña finca que tengo en una isla del

pacífico. Pero cada cosa en su momento.

Necesito que hables con tu familia y les cuentes lo que se te ocurra sobre una “vieja tía” sudamericana, la tía Penélope porque cuando tu hija cumpla la mayoría de edad y que si mal no recuerdo le faltan pocos meses, va a recibir una carta del Excelentísimo Colegio de Notarios de Madrid en la que le informan que ha heredado el piso de la calle Hermosilla de Madrid, el pequeño ho-telito de Roquetas en Almería y una respetable cantidad de dinero.

175

No tengo hijos, ni sobrinos... únicamente os tengo a mi madre y a ti, y mi madre ya tiene suficiente con su Alzheimer que la va destrozando. Fijate que no conozco a Mabel en persona y que la debería odiar por haber sido la causante de nuestra separación aunque ella no lo supiera, pero todo lo contrario, la siento como la hija que siempre he deseado tener contigo, con el mejor padre que podía haber elegido.

Siempre he anhelado tener hijos y una hija hubiese sido un don de Dios.

Por todos estos motivos comienza a hablarles de la vieja tía que se fue jovencita a vivir a Sudamérica y que allí casó con un joven millonario.

También tu hijo Carlitos dispondrá de un piso en Madrid, el de mi madre en Peña Grande y dinero suficiente como para que estudie lo que quiera y donde quiera.

Ya ti te vendo todas mis acciones en Representaciones García-Moral por 1€, pero tranquilo que he realizado una generosa ampliación de capital digna de una multinacional.

El resto de mis bienes los he repartido entre asociaciones benéficas que tanto lo necesitan, entre mi amiga Conchi (tu socia en Representaciones García-Moral) y Alfonso, mi fiel escudero como siempre me ha gustado llamarlo.

Habrás visto que también te he mandado un sobre lacrado que dice:

“solo sí...”

176

Este sobre lo debes abrir solo si decides ser mi compa-

ñero hasta que la muerte nos separe y ya sabes que serán como mucho 10 años, en el van instrucciones, billetes y los requisitos imprescindibles para comenzar a dar la vuelta al mundo, cosa que pretendo dar contigo o sin ti. La verdad es que me gustaría que rompieras el lacre pero estoy convencida que no lo harás.

Cuando despidas a Alfonso, este te dará un número de te-léfono, es el mío y ahora ya puedes llamarme cuando quieras o necesites, espero que al menos me llames para despedirte.

Y como buena jugadora de póker que me considero, dale un beso muy fuerte a Esperanza, no la

digas porqué pero que sepas que es porque la considero la mujer más afortunada del mundo, tiene las dos cosas que más anhelo, salud y a ti. Yo estaría dispuesta a cambiarla toda mi fortuna por solo esas dos cosas... más su puesto en esa envidiada familia.

“Eres el pilar

que sustenta mis sueños,

el sol, el mar,

la razón de mi corazón, su dueño”.

*Recuerda que aunque lo olvide, siempre irá **connigo**».*

Y heme aquí, sentado desde hace más de tres horas recordando esta bella historia de amor desde el comienzo de su “II parte”; sobre la mesa, la carta de despedida a la derecha y el sobre lacrado con el 177

título “*solo si...*” a la izquierda. Totalmente indeciso, con una medio sonrisa en mis labios, en un mar de dudas y escuchando de fondo como un murmullo a Joan Manuel Serrat y su canción “**Penélope**”

Penélope,

con su bolso de piel marrón

y sus zapatos de tacón

y su vestido de domingo.

Penélope

se sienta en un banco en el andén

y espera que llegue el primer tren

meneando el abanico.

Dicen en el pueblo

que un caminante paró

su reloj

una tarde de primavera.

“Adiós amor mío

no me llores, volveré

antes que

de los sauces caigan las hojas.

Piensa en mí

volveré a por ti...”.

Pobre infeliz

se paró tu reloj infantil

una tarde plomiza de abril

cuando se fue tu amante.

Se marchitó

en tu huerto hasta la última flor.

No hay un sauce en la calle Mayor

para Penélope.

178

Penélope,

tristes a fuerza de esperar,

sus ojos, parecen brillar

si un tren silba a lo lejos.

Penélope

uno tras otro los ve pasar,

mira sus caras, les oye hablar,

para ella son muñecos.

Dicen en el pueblo

que el caminante volvió.

La encontró

en su banco de pino verde.

La llamó: “Penélope

mi amante fiel, mi paz,

deja ya de tejer sueños en tu mente,

mírame,

soy tu amor, regresé”.

Le sonrió

con los ojos llenitos de ayer,

no era así su cara ni su piel.

“Tú no eres quien yo espero”.

Y se quedó

con el bolso de piel marrón

y sus zapatitos de tacón

sentada en la estación.